

PERIOLIBROS



AUGUSTO ROA BASTOS

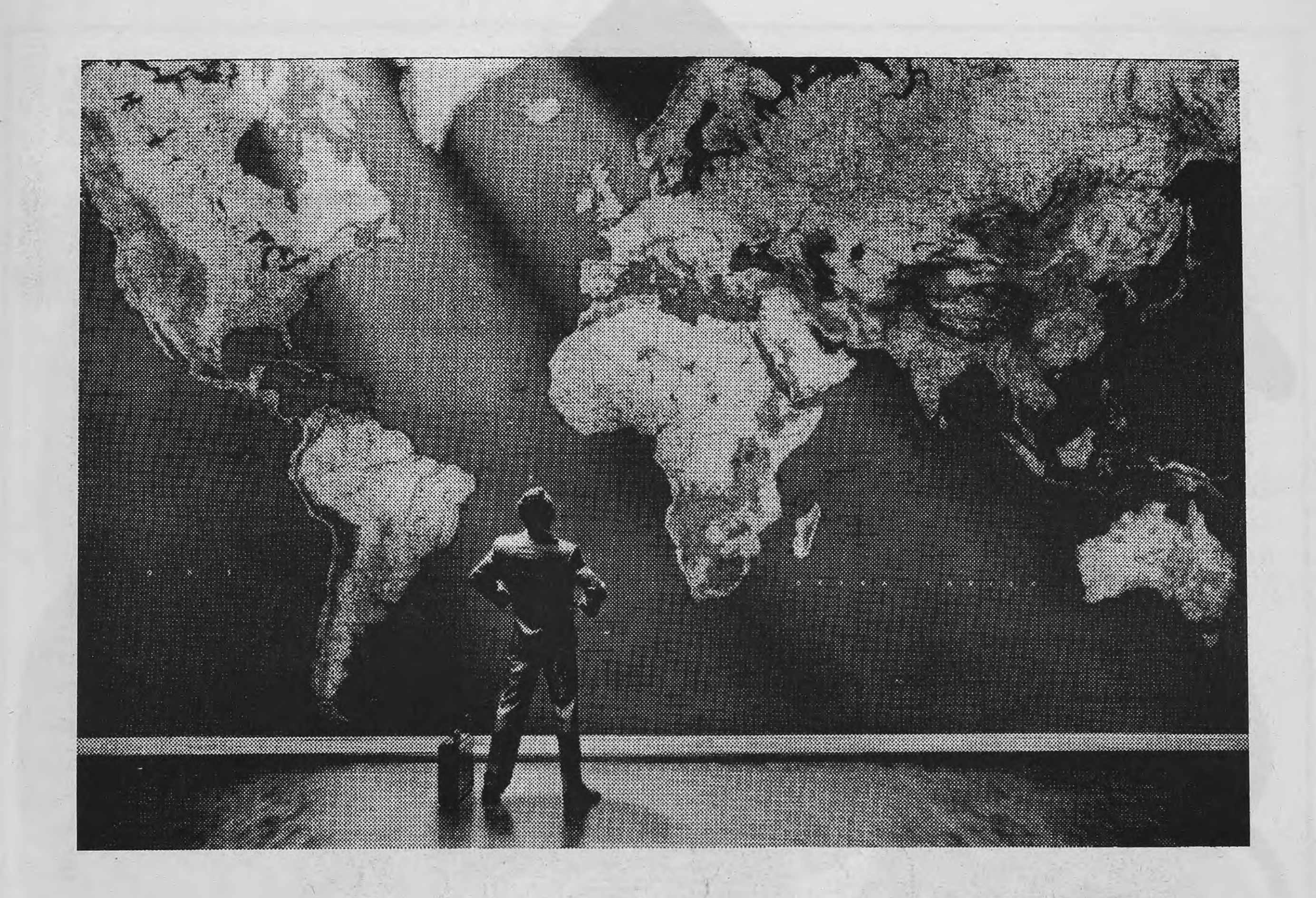
EL TRUENO ENTRE LAS HOJAS

Y OTROS CUENTOS

Ilustraciones: Zaida del Río



Página/12







AUGUSTO ROA BASTOS

Autor de una vasta obra que comprende colecciones poéticas como *El ruiseñor de la aurora y otros poemas* y *El naranjal*, y novelas como *Hijo de hombre*, *Yo el supremo* y *El baldío*, el escritor paraguayo Augusto Roa Bastos (Asunción, 1917) es injustamente menos célebre como cuentista. En su libro de relatos *El trueno entre las hojas* –una rareza bibliográfica publicada por primera vez hace cuarenta años que *Periolibros* se honra en rescatar– dejó constancia de su poder narrativo en una vena muy cercana a la de los grandes exponentes del indigenismo literario iberoamericano, como el mexicano Ramón Rubín o el peruano José María Arguedas. En esta obra recrea la trágica vida de los paraguayos de tierra adentro: los campesinos, mestizos e indígenas que padecen la doble carga del despotismo y de la naturaleza. Los personajes de Roa Bastos están hechos de cobre o barro cocido: indios de las tolderías, gitanos de los ríos y de la selva, hijos de los pantanos que han sabido sobrevivir no sólo a la mezquindad de los criollos y los descendientes de los conquistadores, sino también a la maldad congénita de una tierra donde los árboles se tragan entre sí, donde los recién nacidos desaparecen en los campos de arroz y los manantiales son centinelas que todo escuchan y observan. Las páginas de *El trueno entre las hojas* –en las que se escuchan a guaraníes y mulatos, misioneros y soldados de la insurrección popular– hacen resonar todas las voces profundas y olvidadas del Paraguay.

ZAIDA DEL RÍO

La joven y reconocida artista cubana Zaida del Río, quien ha ganado importantes premios internacionales en Iberoamérica, nos deja ver a través de sus ilustraciones la influencia de una infancia vivida libremente en el campo, en contacto y armonía con la naturaleza. Sus dibujos traslucen una particular y hermosa interpretación del mundo mítico y real del gran escritor paraguayo Augusto Roa Bastos.



Al poner el libro, convertido en un suplemento de diario ("El Periolibro"), en manos de millones de lectores, gracias a la inestimable participación de una red de prestigiosos diarios de Iberoamérica, la UNESCO y el Fondo de Cultura Económica, en cumplimiento de sus objetivos, dan un paso importante en beneficio de la integración cultural iberoamericana. De esta manera, grandes escritores iberoamericanos del siglo veinte, ilustrados por no menos importantes artistas del mismo espacio geográfico y cultural, llegan a millones de hogares al costo de un periódico. Nuestro agradecimiento a todas las personas e instituciones que han hecho posible tan noble esfuerzo.

Federico Mayor
Director General
UNESCO

Miguel de la Madrid
Director General
Fondo de Cultura Económica

◆

Consejo Asesor
Jorge Amado, Alfredo Bryce Echenique, Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez, Augusto Monterroso, Fernando Savater

◆

Dirección Colegiada
Germán Carnero Roqué, Representante de UNESCO en México / **Adolfo Castañón, Gerente Editorial, Fondo de Cultura Económica**

◆

Coordinador General **Manuel Scorza Hoyle** / *Coordinadora Editorial* **Gabriela Vallejo**

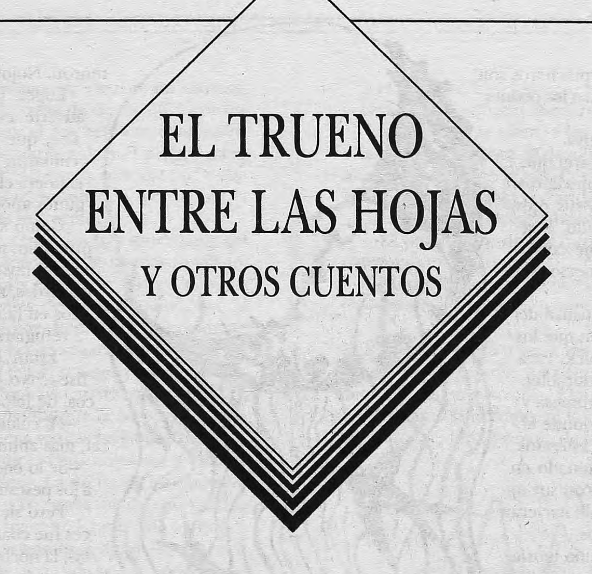
◆

Asesoría Técnica **Manuel Manrique Castro** / *Promoción* **Héctor Murillo Cruz**
Diseño **Vicente Rojo, Rafael López Castro** / *Formación* **Alejandro Valles**
Supervisión **Ma. Ángela González / Manuel Nava Labastida**

Diarios Asociados

Página/12, Argentina; **Presencia,** Bolivia; **O Globo,** Brasil; **Sport & Show,** Canadá; **La Nación,** Chile; **El Espectador,** Colombia; **La Nación,** Costa Rica; **Juventud Rebelde,** Cuba; **Hoy,** Ecuador; **La Prensa Gráfica,** El Salvador; **ABC,** España; **La Opinión,** Los Angeles, Estados Unidos, **La Prensa,** Nueva York, Estados Unidos; **El Periódico USA,** Texas, Estados Unidos; **Siglo Veintiuno,** Guatemala; **La Prensa,** Honduras; **Aurora,** Israel; **Organización Editorial Mexicana,** México; **La Prensa,** Nicaragua; **La Estrella de Panamá,** Panamá; **Hoy,** Paraguay; **La República,** Perú; **Diário de Notícias,** Portugal; **Diálogo,** Puerto Rico; **Listín Diario,** República Dominicana; **La República,** Uruguay; **El Nacional,** Venezuela.

Periolibros es producido y está registrado en la ciudad de México / Impreso en Argentina / Febrero de 1994



A Hérib Campos Cervera, muerto lejos de su tierra

El trueno cae y se queda entre las hojas. Los animales comen las hojas y se ponen violentos. Los hombres comen los animales y se ponen violentos. La tierra se come a los hombres y empieza a rugir como el trueno.

De una leyenda aborigen

CARPINCHEROS

La primera noche que Margaret vio a los carpincheros fue la noche de San Juan.

Por el río bajaban flotando llameantes islotes. Los tres habitantes de la casa blanca corrieron hacia el talud para contemplar el extraordinario espectáculo.

Las fogatas brotaban del agua misma. A través de ellas aparecieron los carpincheros.

Parecían seres de cobre o de barro cocido, parecían figuras de humo que pasaban ingrávidas a flor de agua. Las chatas y negras embarcaciones hechas con la mitad de un trozo excavado apenas se veían. Era una flotilla entera de cachiveos. Se deslizaron silenciosamente por entre el crepitar de las llamas, arrugando la chispeante membrana del río.

Cada cachiveo tenía los mismos tripulantes: dos hombres bogando con largas tacuaras, una mujer sentada en el plan, con la pequeña olla delante. A proa y a popa, los perros expectantes e inmóviles, tan inmóviles como la mujer que echaba humo del cigarro sin sacarlo en ningún momento de la boca. Todas parecían viejas, de tan arrugadas y flacas. A través de sus guiñapos colgaban sus fláccidas mamas o emergían sus agudas paletillas.

Sólo los hombres se erguían duros y fuertes. Eran los únicos que se movían. Producían la sensación de andar sobre el agua entre los islotes de fuego. En ciertos momentos, la ilusión era perfecta. Sus cuerpos elásticos, sin más vestimenta que la baticola de trapo arrollada en torno de sus riñones sobre la que se hamacaba el machete desnudo, iban y venían alternadamente sobre los bordes del cachiveo para impulsarlo con los botadores. Mientras el de babor, cargándose con todo el peso de su cuerpo sobre el botador hundido en el agua, retrocedía hacia popa, el de estribor con su tacuara recogida avanzaba hacia proa para repetir la misma operación que su compañero de boga. El vaivén de los tripulantes seguía así a lo largo de toda la fila sin que ninguna embarcación sufriera la más leve oscilación, el más ligero desvío. Era un pequeño prodigio de equilibrio.

Iban silenciosos. Parecían mudos, como si la voz formara apenas parte de su vida errabunda y montaraz. En algún momento levantaron sus caras, tal vez extrañados también de los tres seres de harina que desde lo alto de la barranca verbeante los miraban pasar. Alguno que otro perro ladró. Alguna que otra palabra gutural e incomprensible anduvo de uno a otro cachiveo, como un pedazo de lengua atada a un sonido secreto.

El agua ardía. El banco de arena era un inmenso carbunclo encendido al rojo vivo. Las sombras de los carpincheros resbalaron velozmente sobre él. Pronto los últimos carpincheros se esfumaron en el recodo del río. Habían aparecido y desaparecido como en una alucinación.

Margaret quedó fascinada. Su vocecita estaba ronca cuando preguntó:

—¿Son indios esos hombres papá?

—No, *Gretchen;* son los vagabundos del río, los gitanos del agua —respondió el mecánico alemán.

—¿Y qué hacen?

—Cazan carpinchos.

—¿Para qué?

—Para alimentarse de su carne y vender el cuero.

—¿De dónde vienen?

—¡Oh, *Püppchen,* nunca se sabe!

—¿Hacia dónde van?

—No tienen rumbo fijo. Siguen el curso de los ríos. Nacen, viven y mueren en sus cachiveos.

—Y cuando mueren, *Vati,* ¿dónde les dan sepultura?

—En el agua, como a los marineros en alta mar —la voz de Eugen tembló un poco.

—¿En el río, *Vati?*

—En el río, *Gretchen.* El río es su casa y su tumba. La niña quedó un instante en silencio. De tan finos y rubios, sus cabellos parecían de leche, de azúcar, al resplandor de las fogatas. En esa cabecita lunada, el misterio de los carpincheros se revolvía en todas direcciones. Con voz tensa volvió a preguntar:

—¿Y el fuego, *Vati?*

—Son las fogatas de San Juan —explicó pacientemente el inmigrante a su hija.

—¿Las hogueras de San Juan?

—Los habitantes de San Juan de Borja las encienden esta noche sobre el agua en homenaje a su patrono.

—¿Cómo sobre el agua? —siguió exigiendo Margaret.

—No sobre el agua misma, *Gretchen.* Sobre los camalotes. Son como balsas flotantes. Las acumulan en gran cantidad, las cargan con brazas de paja y ramazones secas, les pegan fuego y las hacen zarpar. Alguna vez iremos a San Juan de Borja a verlo hacer.

Durante un buen trecho, el río brillaba como una serpiente de fuego caída de la noche mitológica.

Así se estaba representando probablemente Margaret el río lleno de hogueras.

—¿Y los carpincheros arrastran esos fuegos con sus canoas?

—No, *Gretchen;* bajan solos en la correntada. Los carpincheros sólo traen sus canoas a que los fuegos del Santo chamusquen su madera para darles suerte y tener una buena cacería durante todo el año. Es una vieja costumbre.

—¿Cómo lo sabes, *Vati?* —la curiosidad de la niña era inagotable. Sus ocho años de vida estaban conmovidos hasta la raíz.

—¡Oh, *Gretchen!* —la reprendió Ilse suavemente—. ¿Por qué preguntas tanto?

—¿Cómo lo sabes, *Vati?* —insistió Margaret sin hacer caso.

—Los peones de la fábrica me informaron. Ellos conocen y quieren mucho a los carpincheros.

—¿Por qué?

—Porque los peones son como esclavos en la fábrica. Y los carpincheros son libres en el río. Los carpincheros son como las sombras vagabundas de los esclavos cautivos en el ingenio, en los cañaverales, en las máquinas —Eugen se había ido exaltando poco a poco—. Hombres

prisioneros de otros hombres. Los carpincheros son los únicos que andan en libertad. Por eso los peones los quieren y los envidian un poco.

—*Ja* —dijo solamente la niña, pensativa.

Desde entonces la fantasía de Margaret quedó totalmente ocupada por los carpincheros. Habían nacido del fuego delante de sus ojos. Las hogueras del agua los habían traído. Y se habían perdido en medio de la noche como fantasmas de cobre, como ingrávidos personajes de humo.

La explicación de su padre no la satisfizo del todo, salvo tal vez en un solo punto: en que los hombres del río eran seres envidiables. Para ella eran, además, seres hermosos, adorables.

Poco después, Eugen cumplió su promesa y la llevó a conocer San Juan de Borja, donde el río pasa por el pueblo lamiendo los cimientos de la vieja capilla y el rancherío escalonado en sus riberas. Margaret lo observó todo con sus ojillos ávidos y curiosos, pero dudó que allí nacieran las fogatas que traían a los carpincheros.

Torturó su imaginación e inventó una teoría. Les dio un nombre más acorde con su misterioso origen. Los llamó *hombres de la luna*. Estaba firmemente convencida de que ellos procedían del pálido planeta de la noche por su color, por su silencio, por su extraño destino.

"Los ríos bajan de la luna —se decía—. Si los ríos son su camino —concluía con lógica fantástica—, es seguro que ellos son los Hombres de la Luna."

Por un tiempo lo supo ella solamente. Ilse y Eugen quedaron al margen de su secreto.

No hacía mucho que habían arribado al ingenio azucarero de Tebikuary del Guairá. Llegaron directamente desde Alemania, poco después de finalizada la primera guerra mundial.

A ellos, que venían de las ruinas, del hambre, del horror, Tebikuary Costa se les antojó al comienzo un lugar propicio. El río verde, los palmares de humo bañados por el viento norte, esa fábrica rústica, casi primitiva, los ranchos, los cañaverales amarillos, parecían suspendidos irrealmente en la verberación del sol como en una inmensa telaraña de fiebre polvorienta. Sólo más tarde iban a descubrir todo el horror que encerraba también esa telaraña donde la gente, el tiempo, los elementos, estaban presos en su nervadura seca y rojiza alimentada con la clorofila de la sangre. Pero los Plexnies arribaron al ingenio en un momento de calma relativa. Ellos no querían más que olvidar. Olvidar y recomenzar.

—Este sitio es bueno —dijo Eugenio apretando los puños y tragando el aire a bocanadas llenas, el día que llegaron. Más que convicción, había esperanza en su voz, en su gesto.

—Tiene que ser bueno —corroboró simplemente Ilse. Su marchita belleza de campesina bávara estaba manchada de tierra en el rostro, ajada de tenaces recuerdos.

Margaret parecía menos una niña viva que una muñeca de porcelana, menudita, silenciosa, con sus ojos de añil lavado y sus cabellos de lacia plata brillante. Traía su vestidito de franela tan sucio como sus zapatos remendados. Llegó aupada en los recios y tatuados brazos de Eugen, de cuya cara huesuda goteaba el sudor sobre las rodillas de su hija.

En los primeros días habitaron un galpón de hierros viejos en los fondos de la fábrica. Comían y dormían entre la ortiga y la herrumbre. Pero el inmigrante alemán era también un excelente mecánico tornero, de modo que en seguida lo pusieron al frente del taller de reparaciones. La administración les asignó entonces la casa blanca con techo de cinc que estaba situada en ese solitario recodo del río.

En la casa blanca había muerto asesinado el primer testaferro de Simón Bonaví, dueño del ingenio. Uno de los peones previno al mecánico alemán:

—No te de'cuida-ke, don Oiguen. En la'sánima en pena de Eulogio Penayo, el mulato asesinado, ko alguna noche' anda por el Oga-mörõtĩ. Nojotro' solemo' oír su lamentación.

Eugen Plexnies no era supersticioso. Tomó la advertencia con un poco de sorna y la transmitió a Ilse, que tampoco lo era. Pero entre los dos se cuidaron muy bien de que Margaret sospechara siquiera el siniestro episodio acaecido allí hacía algunos años.

Como si lo intuyera, sin embargo, Margaret al principio, más aún que en el galpón de hierros viejos, se mostraba temerosa y triste. Sobre todo por las tardes, al caer la noche. Los chillidos de los monos en la ribera boscosa la hacían temblar. Corría a refugiarse en los brazos de su madre.

Están del otro lado, *Gretchen* —la consolaba Ilse—. No pueden cruzar el río. Son monitos chicos, de felpa, parecidos a juguetes. No hacen daño.

—¿Y cuándo tendré uno?—pedía entonces Margaret, más animada.

—Se lo encargaremos a los hacheros de la fábrica o a los pescadores.

Pero siempre tenía miedo y estaba triste. Entonces fue cuando vio a los carpincheros entre las fogatas, la noche de San Juan. Un cambio extraordinario se operó en ella de improviso. Pedía que la llevaran a la alta barranca de piedra caliza que caía abruptamente sobre el agua. Desde allí se divisaba el banco de arena de la orilla opuesta, que cambiaba de color con la caída de la luz. Era un hermoso espectáculo. Pero Margaret se fijaba en las curvas del río. Se veía que aguardaba con ansiedad apenas disimulada el paso de los carpincheros.

El río se deslizaba suavemente con sus islas de camalotes y sus raigones negros aureolados de espuma. El canto del guaimingüé sonaba en la espesura como una ignota campana sumergida en la selva. Margaret ya no estaba triste ni temerosa. Acabó celebrando con risas y palmoteos el salto plateado de los peces o las vertiginosas caídas del martín-pescador que se zambullía en busca de su presa. Parecía completamente adaptada al medio, y su secreta impaciencia era tan intensa que se parecía a la felicidad.

Cuando esto sucedió, Eugen dijo con una profunda inflexión en la voz:

—¿Ves, Ilse? Yo sabía que este lugar es bueno.

—Sí, Eugen; es bueno porque permite reír a nuestra hijita.

En la alta barranca abrazaron y besaron a Margaret, mientras la noche, como un gran pétalo negro cargado de aromas, de silencio, de luciérnagas, lo devoraba todo menos el espejo tembloroso del agua y el fuego blanco y dormido del arenal.

—¡Miren, ahora se parece a un *grosser* queso flotando en el agua! —comentó Margaret riéndose. Ilse pensó en los grandes quesos de leche de yegua de su aldea. Eugen, en cierto banco de hielo en que su barco había encallado una noche cerca del Shager-Rak, durante la guerra, persiguiendo a un submarino inglés.

Por la mañana venían las lavanderas. Sus voces y sus golpes subían del fondo de la barranca. Margaret salía con su madre a verlas trabajar. La lejía manchaba el agua verde con un largo cordón ceniza que bajaba en la correntada a lo largo de la orilla en herradura. Enfrente, el banco de arena reverberaba bajo el sol. Se veía cruzar sobre él la sombra de los pájaros. Una mañana vieron tendido en la playa un yacaré de escamosa cola y lomo dentado.

—¡Un dragón, mamá...! —gritó Margaret, pero ya no sentía miedo.

—No, *Gretchen*. Es un cocodrilo.

—¡Qué lindo! Parece hecho de piedra y de alga.

Otra vez un venadito llegó saltando por entre el pajonal hasta muy cerca de la casa. Cuando Margaret corrió hacia él llamándolo, huyó trémulo y flexible, dejando en los ojos celestes de la alemanita un regusto de ternura salvaje, como si hubiera visto saltar por el campo un corazón de hierba dorada, el fugitivo corazón de la selva. Otra vez fue un guacamayo de irisado cuerpo granate, pecho índigo y verde, alas

azules, larga cola roja y azul y ganchudo pico de cuerno; un arco iris de pluma y ronco graznido posado en la rama de un timbó. Otra vez una víbora de coral que Eugen mató con el machete entre los yuyos del potrero. Así Margaret fue descubriendo la vida y el peligro en el mundo de hojas, tierno, áspero, insondable, que la rodeaba por todas partes. Empezó a amar su ruido, su color, su misterio, porque en él percibía además la invisible presencia de los carpincheros.

En las noches de verano, después de cenar, los tres moradores del caserón blanco salían a sentarse en la barranca. Se quedaban allí tomando el fresco hasta que los mosquitos y jejenes se volvían insoportables. Ilse cantaba a media voz canciones de su aldea natal, que el chapoteo de la correntada entre las piedras desdibujaba tenuemente o mechaba de hiatos trémulos, como si la voz sonara en canutillos de agua. Eugen, fatigado por el trabajo del taller, se tendía sobre el pasto con las manos debajo de la nuca. Miraba hacia arriba recordando su antiguo y perdido oficio de marino, dejando que la inmensa espiral del cielo verdinegro, cuajado de enruladas virutas brillantes como su torno, se le estancara al fondo de los ojos. Pero no podía anular la preocupación que lo trabajaba sin descanso. La suerte de los hombres en el ingenio, en cuyos pechos oprimidos se estaba incubando la rebelión. Eugen pensaba en los esclavos del ingenio. La cabecita platinada de Margaret soñaba, en cambio, con los hombres libres del río, con sus fabulosos Hombres de la Luna. Esperaba cada noche verlos bajar por el río.

Los carpincheros aparecieron dos o tres veces más en el curso de ese año. A la luz de la luna, más que al fulgor de las hogueras, cobraban su verdadera substancia mitológica en el corazón de Margaret.

Una noche desembarcaron en la arena, encendieron pequeñas fogatas para asar su ración de pescado y después de comer se entregaron a una extraña y rítmica danza, al son de un instrumento parecido a un arco pequeño. Una de sus puntas penetraba en un porongo partido por la mitad y forrado en tirante cuero de carpincho. El tocador se pasaba la cuerda del arco por los dientes y le arrancaba un zumbido sordo y profundo como si a cada boqueada vomitara en la percusión un trueno acumulado en su estómago. Tum-tu-tum... Tam-ta-tam... Ta-tam... Tu-tum... Ta-tam... Tam-ta-tam... Arcadas de ritmo caliente en la cuerda del gualambau, en el tambor de porongo, en la dentadura del tocador. Sonaban sus costillas, su piel de cobre, su estómago de viento, el porongo parchado de cuero y temblor, con su tuétano de música profunda parecida a la noche del río, que hacía hamacar los pies chatos, los cuerpos de sombra en el humo blanco del arenal.

Tum-tu-tum... Tam-ta-tam... Tu-tum... Ta-tam... Tu-tummmm...

La respiración de Margaret se acompasaba con el zumbido del gualambau. Se sentía atada misteriosamente a ese latido cadencioso encajonado en las barrancas.

Cesó la música. El hilván negro de los cachiveos se puso en movimiento con sus bogadores de largas tacuaras que parecían andar sobre el agua, que se fueron alejando sobre carriles de espuma cada vez más queda hasta desvanecerse en la tiniebla azul y rayada de luciérnagas.

Los esperaba siempre. Cada vez con impaciencia más desordenada. Siempre sabía cuándo iban a aparecer y se llenaba de una extraña agitación, antes de que el primer cachiveo bordeara el recodo a lo lejos, en el hondo cauce del río.

—¡Ahí vienen! —la vocecita de Margaret surgía rota por la emoción.

El canturreo gangoso o el silencio de Ilse se interrumpía. Eugen se incorporaba asustado.

—¿Cómo lo sabes, *Gretchen?*

—No sé. Los siento venir. Son los Hombres de la Luna...

Era infalible. Un rato después, los cachiveos pasaban peinando la cabellera de cometa verde del río. El corazón le palpitaba fuertemente a Margaret. Sus ojitos encandilados rodaban en las estelas de seda líquida hasta que el último de los cachiveos desaparecía en el otro recodo detrás del brillo espectral del banco de arena roído por los pequeños cráteres de sombra.

En esas noches la pequeña Margaret hubiera querido quedarse en la barranca hasta el amanecer porque los sigilosos vagabundos del río podían volver a remontar la corriente en cualquier momento.

—¡No quiero ir a dormir..., no quiero entrar todavía! ¡No me gusta la casa blanca! ¡Quiero quedarme aquí..., aquí! —gimoteaba.

La última vez se aferró a los hierbajos de la barranca. Tuvieron literalmente que arrancarla de allí. Entonces Margaret sufrió un feo ataque de nervios que la hizo llorar y retorcerse convulsivamente durante toda la noche. Sólo la claridad del alba la pudo calmar.

Después durmió casi veinticuatro horas con un sueño inerte, pesado.

—El espectáculo de los carpincheros —dijo Ilse a su marido— está enfermando a Margaret.

—No saldremos más a la barranca —decidió él, sordamente preocupado.

—Será mejor, Eugen —convino Ilse.

Margaret no volvió a ver a los Hombres de la Luna en los meses que siguieron. Una noche los oyó pasar en la garganta del río. Ya estaba acostada en su catrecito. Lloró en silencio, contenidamente. Temía que su llanto la delatara. El ladrido de los perros se apagó en la noche profunda, el tenue rumor de los cachiveos arañados de olitas fosfóri-



cas. Margaret los tenía delante de los ojos. Se cubrió la cabeza con las cobijas. De pronto dejó de llorar y se sintió extrañamente tranquila porque en un esfuerzo de imaginación se vio viajando con los carpincheros, sentadita, inmóvil, en uno de los cachiveos. Se durmió pensando en ellos y soñó con ellos, con su vida nómada y bravía deslizándose sin término por callejones de agua en la selva.

Con el día su pena recomenzó. Nada peor que la prohibición de salir a la barranca podía haberle sucedido. Volvió a estar triste y silenciosa. Andaba por la casa como una sombra, humillada y huraña. Llegó a detestar en secreto todo lo que la rodeaba: el ingenio en que trabajaba su padre, el sitio sombrío que habitaban, la vivienda de paredes encaladas y ruinosas, su pieza, cuya ventana daba hacia la barranca, pero a través de la cual no podía divisar a sus deidades acuáticas cuando ella sola escuchaba en la noche el roce de los cachiveos sobre el río.

A pesar de todo, Margaret fue mejorando lentamente, hasta que ella misma creyó que había olvidado a los Hombres de la Luna. La casa blanca pareció reflotar con la dicha plácida de sus tres moradores como un témpano tibio en la noche del trópico.

Para celebrarlo, Eugen agregó otro tatuaje a los que ya tenía en su pellejo de ex marino. En el pecho, sobre el corazón, junto a dos anclas en cruz, dibujó con tinta azul el rostro de Margaret. Salió bastante parecido.

—Ya no te podrás borrar de aquí, *Gretchen*. Tengo tu foto bajo la piel.

Ella reía feliz y abrazaba cariñosa al papito.

Así llegó otra vez la noche de San Juan. La noche de las fogatas sobre el agua.

Eugen, Ilse y Margaret se hallaban cenando en la cocina cuando los primeros islotes incandescentes empezaban a bajar por el río. El errabundo fulgor que subía de la garganta rocosa les doró el rostro. Se miraron los tres, serios, indecisos, reflexivos. Eugen por fin sonrió y dijo:

—Sí, *Gretchen*. Esta noche iremos a la barranca a ver pasar las hogueras.

En ese mismo momento llegó hasta ellos el aullido de un animal mezclado al grito angustioso de un hombre. El aullido salvaje volvió a oírse con un timbre metálico indescriptible: se parecía al maullido de un gato rabioso, a una uña de acero rasgando súbitamente una hoja de vidrio.

Salieron corriendo los tres hacia la barranca. Al resplandor de las fogatas vieron sobre el arenal a un carpinchero luchando contra un bulto alargado y flexible que daba saltos prodigiosos como una bola de plata peluda disparada en espiral a su alrededor.

—¡Es un tigre del agua! —murmuró Eugen, horrorizado.

—Mein Gott! —gimió Ilse.

El carpinchero lanzaba desesperados machetazos a diestro y siniestro, pero el lobo-pe, rápido como la luz, tornaba inofensivo el vuelo decapitador del machete.

Los otros carpincheros estaban desembarcando ya también en el arenal, pero era evidente que no conseguirían llegar a tiempo para acorralar y liquidar entre todos a la fiera. Se oían las lamentaciones de las mujeres, los gritos de coraje de los hombres, el jadeante ladrar de los perros.

El duelo tremendo duró poco, contados segundos a lo más. El carpinchero tenía ya un canal sangriento de la nuez hasta la boca del estómago. El lobo-pe seguía saltando a su alrededor con agilidad increíble. Se veía su lustrosa pelambre manchada por la sangre del carpinchero. Ahora era un bulto rojizo, un tizón alado de larga cola nebulosa, cimbrándose a un lado y otro en sus furiosas acometidas, tejiendo su danza mortal en torno al hombre oscuro. Una vez más saltó a su garganta y quedó pegado a su pecho porque el brazo del carpinchero también había conseguido cerrarse sobre él hundiéndole el machete en el lomo hasta el mango, de tal modo que la hoja debió hincarse en su pecho como un clavo que los fundía a los dos. El grito de muerte del hombre y el alarido metálico de la fiera rayaron juntos el tímpano del río. Juntos empezaron a chorrear los borbotones de sus sangres. Por un segundo más, el carpinchero y el lobo-pe quedaron erguidos en ese extraño abrazo como si simplemente hubieran estado acariciándose en una amistad profunda, doméstica, comprensiva. Luego se desplomaron pesadamente, uno encima del otro, sobre la arena, entre los destellos oscilantes. Después de algunos instantes el animal quedó inerte. Los brazos y las piernas del hombre aún se movían en un ansia crispada de vivir. Un carpinchero desclavó de un tirón al lobo-pe del pecho del hombre, lo degolló y arrojó al río con furia su cabeza de agudo hocico y atroces colmillos. Los demás empezaron a rodear al moribundo.

Ilse tenía el rostro cubierto con las manos. El espanto estrangulaba sus gemidos. Eugen estaba rígido y pálido con los puños hundidos en el vientre. Sólo Margaret había contemplado la lucha con expresión impasible y ausente. Sus ojos secos y brillantes miraban hacia abajo con absoluta fijeza en la inmovilidad de la inconsciencia o del vértigo. Solamente el ritmo de su respiración era más agitado. Por un misterioso pacto con las deidades del río, el horror la había respetado. En el talud calizo iluminado por las fogatas que bogaban a la deriva, ella misma era una pequeña deidad casi incorpórea, irreal.

Los carpincheros parecían no saber qué hacer. Algunos de ellos levantaron sus caras hacia la casa de los Plexnies y la señalaron con gestos y palabras ininteligibles. Era la única vivienda en esos parajes desiertos. Deliberaron. Por fin se decidieron. Cargaron al herido y lo pusieron en un cachiveo. Toda la flotilla cruzó el río. Volvieron a desembarcar y treparon por la barranca.

Margaret, inmóvil, veía subir hacia ella, cada vez más próximos, a los Hombres de la Luna. Veía subir sus rostros oscuros y aindiados. Los ojos chicos bajo el cabello hirsuto y duro como crin negra. En cada ojo había una hoguera chica. Venían subiendo las caras angulosas con pómulos de piedra verde, los torsos cobrizos y sarmentosos, las manos inmensas, los pies córneos y chatos. En medio subía el muerto que ya era de tierra. Detrás subían las mujeres harapientas, flacas y tetudas. Subían, trepaban, reptaban hacia arriba como sombras pegadas a la resplandeciente barranca. Con ellos subían las chispas de las fogatas, subían voces guturales, el llanto de iguana herida de alguna mujer, subían ladridos de los que iban brotando los perros, subía un hedor de plantas acuáticas, de pescados podridos, de catinga de carpincho, de sudor..

Subían, subían...

—¡Vamos *Gretchen!*

Ilse la arrastró de las manos.

Eugen trajo el farol de la cocina cuando los carpincheros llegaron a la casa. Sacó al corredor un catre de trama de cuero y ordenó con gestos que lo pusieran en él. Después salió corriendo hacia la enfermería por ver si aún podía traer algún auxilio a la víctima. Ya desde el alambrado gritó:

—¡Vuelvo en seguida, Ilse! ¡Prepara agua caliente y recipientes limpios!

Ilse va a la cocina, mareada, asustada. Se le escucha manejarse a ciegas en la penumbra roja. Suenan cacharros sobre la hornalla.

El destello humoso del farol arroja contra las paredes las sombras movedizas de los carpincheros inmóviles, silenciosos. Hasta el llanto de iguana ha cesado. Se oye gotear la sangre en el suelo. A través de los cuerpos coriáceos, Margaret ve el pie enorme del carpinchero tendido en el catre. Se acerca un poco más. Ahora ve el otro pie. Son como dos chapas callosas, sin dedos casi, sin talón, cruzados por las hondas hendiduras de roldana que el borde filoso del cachiveo ha cavado allí en leguas y leguas, en años y años de un vagabundo destino por los callejones fluviales. Margaret piensa que esos pies ya no andarán sobre el agua y se llena de tristeza. Cierra los ojos. Ve el río cabrilleante, como tatuado de luciérnagas. El olor almizclado, el recio aroma montaraz de los carpincheros ha henchido la casa, lucha contra la tenebrosa presencia de la muerte, alza en vilo el pequeño, el liviano corazón de Margaret. Lo aspira con ansias. Es el olor salvaje de la libertad y de la vida. De la memoria de Margaret se están borrando en este momento muchas cosas. Su voluntad se endurece en torno a un pensamiento fijo y tenso que siente crecer dentro de ella. Ese sentimiento la empuja. Se acerca a un carpinchero alto y viejo, el más viejo de todos, tal vez el jefe. Su mano se tiende hacia la gran mano oscura y queda asida a ella como una diminuta mariposa blanca posada en una piedra del río. Las hogueras siguen bajando sobre el agua. La sangre gotea sobre el piso. Los carpincheros van saliendo. Durante un momento sus pies callosos raspan la tierra del patio rumbo a la barranca con un rajido de carapachos veloces y rítmicos. Se van alejando. Cesa el rumor. Vuelve a oírse el desagüe del muerto solo, abandonado en el corredor. No hay nadie.

Ilse sale de la cocina. El miedo, el pavor, el terror, la paralizan por un instante como un baño de cal viva que agrieta sus carnes y le quema hasta la voz. Después llama con un grito blanco, desleído, que se estrella en vano contra las paredes blancas y agrietadas:

—¡Margaret..., *Gretchen...!*

Corre hacia la barranca. El hilván de los cachiveos está doblando el codo entre las fogatas. Los destellos muestran todavía por un momento, antes de perderse en las tinieblas, los cabellos de leche de Margaret. Va como una luna chica en uno de los cachiveos negros.

–¡Gretchen... mein herzchen...!

Ilse vuelve corriendo a la casa. Un resto de instintiva esperanza la arrastra. Tal vez no; tal vez no se ha ido.

–¡Gretchen..., Gretchen...! –su grito agrio y seco tiene ya la desmemoriada insistencia de la locura.

Llega en el momento en que el carpinchero muerto se levanta del catre convertido en un mulato gigantesco. Lo oye reír y llorar. Lo ve andar como un ciego, golpeándose contra las paredes. Busca una salida. No la encuentra.



La muerte tal vez lo acorrala todavía. Suena su risa. Suenan sus huesos contra la tapia. Suena su llanto quejumbroso.

Ilse huye, huye de nuevo hacia el río, hacia el talud. Las hogueras rojas bajan por el agua.

–¡Gretchen..., Gretchen...!

Un trueno sordo le responde ahora. Surge del río, llena toda la caja acústica del río ardiendo bajo el cielo negro. Es el gualambau de los carpincheros. Ilse se aproxima imantada por ese latido siniestro que ya llena ahora toda la noche. Dentro de él está *Gretchen*, dentro de él tiembla el pequeño corazón de su *Gretchen...* Mira hacia abajo desde la barranca. Ve muchos cuerpos, los cuerpos sin cara de muchas sombras que se han reunido a danzar en el arenal a compás del tambor de porongo.

Tum-tu-tum... Tam-ta-tam... Ta-tam... Tu-tum... Tam-ta-tam...

Se hamacan los pies chatos y los cuerpos de sombra entre el humo blanco del arenal.

Dientes inmensos de tierra, de fuego, de viento, mascan la cuerda de agua del gualambau y le hacen vomitar sus arcadas de trueno caliente sobre la sien de harina de Ilse.

Tum-tu-tum... Tam-ta-tam... Tum-tu-tummm...

En el tambor de porongo el redoble rítmico y sordo se va apagando poco a poco, se va haciendo cada vez más lento y tenue, lento y tenue. El último se oye apenas como una gota de sangre cayendo sobre el suelo.

EL KARUGUÁ

Avanzábamos al paso de nuestras cabalgaduras. El matungo del colono renqueando de una pata. Tenía en la corva una postema purulenta alrededor de la cual giraba zumbando una mosca verde casi tan grande como un tábano.

Hacía como tres horas que habíamos salido del pueblo. El colono polaco cabalgaba impasible. Hablaba a ratos, cuando yo le buscaba conversación, pero se veía que más le gustaba estar callado. Daba la impresión de hallarse totalmente fundido al contorno. Hacía mucho tiempo que había dejado de ser un extranjero. Si no hubiera sido por los mechones sedosos y platinados que se asomaban por debajo del mugriento sombrero de caranday, y por sus ojillos azules y astutos, como dormidos sobre una visión interior, se lo habría podido tomar por un nativo. En todo lo demás, ya pertenecía a la tierra, al lugar. La pasividad del viejo se asemejaba mucho a una especie de dicha inconsciente y elemental: ese estado al mismo tiempo indiferente y estático que anula los recuerdos e impide al hombre trabajado por la tierra insistente confrontarse con ella.

La atención del viejo en ese momento, por ejemplo, parecía concentrarse en el vuelo del mamangá en torno a la corva de su caballejo.

Pero esa preocupación era sólo una manera de expresarse su actitud contemplativa y vacía; un *adorno* momentáneo de la duración detenida que moraba en él.

Una cigarra cantó inopinadamente a nuestras espaldas: una perdiz tataupá voló a nuestro paso con un agudo silbo metálico. Pero la estridulación y el canto cesaron en seguida dejando la sensación de que el silencio del mediodía se había hecho más tenso y elástico. Por librarme de su influjo le pregunté:

–¿Falta mucho para llegar?

Mi acompañante no parecía oírme. Seguía concentrado en la lucha del moscardón por introducirse en la postema. Blandió el sombrero pirí y se agachó para ahuyentarlo. El moscón verde describió una espiral tornasolada y siguió escoltándonos con un zumbido circular.

Volví a inquirir maquinalmente:

–¿Y... tardaremos en llegar, señor Miscowsky?

–Si no no apuramos, ikatú –me respondió indicándome el remo enfermo del matungo–. Ya estamo bajando hacia el karuguá.

La vegetación iba cambiando gradualmente de color. Se podía saber dónde comenzaban las ciénagas por el tono más vivo y oscuro del verde que se veía a lo lejos. Empecé a oler la emanación característica del pantano; un sabor áspero y agrio, como de miríadas de insectos machacados, que arañaba la nariz y la garganta y que al comienzo me produjo un ligero mareo con sabor a bascas.

Allí reinaba implacable la humedad destructora y creadora, transformando continuamente la muerte en vida y la vida en muerte. Monstruosos torbellinos vegetales de helechos y macizos espinosos que se adensaban en la gelatina negra del barro, como en otra edad geológica; un reino caótico y vibrante de alimañas voraces, de víboras y pájaros de presa, donde no se sabía cómo podían durar unos cuantos seres humanos.

El karuguá de Yvyrá-Kaigüé disfrutaba de un prestigio misterioso y maligno en toda la región. La sola mención de su nombre ladeaba el tono de las conversaciones. La voz de los puebleros cuando hablaban con algún recién llegado y rozaban el tema se volvía de pronto maliciosa. Y si el recién llegado quería oír, le contaban la historia de Sergio Miscowsky y su sobrina, cada cual a su manera desde luego, pero siempre con la misma entonación de pérfida ambigüedad con respecto a éstos y de supersticioso temor con respecto a aquél. Era lo corriente. Uno adivinaba, sin conocer el lugar, que estas dos historias, que en el fondo formaban una sola, tenían mucho del emponzoñado aliento del karuguá.

En la posada de la estación yo me enteré de las dos. Y fue el relato de la posadera, confuso y entremezclado de su propio

encono y perversidad, el que me indujo a pedirle a Sergio Miscowsky que me llevara a visitar su plantación.

Sergio Miscowsky, último e ignorado descendiente de un técnico polaco que el mariscal López había contratado para el arsenal de Asunción, un poco antes de la guerra de la Triple Alianza, era ahora el único plantador de arroz del karuguá de Yvyrá-Kaigüé. No era mucho lo que tenía, pero su arroz era el mejor de la región. Ningún otro poblador se había aventurado a imitar su ejemplo en esos parajes desiertos e insalubres.

Sergio Miscowsky ya había vivido allí con una hermana, antes de que se desarrollara el drama del karuguá. Nadie recordaba cómo ni cuándo habían llegado. Sólo recordaban la belleza de la campesina polaca. La posadera nada me dijo acerca de esto, pero sus maldicientes incriminaciones, su secreto rencor, eran la mejor prueba de que la hermana de Sergio Miscowsky se había hecho odiar de esta mujer precisamente por su belleza.

–Todo ko jué cosa del diablo –me dijo mi gorda anfitriona escupiendo contra la pared su amasijo de tabaco negro–. La polaca se vino al pueblo con el hermano cuando la cosa se puso feo en Yvyrá-Kaigüé. Estaba embarazada y murió al dar a lu' a la criatura, casi al mismo tiempo que pasaba todo el trenza en el etero. Al año depué, el gringo se jué otra ve'al bajo llevando a la criatura. Desde entonces siguió viviendo allí, el muy sinvergüenza, como si nada te pasase a él.

Por eso era mal visto; porque era gringo y porque desafiaba con pacífica obstinación, desde hacía muchos años, el tabú trágico del lugar en la forma en que él lo hacía y con el pretexto que empleaba: la siembra del arroz.

Había, además, otro poderoso motivo para que el colono de Yvyrá-Kaigüé fuese visto con malos ojos en el pueblo: su sobrina Isabel Miscowsky. Con ese nombre había sido anotada al nacer en el Registro Civil del pueblo.

–Como güen hereje, el gringo no te bautizó a la sobrina. Nadie sabía quién era el padre. No te pudimos saberlo nunca no'jotro kuera...

Las miasmas del pantano salían por la boca de la mujer. Esponjó su voz hasta el susurro después de hacer rodar el bulto del naco alrededor de las encías, de modo que sus palabras brotaban extrañamente sibilantes. Se inclinó insidiosa hacia mi oído:

–¡Pero yo sé! –una sonrisa de triunfo, casi inocente por la costumbre, distendió sus fofas mejillas. Hundió el pulgar entre los senos protuberantes y concluyó con un corto pero rotundo movimiento de cabeza.

–El padre de la mitaquñá ko e' el tío. La'cosa siempre se sabe, che karaí. Y si eso juera todo. Pero no. Eso'hereje sigue ofendiendo a Dio en el karuguá. Eso lugar etá maldito. Aña ko oikó upepe. Paí Gonzále siempre dice luego eso en le ilesia.

–¿Siguen ofendiendo a Dios? –pregunté más que por saber, por ver hasta dónde era capaz de llegar el rollizo basilisco. Me divertía amargamente esa maldad estereotipada, innocua a fuerza de haber ensayado cientos de veces su carga parlante. En la lengua de esa mujer se hallaba registrada un poco fonográficamente la conciencia del poblacho. Allí no se la oía ya. Sólo uno de afuera podía captar toda la oscura mezquindad de esa pobre gente vegetalizada en la vida muerta del lugar.

–¡Jhee! –silbó la mujer. Su gesto se volvió grotesco. Veía las rojizas venillas imbricándose en el blanco de sus ojos repentinamente saltones. La bolita de tabaco rebotó contra la pared manchada de escupitajos.

–No contento' con acotarse ma'ante el hermano con la hermana, ahora te viven junto' el padre y la hija ¡No tiene luego ko perdón de Dio!

–¡Aña membuy! –farfulló a mi lado Sergio Miscowsky. Me costó cierto trabajo sacudir de mi mente la imagen de la posadera, fija entre dos pitadas de un tren de carga. Vi caer sobre ella, como el rayo, el sombrero pajizo del polaco. Y la imagen se deshizo en la verberación plena del mediodía. No me hallaba en la posada, cerca de la estación del ferrocarril, sino en el bajo, rumbo a las ciénagas del karuguá. La mosca verde había conseguido meterse en la boca purulenta de la postema. Miscowsky levantó el sombrero y se lo volvió a poner. En el borde se le había untado un poco de pus.

–Mbernäi tepotí –masculló suavemente, pero en seguida recobró su actitud impasible–. Me le hueveó en la herida al mancarrón. Ahora la potema va a tener keresa.

El paisaje, las cosas, los hechos rozaban ya apenas el alma de Sergio Miscowsky. Los tenía medidos dentro de sí y él estaba volcado hacia afuera sin remedio. Bajo la piel tostada y llena de arrugas, había un mundo inalterado, como el mundo áspero y primordial que nos rodeaba. Ese mechón de platino estepario, esos ojillos azules deslavados, eran detalles adventicios, algo así como mariposas de un lejano país volando en el hedor del estero, después de una migración fabulosa. Y persistían allí también inalterablemente.

Pensé en Isabel Miscowsky. ¿Cómo sería ella? La posadera no había sabido describírmela como no había sabido tampoco describirme a la madre. Su rostro enigmático y hermoso como el de la madre flotaba a mi encuentro como una inminente revelación, por encima de las mariposas extrañas, azules y platinadas, que habitaban los ojos y las sienes de Sergio Miscowsky.

Nadie la conocía. No había ido nunca al pueblo. En los quince años no había abandonado una sola vez el rancho de tablas y adobe que Sergio Miscowsky había construido sobre una loma en una limpiada del bajo.

Su presencia invisible estaba en el aire del karuguá igual que la historia y la esfumada presencia del extraño mesías de la que ella había surgido y era su viviente vestigio, una flor inmaculada sobre el vasto tembladeral que la rodeaba como un templo pero también como una tumba.

Al fonógrafo de la posada se le habían escapado algunos datos simples y enternecedores, Sergio Miscowsky iba de tanto en tanto al pueblo a cerrar trato con el acopiador. En las tiendas adquiría los bastimentos que llevaba a su regreso en una bolsa atada a la grupa del mancarrón. A veces compraba también telas y hasta objetos de adorno para la muchacha. Las viejas espiaban ansiosas estas incomprensibles transacciones del colono. En la posada de la estación se sabía cuánto de zaraza, cuánto de bramante, cuánto de puntilla, cuánto de esto y lo otro había comprado el viejo durante todo el tiempo. Y eran estos datos del gordo fonógrafo los que más se acercaban a Isabel Miscowsky. Las zarazas, las puntillas, el bramante, los adornos, hacían tangible, en cierto modo, la misteriosa figura de la adolescente del estero.

Recordé mi charla con el acopiador. Le había consultado antes de pedirle a Sergio Miscowsky que me llevara a ver su plantación.

–¿Usted cree que aceptará?

–No sé; me parece muy difícil. Algunos lo han intentado. Pero el viejo se ha negado siempre. Es muy desconfiado. Pídale, pero no le ofrezca dinero. Es un recurso que nunca dio resultado. A lo mejor, usted tiene más suerte que los otros. Pero le prevengo que a la muchacha no la verá. Si eso es lo que lo atrae en Yvyrá-Kaigüé, sáqueselo de la cabeza desde ahora. Nadie la ha visto nunca.

–Pero, ¿no trabaja en la plantación?

–Ni por casualidad. Vive al parecer encerrada en el rancho, o sale a horas en que nadie la puede ver. Además en el plantío no están sino esos viejos sordomudos que el polaco utiliza como peones.

–Pero ¿y los géneros y adornos que el viejo se lleva?

El acopiador alzó lentamente los hombros hasta las orejas en un gesto de cómica ignorancia.

–Vaya usted a saber, ch'amigo, las cosas que tienen estos gringos.

A la mañana siguiente nos encontramos en el escritorio del acopiador. Entró arrastrando los pies y balanceando el cuerpo ligeramente al andar. Se sacó el sombrero y un mechón de platino, que al principio creí que era de cabello canoso, se le cayó sobre la frente. El viejo me atrajo desde el primer momento. El tufo mefítico de la posadera le rondaba sin empañarlo.

Le dije casi de sopetón:

–Como su carga todavía no está lista, voy a tener que esperar aquí algunos días. Creo que voy a aburrirme. ¿No querría llevarme de paseo a su chacra? Me interesa conocer Yvyrá-Kaigüé.

Su rostro absorto y orgulloso se tendió hacia mí. La leyenda del karuguá lo oscurecía. Sentí que me estaba pulsando por dentro. Comprendí en seguida que nadie podría engañar fácilmente a esos ojillos que miraban a través de uno, inmovilizados un instante en su inquisitivo disparo azulenco. Después se volvió y dijo como al aire:

–Bueno; agárrese un caballo y vamos.

Así estábamos bajando ahora lentamente hacia el karuguá, al paso rengo del matungo del colono.

Grupos de hacienda flaca manchaba a trechos el paisaje. Visionarios de sus carroñas, lentos taguatós volaban sobre ellos apoyados en el viento y en el tiempo. El pasto del campo estaba amarillo por la sequía del verano, reseco y achicharrado. Así que a los taguatós no les faltaban festines. Algunos guayabos canijos, restos de cultivos desaparecidos, se alzaban a los costados del camino de donde subía el polvo como el humo de un incendio subterráneo.

Más abajo, en una curva, nos cruzamos con una carreta de bolsas de arroz. Era parte de la carga del colono que iba hacia el pueblo. Miscowsky saludó a los peones con un gesto. Daban la impresión de ser como había dicho el acopiador y como la misma posadera me lo confirmó:

–El gringo se cuida muy bien. Nunca ha empleado en su arrozal sino a esos viejos sordomudos. Y los que van allí a trabajar, allí dejan el pellejo. Son fanáticos del gringo que le sirven con alma y vida.

Una tolvanera nos cubrió de pronto y me llenó de tierra los ojos. Cuando los volvía a abrir, Miscoswky apenas había arrugado un poco la nariz. El viejo se hacía respetar hasta por los elementos.

Lo raro era que a medida que nos íbamos acercando al misterioso refugio del karuguá, el colono se estaba volviendo cada vez más invulnerable a mi reprobación o a mi crítica. Su única fe, oscura y desnuda

pero impenetrable, formaba parte, en cierto modo, de la luz extraña de ese paisaje. Se me imponía desde afuera, provocaba en mí una tácita y anticipada aceptación de todo cuanto tuviese relación con él y la muchacha. Iba comprendiendo que cualquiera que fuese la causa o el resultado de lo que hacía Sergio Miscowsky, él servía a un designio que era aún más fuerte que su propia vida. Esto era lo que lo hacía respetable a mis ojos. Podía estar equivocado, pero su equivocación era para él la suprema verdad. Y lo había subordinado todo al culto de esta verdad. ¿Habría visto él también en mí esta disposición de espíritu y mediante ella, precisamente, me había elegido para brindarme lo que no había brindado a nadie y a nadie más brindaría? En ese momento no lo pensé. Como no pensé tampoco que el viejo, con una sutileza y un tino que después me resultaron asombrosos, me había complicado a su designio convirtiéndome en un testigo aparentemente casual y espontáneo de su secreto; pero no de todo el secreto, sino sólo de la parte que a él le interesaba mostrar. Sin embargo, al decir esto estoy traicionando mi propio pensamiento. No creo que el viejo hubiese *calculado algo*, especulado algo, con respecto a mí. Simplemente había tomado lo que se le ofrecía con astucia inconsciente. Porque él todo lo tomaba así y lo transformaba en su jugo, como la clorofila elige y toma *inconscientemente* los elementos de su verde substancia.

Íbamos ya bordeando la extensa herradura del karuguá. Las ciénagas se meten profundamente en el monte, en las partes bajas del terreno, y acechan allí bajo su cobertura de ramas y hojas grandes como palios. Nadie conoce la profundidad de estos pantanos de lodo negro y hediondo.

En esta tumba semilíquida de betún se habían arrojado quince años atrás unas veinte o treinta familias, más de un centenar de hombres y mujeres y críos, en pos del hombre que los había fascinado y enloquecido con el resplandor de su extraña locura. En aquel tiempo, Yvyrá-Kaigüé era un pequeño villorrio, primitivo, subhumano. Procuré imaginar dónde habrían estado los ranchos; no era fácil decirlo. No quedaban rastros. La flora y la fauna lo habían tragado y digerido todo y las lluvias habían arrastrado los detritos. Yvyrá-Kaigüé había, pues, retrogradado naturalmente a lo originario. Los únicos sobrevivientes eran ahora Sergio e Isabel Miscowsky.

A la vista del escenario del drama, la historia del mesías del karuguá se apoderó vivamente de mi imaginación. El despachurrado relato de la posadera se fue poniendo sobre sus propios pies, haciéndose más vivo y coherente. Era imposible no ver entre esos helechos arborescentes la figura macilenta pero magnética de Aparicio Ojeda como un vampiro loco chupando no solamente la sangre sino también el alma de los desgraciados lugareños, hasta arrastrarlos de sus pellejos vacíos a morir ahogados en el karuguá.

—La locura le dio uno'ojo terrible tatá resaicha voí —me había dicho la posadera—. Podía hacer ñetingáparó a la gente con su ojo de yablo. Era alto y flaco. Tenía la vo' de un sebú pero sabía remedarte bien el chillido del suindá. Ante que se maleara del todo, golvió una o do-vece al pueblo. Entonces paraba aquí y quería que yo mismo lo atienda. Desconfiaba luego de todo el mundo —la posadera se interrumpía para disparar la bolita de naco.

—Había venido nikó a buscar ma gente —prosiguió partiendo con los dientes otro pedazo del torzal de tabaco negro—. Pero al único a quien consiguió llevar jué al hijo de Pánfila Núñe, un muchachito que no había hecho todavía la concrición. La última ve que golvió al pueblo jué para atacarlo a tiro' con su'cuatrero y forajido, con su efército, como él decía. Una de la poca'casa que respetó jué la mía. Odiaba luego a muerte al pueblo.

—Pero, ¿no era él de aquí?

—Sí; Aparicio Ojeda nació en este pueblo. ¿Ve pa jhina uté aquella lomada? —a través de la ventana me indicó una altura en el campo, rodeada de árboles—. E' San Miguel-I'la. Allí nikó nació Aparicio Ojeda. Pero cuando volvió loco de la guerra del Chaco con su'endemoniada idea, el pueblo le jué golviendo la espalda, mbegüékatú. Al principio, no; al principio ko lo' ecuchábamo. Él venía a la plazoleta del mercado, se subía a una silla y empezaba a hablar. Decía que había muerto en el Chaco. Y eso ko hasta cierto punto era verdá, porque sólo depué de tre' día de la terminación de un combate, lo sacate por casualidá de una



pila de cadávere' amontonado' en una zanja. Un sortadito de la Sanidá oyó so'quejido y lo salvate. Por eso ko seguramente Aparicio Ojeda decía que había muerto. Decía que había subido durante tre día al cielo y que allí Dio le había encargado la misión de salvar al mundo. Para eso lo había resucitado de entre lo'muerto' al tercer día, como a Jesucrito. Eplicaba con todo lo'detalle cómo era el Paraíso. Según él, etaba en la punta de un cerro de oro y plata en la luna. Al principio lo ecuchábamo'embobado. Decía que el Padre Eterno no lleva barba como en la' sigura'del Catecismo, sino que e' un hombre casi tan joven como Jesucristo «que e' un hombre idéntico a mí», decía cerrando lo'ojo y etendiendo lo'brazo con la cara al cielo. Suspiraba juerte do' o tre vece. Así quedaba largo rato, mientra no' poniamo' a rezar. Decía también que la Virgen María le había regalado un pedazo de su manto y el Crucificado, una espina de su corona. Sacaba del bolsillo de su blusa el pedazo del manto yhovy y envolvido en él, la larga y negra epina de la corona. Lo'alzaba al aire con lo'brazo en cru. Pero nosotro casi ni queríamo mirar del miedo. Depué no'echaba insulto' y amenaza, por nuetra maldá, por nuetra indiferencia hacia Dio. Mucho ko al oirte hablar a él, lloraba sin consuelo.

—Usted también, ¿verdad? —pregunté con toda intención.

—Sí —dijo la posadera sin tomarlo en cuenta—. Porque yo ko también creía, al principio. Aparicio Ojeda no'hubiera podido enloquecer a todo. Decía que Dio le había encargado arrelar alguna' falla del plan original. «En la creación del mundo, decía Aparicio Ojeda, Dio sólo había pensado en la felicidá de lo' hombre en el cielo. Ahora no quiere que lo' hombre eperen tanto. Quiere que sean feli ya aquí mimo, en ete valle de lágrima. Me ha dado un sitema político completo para conseguir a ustede' eto. Yo ko no soy solamente un salvador religioso sino también un salvador político. Tiene que escucharme todo' ustede y seguirme, si no te queré que un terrible catigo caiga sobre ete pueblo y sobre toda la tierra. Yo traigo a utede la salvación pero también te traigo el catigo...» Aparicio Ojeda no' quemaba con su ojo. Ya se hacía llamar Ñandeyara'í.

—¡Caramba! ¿Y cómo entonces se animaron a desobedecerte?

—Al final, el pueblo se jué acotumbrando. Peo lo hubiera seguido escuchando si no hubiera ocurrido algo que lo desacreditó mucho ité.

—¿Qué pasó? ¿Se cayó de la silla en medio de uno de sus sermones?

—No; algo peor que eso. Un muchachón zafado, un calesitero llamado Mano Cruel, que etaba de paso por ete pueblo, le puso bajo la silla, nunca te supimo cómo pa pudite, un nido de kavichú'í. En el momento en que n'etaba amenazando con terrible catigo, como siempre, sino le hacíamo caso, la'avipita lo empezate a atacar, se le pegaron al cuerpo como un baño negro de cera redetida que brotaba dede abajo como una lluvia al revé. El resucitado ecapó saltando como un mono, pidiendo socorro a grito pelado, arrugado, deformado por la picazón de la'avipita y por el enojo. No pudiamos ni reirno del miedo. Al principio no te entendíamo lo que etaba pasando.

—¡Pobre, qué fin!

—Desde entonces nadie lo quiso creer. Diparábamos o no'reíamos de él diretamente. Terminó acorralado en su i'la. Poco depué se jué a vivir al karuguá de Yvyrá-Kaigüé.

La posadera se lanzó un cuesco que sonó debajo de ella sofocado entre sus ropas. Se removió incómoda en su asiento y arrastró los pies para escamotearlo. El olor llenó la pieza, como si la fetidez del estero hubiera caído de pronto allí como un elemento más de la evocación.

A partir de ese momento, el relato se volvió más indeciso y confuso todavía. Traté de figurarme a mi modo la vida de Aparicio Ojeda en el karuguá.

Evidentemente, su intenso misticismo no le había impedido ser un idealista práctico y expeditivo. Tenía un pie en el cielo y otro en la tierra, lo que daba a su desequilibrio una terrible virtud. Era un profeta y un estadista nato, sobre todo al modo en que lo entiende nuestra moderna concepción de la religión y de la política. Sus deficiencias teológicas eran apenas perceptibles. Sus fallas políticas tal vez no fueron otras que su exceso de sinceridad y su falta de flexibilidad. Ambas lo arruinaron pero en cambio le permitieron, durante el corto tiempo de su actuación, ciertos métodos que estaban languideciendo injustamente en el arenal de las ideas políticas y religiosas de su tiempo.

Lleno de furioso rencor hacia la gente que había escarnecido en él su esencia divina, Aparicio Ojeda se refugió con su fe en el templo lodoso del karuguá, y se preparó no solamente para la venganza, con la que iba a desagraviar a Dios, sino también para cumplir la misión práctica que le había encomendado.

Organizó su *milicia*, a cuyos miembros inculcó una enérgica convicción de su causa. Empezaron a menudear los abigeatos y los asaltos a mano armada, las violaciones y los distintos atentados menores. El sello del profeta se hizo inconfundible. Él había prometido tremendos castigos. Estaba empezando a cumplir su promesa. La pequeña comisaría del pueblo al poco tiempo fue impotente para conjurar sus salvajes y fulminantes acometidas vindicativas. Su furia fue creciendo; en el último asalto al frente de sus adeptos, el rencoroso apóstol del karuguá baleó e incendió la comisaría, mató o hirió a todos los agentes, se apoderó de sus armas y siguió baleando e incendiando la mayor parte del pueblo hasta que se cansó.

—Una de la'única casa que repetó fue la mía —me había dicho la posadera.

Pero no todo era violencia en la sede de la voluntariosa doctrina. Ciertas alusiones de la posadera me habían hecho comprender que, a pesar de su odio divino, el magro pero caudaloso propagador no desdeñaba el amor humano. Al contrario, su condición de profeta lo obligaba a los menesteres íntimos del sexo, pero lo ponía además por encima de sus limitaciones. Quiso que también los hombres, y no solamente las mujeres de su grey, participaban del «toque» de la gracia que sólo él podía impartir. Además de los *coros de vírgenes* (que eran reemplazadas paulatinamente a medida que su irremediable condición se perdía), formó también un selecto grupo de jóvenes apóstoles.

—Uno por ve y tre vece por semana —me informó sibilinamente la posadera— subía con él al «abujero negro de la luna».

Los que se negaban a esta «aproximación a la Divinidad» desaparecían en el pantano o sufrían una cura de reposo en la «carcel» del karuguá. Aparicio Ojeda era en extremo exigente e implacable con sus prosélitos.

Con dos de ellos, sobre todo, el profeta fue exigente e implacable: con el gringo Sergio Miscowsky y con el mulato Eusebio Zumé. Los halló convictos de herejía y rebelión y los trató sin misericordia para escarmiento de los demás. Los condenó a un largo encierro purificador en la terrible jaula de adobe, parecido a un horno de olería, que hacía de cárcel. De allí sólo iban a salir para ser arrojados vivos a la tumba líquida del pantano.

Sergio Miscowsky consiguió escapar del encierro con la complicidad de su hermana, y huyó con ella al pueblo. El mulato Zumé, que no quiso o no pudo escapar, quedó en ella hasta el fin.

Y el fin comenzó cuando Aparicio Ojeda se encontró un buen día con que un regimiento del ejército (para mayor sarcasmo, su propio y antiguo regimiento del Chaco) había sitiado el karuguá con ametralladoras y morteros. El profeta comprendió en el acto, un poco tardíamente para él que era profeta, que su fugaz gloria terrena había llegado a su término. Mientras las tropas se disponían a atacar, reunió a sus fie-

les junto al karuguá. Les transmitió el último mensaje de Dios, les dijo que el lodo negro del karuguá era la puerta del cielo, negra sólo por fuera pero brillante por dentro, y desaparecieron todos por entre las grandes hojas tomados de las manos, Aparicio Ojeda el primero, como una gran serpiente que se desenrrollaba y sumergía en la ciénaga.

—La'primeras patrulla —dijo la pesadera, terminando la historia— te entrate en el silencioso villorrio y encontraron vacío todo lo rancho. Grande burbuja reventaban de tanto en tanto en el barro espeso del etero. Sólo encontraron al mulato Zumé en la cárcel. Cuando ello le sacate su ataduras de ysyjó. Zumé empezó a reír con grande risotada —la posadera se detuvo para bombardear la pared con su bolita de tabaco y saliva.

—Contento el pobre —dije acudiendo en su ayuda— de su imprevista liberación.

—Lo soldado creíte al principio que estaba muy contento. Pero pronto ello se dite cuenta que también el pobre Zumé etaba loco de remate. Repetía la misma palabra de Ñandeyara-i, con su mima voz, con su mimo tono, y decía que él era el salvador del mundo. Parecía luego un milagro. El alma y la voz de Aparicio Ojeda se había metido en el cuerpo del mulato, puro' hueso forrado' en una piel perërí como lona sucia y rajada, y hablaba por su jeta babeante. ¡Parecía un milagro!

El peso del paisaje siniestro revelaba para mí en toda su fuerza inhumana la historia del mesías del karuguá. Me parecía algo muy remoto e imposible como una pesadilla ante un paisaje de ciénagas en la luna. Y sin embargo, a mi lado, viviente e impasible, iba avanzando en su rengo matungo uno de los principales personajes de aquel drama que no había empezado allí, pero que tampoco había concluido. En la posada pude escuchar su relato con sonrisas irónicas. Pero ahora la situación era distinta.

Estábamos llegando. Eché mano instintivamente a la gran caramañola de caña que llevaba en bandolera. La ofrecí con un gesto a mi acompañante. Me la rechazó con otro:

—No tomo.

—Yo sí —le dije—, en ciertos casos —y me eché al pescuezo dos o tres gruesos tragos.

El matungo de Miscowsky renqueaba mucho.

—Pobre, voy a tener que cuerearlo —la voz del viejo estaba exenta de emoción. Tomaba los asuntos de la vida y de la muerte, los grandes y pequeños problemas con pasión impersonal. Sólo así se podía comprender que tuviese prisionera en el rancho de tablas y adobe, casi desde su nacimiento, a una muchacha de diecisiete años. Para él no había sino un comienzo, el término no existía. El tiempo era para él ahora una prolongación indefinida; una sucesión inmóvil o, a lo sumo, girando alrededor de un punto, que no estaba marcada por ninguna de esas cosas que suceden y se deslizan hacia atrás vertiginosamente; un saludo, una música que concluye, la gente que se conoce y vuelve a partir; palabras como *Polonia* o *Paraguay*.

Las vidas mismas de Sergio e Isabel Miscowsky no eran sino dos imágenes en el espejo negro de la ciénaga. De allí habían sacado su inmovilidad, su estancamiento misteriosamente dichoso, cuya profundidad era además insondable. En ese momento tuve la seguridad de que Isabel Miscowsky era feliz en su cautiverio y no deseaba o *no podía* cambiarlo por nada del mundo. Las zarazas, las puntillas, los abalorios eran precisamente los ácidos inocentes que el viejo empleaba para activar esa renuncia. No hubiera vendido un solo grano de arroz para una cosa superflua. Pero él vivía tan intensamente lo suyo, que la vida a su alrededor debía sin duda disminuir hasta lo inhumano, hasta lo espectral, hasta no ser solamente sino algo así como la sombra del sueño de ese viejo inclinado sobre el pantano.

Al sobrepasar un bosque de espinillos y pakuríes, vi el rancho; mejor dicho, sólo vi el techo del rancho. Estaba enclavado del lado de allá de la loma. Me poseyó una extraña agitación. Estaba a punto de saber cómo era la extraña muchacha. El viejo captó al instante lo que me estaba pasando. Dije que la luz cruda y desnuda de ese paisaje era en cierto modo su pensamiento. Así que ninguna sombra extraña podía deslizarse en ella sin que el viejo al punto lo notara. Se bajó del matungo y se acercó a mí. Yo detuve el caballo. Su mano se posó en mi brazo. Sentí que esos dedos de acero me oprimían suavemente. Me dijo clavando en los míos sus ojillos azules que estaban más deslavados que nunca, casi inexpresivos:

—Usté ha venido para averiguar, ¿no es verdad? —su mirada no era agresiva; al contrario, se había puesto tierna como el otro lado de un pétalo seco.

—Sí... He venido para saber.

—Güeno, pero tampoco usté la podrá ver. Ningún hombre la verá ni siquiera *despué de muerta*.

Había en su entonación una seguridad implacable y, al mismo tiempo, dulce y comprensiva. El singular matiz de sus últimas palabras *ni siquiera despué de muerta*, me sugirió que ese viejo también a su modo debía conocer o por lo menos intuir el futuro. Su voz pareció de repente venir de muy lejos cuando agregó:

—Ella está *consagrada*. No conocerá a ningún hombre. Ningún hombre la verá porque está consagrada.

—¿Consagrada...? —pregunté tratando de detener sobre mi comprensión esa voz pendulante.

El rostro de Sergio Miscowsky estaba serio y sin sombras. Habló pausadamente.

—Sí; mi sobrina Isabel es hija de Aparicio Ojeda, el enviado de Dios. Mi hermana murió amándolo. Sólo para salvarme a mí ella lo dejó. Yo lo odiaba, pero depué que vine aquí con su hija de poco' mese, supe quién era él y yo también empecé a querer a Aparicio Ojeda y a venerarlo. ¿Comprende ahora? Yo soy solamente el guardián de su hija. ¿Reikua'á ma pa koãnga?...

Me dejé caer abrumado sobre un takurú. El techo del rancho desapareció de mi vista. La voz de Sergio Miscowsky volvió a llegar hasta mí, alucinada y distante. Pero ya no quise mirarlo.

—La bauticé cuando era muy chica en el agua negra del karuguá por donde el padre regresó a Dios. Todas las noches de luna noj'acercamo' allí. Él viene a conversar con su hija.

Levanté los ojos hacia el cielo descolorido del verano. La imaginé a Isabel Miscowsky inclinada bajo la luna espiando en la ciénaga los ojos oscuros de su padre y confundiéndolos con cualquier estrella que llegara a reflejarse en el caldo negro y brillante. La imaginé envuelta en los vapores nauseabundos como una criatura espectral y cayéndose también ella una noche en esa tumba sin fondo. Pero no quise pensar más porque en ese momento tornó a runrunear en mí el malicioso fonógrafo de la posada y volví a ver ensayar a esa hora la terrible puntería de sus bolitas de naco sobre un blanco inalcanzable.

Esa noche compartí con los fanáticos peones sordomudos su infecto chiquero al borde del tembladeral. Uno por vez hacían guardia en la puerta de la choza. Se turnaban aproximadamente cada dos horas. Veía al centinela fumar tranquilo e impasible, atravesado en la puerta. El humo del cigarrillo subía gris en el humo oscuro y zumbador de los mosquitos y mbarigüíes. La luna hacía brillar siniestramente la hoja del largo machete al alcance de su mano. Me hubieran destrozado sin piedad entre los cuatro al primer intento de fuga de la choza. De alguna manera incomprensible para mí, el viejo les habría transmitido esa consigna. Sabía que una desesperada curiosidad me atraería a la orilla del karuguá. Y él no podía interrumpir su rito porque a un extraño se le había metido en la cabeza la idea de *saber la verdad*. La puerta de la choza estaba en sentido opuesto al tembladeral. Sólo se veía a través de ella la noche vasta y profunda blanqueada por la luna.

Sergio Miscowsky era astuto. Previó mi curiosidad. Se precavió contra ella. Me entregó a sus fieles perros humanos. Solamente no previó dos detalles: mi abultada caramañola llena de caña, la sed de mis guardianes.

Me costó algún trabajo hacerles probar el primer trago. Pero muy pronto el recipiente quedó vacío y mis gendarmes sordomudos empezaron a sentir los efectos de la bebida fortísima «capaz de tumbar a un toro». La ronda de la guardia se interrumpió. El cigarro desvelado no volvió a humear en la puerta de la choza. El brillo del machete al lado del centinela dormido por la borrachera era ahora innocuo. Ya podía saltar sobre él como sobre un espejo inocente. Salté y me encaminé cuatelosamente hacia el karuguá.

Pero Sergio Miskowsky era mucho más astuto de lo que había imaginado. También había contemplado esta remota posibilidad de mi indiscreción: la de que yo pudiese eludir de todos modos a mis guardianes.

Ella no estaba esa noche. Al borde del lodo negro sólo vi al viejo inclinado como la sombra de un orante, coronada por el blanco luminoso cabello de platino.

PIRULÍ

—¡Pirulíí...! —grita la mujer hacia el rancho, sin dejar de meter entre los dientes del trapiche los trozos de cañadulce que va sacando de una pila. Al agacharse, el humo del cigarro se mezcla al vapor del rocío.

—¡Pirulííí..., Pirulíí...! ¡Eyú puece...! —vuelve a gritar Eleuteria por el costado de la boca, urgiendo a alguien que tarda en aparecer. Sus manos viborean junto a las muelas cilíndricas reponiéndoles su mascada de hinchados canutos que caen del otro lado en bagazo planchado, casi seco. El mosto goteo espeso y fragante de los cilindros de madera que gimen una vez a cada vuelta con un gemido cadencioso y soñoliento de eje de carreta, al girar el malacate del que tira un matunguito apelechado y rengo.

En la espuma rosada de amanecer que aún tiene coágulos de noche al borde de la islita boscosa, la mujer y el caballo se mueven como las figuras de un sueño que poco a poco van adquiriendo consistencia y realidad. El chillido del trapiche sube y baja como un hueso roído bajo la piel de rumores píos y mujidos que los gallos hilvanan de rojos cornetazos, uno tras otro, cada vez más remotos. El horizonte invisible empieza a moler luz como el trapiche de Eleuteria muele la caña de la «cochesa», en la menuda zafra doméstica.

Las ollas negras se van llenando lentamente. El caldo verde y espumoso atrae las lechiguanas del monte que zumban ávidas y mareadas en el olor azucarado. De las ollas o del bagazo van al lomo del caballejo cuyo cuero sarnoso, comida de uras y yabetús, se estremece al contacto de las trompetillas aladas. Mosto y keresa, pus y miel, humo, luz y vapor, movimientos, recuerdos, sonidos, hacen mezclados el espeso jarabe de la mañana que araña más que el tabaco la garganta de Eleuteria, Crisanto Alvarenga viudaré, que le dicen.

—¡Pirulíí...! ¡Mita'í repotí...! —vuelve a llamar roncamente más feliz que irritada contra el crío dormilón.

—¡Ya voy, mamaíta...!

El rostro atezado de Eleuteria sonríe en secreto. En la puerta del rancho aparece por fin un mita'í flaco y desnudo, con las greñas duras y las facciones aún adormiladas. Bajo la capa de sueño que se está resquebrajando, la carita de comadreja de Pirulí es hermosa y terrible. Sus extremidades tienen la flexible nerviosidad de las adormideras. Por su boca díscola ya empieza a manar la sonrisa como un tajo de sol sobre un guijarro limpio y cobrizo de arroyo. Bajo la piel oscura ya está despertando también al diablito naranjero.

—¡Ajhátame, mamaíta!

Eleuteria no vuelve el rostro. Sabe que su hijo se está acabando de vestir en la puerta del rancho. Primero se ha enfundado el pantaloncito lleno de remiendos. Se ata el cinto de cuero trenzado del que cuelga la jondita de goma con horqueta de guavirá. Luego se viste la blusa, enorme porque fue del finado. Eleuteria le achicó un poco las costuras, pero se olvidó de las mangas. Pirulí se las arrolla alrededor de los brazos. Mientras sus dedos trabajan con los pliegues sucios y rotosos, en los bolsillos cantan las bolitas de vidrio y un poco más sordamente los bodoques de barro colorado cocidos al sol, a cada uno de los cuales Pirulí encomendará certeramente en el cuero de su jondita la muerte de un chochí o de un havíakorochiré. Sí, che karaí-kuera. Eso ko e'mi muchachito, ahí donde lo ven u'tedes, cabezudo pero lindo põrã, como un ta'angá hecho de cera de mbá-í pochy, retrato vivo y chiquito de mi pobre Crisanto, que en pá manté de'canse. Hay que ver las canas invernices que le saca. Moscas de ceniza entre el cabello oscuro. Le quebranta a cada paso hasta los huesos del alma, pero lo quiere, lo quiere más que a su vida, porque sólo se quiere en este mundo lo que se paga con dolor del corazón.

—¡Guá, mamaíta!

Eleuteria, tomada de improviso por el cariñoso empujón del chico, casi mete la mano en el trapiche.

—¡Mita'í tepotí! Ya me asutate otra vé, demoño tie'y...

—E'á, mamaíta. ¡Guá!, te dije nomá nikó. Vo'ko te asutá debarte voí.

—Güeno, quedate aquí, atendé el trapiche. Vi'a traer leña para hacer el eíra.

—Sí, mamaíta.

Eleuteria toma el machete barcelona y se interna en el montecito, brillante el hierro afilado herido por la luz, oscura ella con el trapo floreado atado a la cabeza, el cuerpo enjuto, aún joven, casto ahora a fuerza por la ausencia de su hombre muerto de una mala puñalada, aunque no muerto del todo porque está creciendo, viviendo de nuevo en este cachorro levantisco que tanto se le parece, que ha heredado su inclinación irresistible a desafiarlo todo, a burlarse de todo con un coraje feroz y sonriente.

Pirulí mete en el trapiche una caña tras otra. Ve gotear el mosto verde. Bebe uno o dos tragos en el hueco de sus manos. Ve caer el bagazo blanco del otro lado. Ve volar las lechiguanas ahitas con sus vientrecitos de seda negra, preñados de azucar, a punto de estallar. El andar giratorio y rengo del matungo atado al palo del malacate, le da sueño. Bosteza. Se aburre. Por hacer algo, levanta del suelo un macizo garrote y lo introduce en el trapiche en lugar de la caña. El caballejo ciego y apelechado encorva el espinazo, estira por encima de sus fuerzas, pero no puede. El trapiche pesa ahora más que la bordalesa de miel que suele llevar al pueblo tirando del carrito, pesa más que el arado, se ha vuelto pesado como el mundo. Los rodillos se atascan en el garrote. Es imposible avanzar un tranco más, la mitad de un medio tranco siquiera. Pirulí frunce los labios vagamente sastisfecho y retira el garrote de la muela. El caballejo fatigado espera con las verijas sumidas y palpitantes por el esfuerzo derramando una diarrea flemosa y sanguinolenta.

—¡Neike, cabayú tepotí! ¡Vamooo, pueee...!

El matunguito no oye, no se mueve. Entonces Pirulí desenreda del cinto su jondita y le dispara ye-mborayú-jhape dos bodocazos seguidos que explotan en el anca de la bestia sumisa. Su espinazo vuelve a curvarse en el estirón. Reanuda su marcha renga y cansina. El lamento del trapiche vuelve a oírse. Por afinar la puntería, ensaya dos nuevos tiros; esta vez los bodoques estallan en polvo rojizo en las orejas del matungo, cuyos bordes empiezan a sangrar para delicia de los tábanos. El caballo tuerce la cabeza hacia el chico sentado en cuclillas junto al trapiche.

—¿Por qué, Pirulí? ¿Por qué? —parecen preguntar sus ojos muertos y húmedos.

—¡Jhooo... Jho'oooo..., vamooo, cabayú! —grita Pirulí por toda respuesta.

La marcha circular continúa. Continúa el intermitente lamento del trapiche. Es una carreta que anda fija en un punto, pisando caña, chorreando mosto en las ollas negras bajo el aire maravillosamente límpido de la mañana.

Pían los pájaros. Pirulí se aburre. Quisiera ser Pombero, Pora, Luisón, algún monstruo del que todos disparasen. Quisiera hacer algo terrible que justificara este vago ensueño. Pero el sol empieza a brillar. El corazón dulcemente siniestro del chico se arruga para adentro, en la penumbra de sus doce años indómitos.

Pirulí recuerda sus aventuras. Analiza despectivamente cada una de ellas. Casi todas le parecen tontas, pueriles.

—Mita'í rembiapó, sudor de perro debarte... —piensa descontento.

Una sola le produce cierta complacencia: la del kuriyú. Hacía de esto tres o cuatro meses.

Él fue quien buscando una vaca encontró la enorme víbora a orillas del bañado, sumida en el sopor de la digestión, después de haberse tragado un ternerito. Sabía que las boas en ese estado son inofensivas. Pirulí pensó que no se le presentaría nunca otra oportunidad semejante y se animó. Se apeó del matungo y con el machete degolló a la víbora, casi asfixiado por el temor y la felicidad. Después convocó a



consejo de guerra a los demás miembros de su pandilla, de la que era el jefe indiscutido, y les expuso su plan. Todos aceptaron la empresa poseídos de una exaltación sin nombre.

La keriyú que medía no menos de veinte varas, fue asegurada con lazos. Pirulí ató los extremos a la cincha del matungo y así arrastraron a la víbora muerta a lo largo de casi media legua hasta dejarla sobre las vías del ferrocarril en el brusco recodo que forman al salir del Corte Maciel, un terreno boscoso y en pendiente donde la locomotora no podría frenar de golpe. Pirulí había calculado todos los detalles.

El tren de pasajeros pasaba por allí a la caída de la tarde. La gran locomotora negra coronada de humo y arrastrando fragosamente sus vagones iluminados siempre había constituido una tentación demasiado fuerte para Pirulí y los suyos. En ese gran monstruo de hierro, de fuego y de rumor viajaba el misterio, lo desconocido, lo prohibido, lo que ellos nunca conocerían. En las ventanillas con luz que pasaban velozmente unas tras otras como ráfagas de una pesadilla coloreada veían caras humanas; las veían reírse y moverse felices, como si se burlaran de ellos que sólo tenían su selva, su estero, sus sabandijas, su desarrapada y miserable libertad en la que estaban cautivos.

Esta vez les tocaba a ellos; se vengarían del monstruo de hierro al que habían puesto en su camino un monstruo de carne y de sangre.

Se escondieron en la maleza para ver la lucha. Y lo que vieron no defraudó sus esperanzas.

Cuando el tren arrolló a la kuriyú, la rolliza cola escamosa y anillada se levantó como disparada por un resorte y chicoteó en los costados de los vagones proyectando chorros oscuros y hediondos a traves de las ventanillas iluminadas. El terror agarrotó en la garganta a los pasajeros un solo y largo grito de angustia, de espanto, de muerte. No parecía un clamor humano sino un chillido de bestias heridas. Pirulí y sus secuaces se estremecieron en sus escondrijos. Sus ojos brillaban como luciérnagas inmóviles y horrorizados entre la maciega. Vieron que muchos pasajeros se arrojaban por las ventanillas. Los más quedaron aplastados contra el suelo. Unos pocos huyeron despavoridos a campo traviesa, renqueando, chillando enronquecidamente sus pedidos de socorro. Uno se hincó al borde de la vía, entre los pedazos descuartizados de la víbora y empezó a rezar sollozando y golpeándose el pecho. La locomotora también pitaba desesperadamente, y sus metálicos alaridos hacían aún más pavorosa la escena. Los ruedas patinaron por la pendiente sobre los restos viscosos de la kuriyú.

Pirulí y sus compinches no vieron más porque, huyeron de allí como apereáes disparando del fuego. Todo el pueblo vino a ver el accidente. Ellos no. Ya lo habían visto y estaban satisfechos.

Pirulí sonríe soñadoramente. Ojalá pudiera volver a hacer alguna vez algo parecido.

—¡Jhojhojhóóó, cabayúúú...! ¡Vamooo, pueee...! —los bodoques siguen estallando intermitentemente como burbujas rojizas sobre el apelechado lomo del matungo.

Las muelas cilíndricas giran secas. Su lamento entre tanto se ha hecho más agudo. Pirulí se ha olvidado de alimentar el trapiche. Ha estado volando lejos de allí con su imaginación de pequeño pájaro sanguinario. De pronto se da cuenta de su olvido, de su negligencia. Siente por anticipado los chicotazos de la madre. Ella es implacable con sus faltas. Y su chicote de ysypó-poí entra hasta los huesos.

Pirulí recuerda el castigo que mereció por la aventura de la kuriyú cuando Karumbe'í, el traidor de la pandilla, acosado por la guasca del padrastro, los delató. Eleuteria le pegó a su hijo hasta que se le durmieron los brazos. Pirulí se toca las cicatrices de la zurra y el recuerdo de dolor le vuelve a latir en las sienes como la picazón de dos rojas avispas enfurecidas.

Eleuteria viene saliendo del montecito con su hato de leña sobre la cabeza. Pirulí necesita encontrar algo pronto para disculparse, para desviar el justo enojo de la madre que él se imagina cómo caerá sobre él. Cierra los ojos. Araña en su interior. No encuentra nada, ¡nada! Ah, sí, encuentra algo. Se remueve un instante dentro de la blusa elásticamente y se lanza contra los rodillos del trapiche que empiezan a comer uno de sus brazos.

—¡Mamááá..., mamááá...! ¡Che yagarrá cooo la trapiche...!¡Mamááá...! ¡Ayáyáiii, mamaítaaa...!

Los gritos del Pirulí son desgarradores. Las lechiguanas revuelan asustadas. El matungo sigue su marcha renga, sin oír, tirando del palo del malacate. Las terribles muelas cilíndricas siguen mascando el brazo de Pirulí. Ya lo tienen devorado hasta el codo. Eleuteria arroja su atado de leña, arroja el machete y se precipita desalada hacia el caballo para detenerlo. Lo detiene. El lamento del trapiche cesa. Pero siguen los gritos de Pirulí y de su madre, de dolor los de él, de espanto los de ella.

—¡Pirulí..., che memby...! ¡Por el amor de Dió...! ¡Socorro, gente huera...! ¡Trapiche cooyagarrá che memby-pe...!

Eleuteria hace girar en sentido contrario al caballejo. Prácticamente lo arrastra del bozal. Su fuerza es idéntica a su desesperación. Los rodillos van devolviendo poco a poco su mascada humana. El brazo de Pirulí va saliendo del trapiche convertido en bagazo seco hasta la mitad. Pirulí ha quedado extrañamente tranquilo. No llora, no se retuerce. Recobra su brazo en actitud reflexiva. Se diría que ya no siente dolor alguno. Los cilindros están apenas húmedos. Y el caldo verde y espumoso no ha perdido su color en las ollas negras que están debajo.

—¡Che memby...! ¡Pobrecito, m'hijo...! ¡Cómo pikó te decuidate...! ¡Y 'e el brazo derecho..., tu bracito derecho, m'hijo, che Dió Santo...!

La desesperación de Eleuteria va tomando matices sombríos. Abarca el pasado y el futuro sobre el filo del momento terrible. Ve a su hijo lisiado para siempre. Se arrodilla delante de él y va a tomar el brazo herido como algo sagrado. La pobre mujer tiembla en todo el cuerpo. Es una hoja estremecida por el vendaval interior que destroza sus nervios. El pañuelo floreado se le ha caído de la cabeza y sus cabellos negros se han llenado de repentinas moscas de ceniza. Caen lacios y parados sobre su cara lívida. Pirulí está impasible, casi sonriente, concentrado en su pensamiento. Eleuteria toma por fin el brazo triturado y seco. La manga flota vacía en sus manos. No hay humedad de sangre, no hay pedacitos de hueso ni jirones de carne. Nada. Sólo la tela seca y vacía.

Entonces Pirulí, como congraciándose, saca el brazo entero, intac-

to, que lo tenía metido dentro de la blusa, entre el cinto y la piel, y se lo extiende a su madre.

—Aquí e'tá, mamaíta, mi brazo. Para engañarte un poco nomá ko hice...

Ciega, trémula, jadeante, bruscamente transformada, Eleuteria grita agachándose:

—¡Mita'i tepotí...! ¡Hijo del diablo...! ¡Añá...añá...!

Levanta el garrote del suelo y descarga un gran golpe sobre la cabeza de Pirulí, que cae sin un grito y queda inerte a los pies de Eleuteria.

LA ROGATIVA

1

Salió despacio de entre los bananeros como una bestezuela satisfecha. Una pequeña larva humana avanzando entre los amarillentos colgajos de las hojas. Alrededor de la boca había tierra, restos del furtivo banquete en el bananal. Aún se chupaba los dedos en persecución de las últimas migajas. La tierra estaba dura y reseca. No pudo escarbar muy hondo hasta el mantillo grasiento donde antes de la sequía abundaban las liendres de la tierra: frescos y gordos gusanillos blancos parecidos a tarjas de pella entre terrones y con un sabor rancio y azucarado. Poilú no encontró un solo sevo'í. En el fondo se alegró. Les tenía cierto miedo a los bichos. La tierra sola le gustaba más; la tierra pegajosa y oscura que había debajo de los yuyos, especialmente debajo de la yerbabuena y del hinojo. Podía distinguirla con los ojos cerrados, por el perfume. Conocía los mejores sitios en el bananal. Pero la tierra había dejado de ser pegajosa. Y hasta el sabor estaba cambiando. Pero por lo menos había calmado su hambre. Sólo la sed continuaba brillando con un reclamo intenso y doloroso al fondo de los ojillos color tabaco.

Era el reclamo que reinaba en todas partes; un clamor seco y crepitante. En la tierra, en las hojas, en la gente.

Se oían los rezos monótonos y plañideros en la capilla; los sones cascados y opacos de la campaña volteada a trechos como si hubiera muerto alguien. Estaban todos metidos ahí, desde la mañana temprano, rezando y cantando a Dios para que lloviese. Terminaban y volvían a empezar sin descanso: el coro compacto de voces afligidas trepándose sobre el vozarrón del cura. El clamor subía y se expandía en el aire quieto, semejante al zumbido de un lembú patas arriba contra el azote.

2

Poilú era hija de Anuncia, que era la concubina de Timoteo Aldama, que era a su vez tropero de los Filártiga.

Timó Aldama había «desgraciado» a un hombre de una cuchillada. Asuntos de apuestas en las carreras de Kandeá. Un desafío, un ataque a traición. Cosas del machaje. Andaba huido de las comisiones policiales. Unos días después, el herido murió de gangrena. Timó no pudo volver. La cruz de un aguaí lo convertía en proscripto. El comisario de Santa Clara no lo quería. Tenía con él una vieja deuda. Él mismo encabezaba las batidas. Un tiempo después se supo que Timó había muerto en el ciclón que asoló Villa Encarnación.

Anuncia se las arreglaba como podía conchabándose para recoger el maíz y la mandioca en las chacras y, alguna que otra vez, vendiendo aloja y el chipá en las riñas de gallos de Ñu-Guasú. Eso quedaba bastante lejos, pero a las carreras de Kandeá no podía ir como antes, después de lo que había hecho Timó. A la barragana del «juido» nadie le compraba nada.

Poilú quedaba siempre sola en el rancho. Anuncia tenía bastante para andar una legua con su lata de aloja y su pesado canasto de chipás y fritangas.

Con la sequía de seis meses se había acabado el maíz y la mandioca, se habían acabado las riñas y las carreras. Se había acabado todo. No quedaba otra cosa que rezar y esperar. Los que estaban más apurados se iban muriendo.

No brotaba ni la maleza. Pero la angustia y la desesperación habían hecho retoñar vigorosamente la fe de la población. La capilla resultó chica para contener este repentino florecimiento del espíritu religioso. Desde que Paí Benítez ordenó la rogativa, las ovejas más negras habían vuelto al redil. Todos querían ponerse bien con Dios en el momento de la prueba.

—Somos elegidos de Dios —clamaba Paí Benítez con voz engolada y escaso convencimiento—. Debemos aceptar el castigo y tratar de ser más buenos para merecer el perdón —con sus palabras caía sobre los feligreses un medroso aire de contrición.

Entre los «elegidos» no faltaban conocidos cuatreros y hasta viejos criminales, algunos de los cuales tenían tres marcas en el mango de sus cuchillos pero cuyos delitos habían prescripto como cuentas incobrables. Las miradas de Dios no hacían distingos.

El hambre y la sed daban una extraña entonación a los rezos y a los cantos. Hacía cinco días que había comenzado la rogativa y ella no iba a cesar hasta que el cielo se apiadara de los pobladores de Santa Clara.

En su carcomido campanario de madera, Quincho, el campanero rengo y sordo, tiraba de la soga con un rígido espasmo de los brazos. Y la descalabrada perra de bronce ladraba a Dios con su único ladrido carrasposo y asmático.

Eso comenzaba desde la salida del sol, cesaba un rato a mediodía y volvía a la tarde, después de la sesteada del cura, hasta la puesta del sol.

—Poilú, cuidado con moverte de aquí. Cuidado con acercarte al pozo. Cuidado con irte al bananal. Que no venga a encontrarte comiendo tierra otra vez...

Anuncia atrancaba el rancho y se iba a la rogativa. Poilú un rato después se descolgaba por la ventana y se iba a sus solitarios atracones de tierra.

Pero apenas había otra cosa que comer en todo el pueblo. Y no sólo Anuncia encontraba a su hija comiendo tierra en la banana. Muchas otras mujeres encontraban a sus hijos haciendo lo mismo. Era una antigua tradición infantil de Santa Clara. El hambre no había hecho sino actualizarla y, en cierto modo, sancionarla. La resistencia de las madres se había ido haciendo cada vez más nominal.

En medio del rezo, Evarista le había dicho en voz baja a Anuncia:

—¡Ay, Jesús, comadre, lo que me pasa! ¡Mba'é tema nikó, che Dios! Mi Juancito anda comiendo tierra otra vez... Qué pikó voy a hacer un poco...

—E'á, comadre. Poilú ko también come... La' criatura tené mucho hambre... No hay otra cosa... No podemo'hacer nada... «Dios te salve, María... llena ere de gracia...»

3

Poilú rodeó el rancho y se encaminó al pozo. El sol pegó de lleno en la figurita desnuda y grotesca que parecía hecha con cera del monte. La cabeza grande sobre el cuello escrofuloso; el vientre abultado, a punto de estallar, con la piel tirante y verdosa llena de manchas blancuzcas. Las moscas la seguían y se enredaban de tanto en tanto en las greñas queriendo llegar hasta los granos. Poilú no hacía el más mínimo ademán de defenderse. El sol, las moscas, el hambre eran partes de su mundo; no los sentía enemigos suyos. Pero la sed era algo nuevo para ella. Nunca había faltado agua en Santa Clara. Y ahora todos los pozos estaban secos. Hasta el arroyo que corría en la orilla del pueblo en un angosto y hondo cauce de piedra.

La sequía se había metido en todas partes, hasta debajo de la tierra. Pensó en ella como en un animal dañino, según la explica-







ción de su amigo Felipe, el viejo loco que habitaba una pequeña gruta del arroyo.

Pero Felipe Tavy tenía maneras extrañas de explicar las cosas. Además, caminaba todos los días. Poilú estaba desconcertada. Primero le había dicho:

—La sequía 'e un gran pájaro, con algo de lagarto y de víbora que etá sobre Santa Clara, Poilú.

—¿Y cómo tonce se ve el sol, Celipe?

—Porque está hecho con el vellón de la Virgen...

Pero al día siguiente, si volvía a preguntarle le decía:

—¿La sequía, Poilú?

—Sí, Celipe. ¿Por qué no hay agua y no' tamo muriendo de sed?

—Porque en el cerro Kuruzú hay un tigre azul que se tragó toda el agua. Hata que el tigre orine no vamo' a tener má' agua.

—¿Y cuándo va a orinar el tigre?

—Cuando en el plan del arroyo florezca un yasymörötï.

—Pero allí hay piedra mucho ité por toda parte. ¿Cómo pikó va a salir el flor, Celipe?

Felipe ahuecaba la voz y guiñaba un ojo mirando para todas partes.

—Hay un abujero en la piedra del plan, frente mimo a mi cueva. Por allí va a crecer el flor del agua.

—¿Y por qué no te va' a la capilla a rezar con lo' jotro kuera?

—Na... Yo no soy loco como lo'jotro... No e' allí que hay que apretar la verija al tigre... Dios no etá en la capilla... Allí solamente hay el mal aliento de la' vieja bruja...

—¿Y ande tonce etá Dios, Celipe?

Él volvía a ahuecar la voz y a guiñar el ojo:

—Dio ko etá conmigo en el arroyo... Él me cuenta todo...

Y Felipe Tavy, semidesnudo, esquelético, con sólo su camisa rotosa que le llegaba hasta las rodillas, su cabellera y su barba blanca, sucia, color ceniza, volvía a seguir su camino apoyado en su bastón de tacuara, envuelto en la aureola cenicienta del polvo. Su atadito de cosas se le movía en la espalda como una joroba.

Todavía giraba el rostro y por sobre el hombro le decía a Poilú mientras se iba alejando:

—Y cuando llueva te voy a traer el flor del yasymörötï del arroyo, forrada en viento-norte-y-nunca-la-verás-mirándola...

Poilú no sabía qué pensar. Felipe y su madre contendían en la nebulosa nuez que la hidrocefalia todavía no había acabado de inundar. Tanto fue, que un día le dijo a su madre, al regreso de la capilla:

—¿Para qué pikó rezate en la capilla, mamaíta?

—Para que Dio no'mande la lluvia.

—Celipe dice que no e' allí donde hay que apretarle la verija al tigre.

Las miradas de Anuncia se tiñeron de indignación en el círculo de las ojeras amoratadas.

—¡Karaí-tuyá-tavy!

—Dice que allí solamente hay el mal aliento de la' vieja bruja... —continuó Poilú desaprensiva, inocente.

Anuncia descargó un bofetón en la cara de Poilú. La figura de cera montés se alejó temerosa unos pasos. Contra la pared cuarteada del rancho se recostó a llorar. Repasaba con la mano el sitio del bofetón, encogida, llorando silenciosamente con un hipo sordo que moría en la garganta. La madre le gritó:

—¡Cuidado que vuelva' a hablar con ese viejo loco!

—Celipe Tavy 'e bueno, mamaíta... —susurró la figurita de cera.

El vientre enorme se estremecía a cada jipido del lloro. Y entre

uno y otro, la voz de la criatura volvía a atreverse. Parecía atravesar la pared cuando dijo:

—Celipe Tavy é el único que me cuenta cuento. Y cuando llueva me va a traer del arroyo la flor... —y repitió a su modo, sorbiéndose los mocos, el disparatado fonema del lunático del arroyo.

Anuncia no se había aplacado. La rogativa había hecho surgir en ella otra mujer; una mujer dura, inexorable, impersonal. Su voz había copiado el tono enfático del cura; una voz en la que los pequeños recuerdos se desintegraban en una mirada de partículas tornasoladas, como un estornudo.

—No va' a hablar ma con Celipe Tavy.

—¿Por qué, mamaíta?

—Porque al hablar él te mete gusano'en lo'oído. Lo' gusano se va' a criar en tu cabezota y te va a salir por la narí y lo' oído. ¿Me oíte?

Poilú se resistía. Estaba aguantando la respiración.

—Si te agarro hablando con él, te voy a romper el cabeza con el abatí-soká. Pero aunque yo no te vea, te va a ver Dios y lo mismo Él te va a quebrar la cabezota como una sandía madura a la que aplata una carreta. ¿Me oíte?

El valor de Poilú parecía inagotable. ¿Qué cosas tan secretas como Dios estaba defendiendo ella en ese momento en sí misma? No respondió a la intimidación perentoria. Se negaba a responder. Pero un nuevo coscorrón que resonó neto, rabioso, sonoro, en la enorme cabeza, le arrancó la promesa:

—Sí, mamaíta... No vi'a hablar ma con Celipe Tavy...

4

Estas cosas eran las que llevaban preocupada a Poilú. Sus patitas estevadas la fueron acercando al pozo. Sus pies batían el polvo con el sonido de una fruta podrida que cae del árbol. Subió sobre las tablas carcomidas que cubrían la boca del pozo sin brocal. En el centro había una abertura cuadrada toscamente labrada a hachazos. En las juntas de las tablas asomaban manojos de culantrillos resecos. El musgo y las orejas de rana que antes había adheridos a las tablas eran también polvo ahora; sólo que un polvo pastoso que se negaba a volar.

Poilú miró a través de la abertura. Adentro, bajo el sol del mediodía, era la noche fresca y sosegada del pozo.

La sed mareaba a Poilú. La arañaba en la garganta, en el pecho, en el estómago. Le dolía más que los coscorrones del día anterior. Se miró los pies y las piernas dos o tres veces; le pareció sentir que subían por ellos hileras de hormigas y que cada una de estas hormigas la picaba con una punzadura leve y penetrante. ¡Si hubiera un poco de agua en el pozo!

Pero no. Ella sabía que no había, que no podía haberla. Todo estaba seco. La misma cantarilla se había rajado, como si hubiera muerto de sed. El porongo parecía la barriga hinchada de una vaca muerta en el campo, pero vacío, seco, inútil.

Hasta que Felipe Tavy le trajese la gran noticia, ella sabía que no podía haber agua en ninguna parte. Debajo de las tablas sobre las cuales se hallaba parada con las invisibles hormigas subiéndole lentamente por el cuerpo había solamente esa pequeña y redonda noche misteriosa del pozo. Fresca pero sin agua. Más implacable todavía porque era suave y engañadora. Por la abertura caía, casi ya vertical, una viga dorada y transparente con su cuadrado luminoso en el fondo profundo. Poilú lo miraba como hipnotizada.

5

—¡Chake, Poilú...!

Los dulces ojillos legañosos de Felipe la miraban un poco asustados desde la quincha. Se acababa de parar. El polvo todavía le rodeaba.

El corazón de la criatura empezó a latir con violencia.

—¿Qué está haciendo ahí? ¿Le etá-sacando pikó la lengua a la abuela del pozo?

Poilú se acercó lentamente a la quincha. La prohibición le dolía en la cabeza, detrás del coscorrón. Tenía que empezar de alguna manera.

—Celipe, no puedo hablar má con vo. E' mejor que te vaya...

La voz de Poilú tenía la secreta humedad de las lágrimas.

—¿Por qué, Poilú?

—Mamaíta no quiere...

—¿Por qué, digo yo?

—Por lo' gusanos que te va' a criar en mi cabezota.

—¡Jhee, sí, tiene razón! Hay que cuidar ko eso...

—Por eso é mejor que te vaya, ante de que ella güelva y no' agarre hablando. Andá muy retobado luego ko' ella, Celipe.

—¡Qué látima, Poilú! Y yo que venía a avisarte que el flor del yasymõrõtĩ ya está empezando a crecer.

El rostro de Poilú se iluminó con algo parecido a una sonrisa. Era la belleza de una nube reflejada en un charco oscuro. En alguna parte del universo, Poilú en ese momento era hermosa como una flor cuya absoluta perfección residía en que era todavía increada.

—¿Ya se ve...? —la ansiedad era una oleada fresca en su garganta...

—Éta creciendo en el abujero. En ete momento ya etará saliendo el puntito. Pero cuando salga el flor, ya no te podré traer, Poilú...

—Sí, Celipe... Ikatú-ta, porque tonce habrá llovido y mamaíta ya etará güena otra ve. Podremos volver a hablar. Siempre... Siempre...

Al fin Felipe encontraba alguien más sabio que él. La lógica desesperada de la criatura lo mareó.

—¡Cuidado, Poilú, no toque' mucho la bichoquera! Y bajate de ahí, tarovilla... Ahora me voy... Voy a apretar la verija al tigre.

Felipe Tavy continúa la recorrida. El polvo, su amigo, lo acompaña. El lío roñoso tiembla a su espalda como una giba movediza. No se sabe si el bastón de tacuara se le adelanta siempre un poco o si es él quien siempre se queda un poco atrás. Se vuelve como de costumbre. Va a hablar, pero el fantástico trabalengua se le borra de los labios. Ve que Poilú va andando en dirección a la puntita que está asomando por el agujero de piedra. Como hace un momento, entre las hojas amarillas de los bananeros, ahora avanza entre el polvo. Una pequeña larva humana con las moscas detrás. El anciano la sigue, la llama. Tiene los ojos turbios como el cielo seco y manchado del verano.

—¡Poilú..., Poilú...!

Pero Poilú no lo oye. No va a oír nunca nada más. Tal vez va oyendo el ruido distante de la lluvia, el fragor subterráneo de la flor que está creciendo entre las piedras.

Entre la criatura y el viejo se mantiene la misma distancia. El viejo quisiera correr, alcanzar a Poilú. Pero no puede. Ríe ahora con grandes carcajadas lunáticas. Y las conmociones de la risa frenan aún más su marcha vacilante.

El pueblo parece abandonado en la lechosa claridad del mediodía. En todos los ranchos hay silencio, un silencio pesado y obstinado. Sólo en dirección a la capilla continúa el zumbido del gran escarabajo humano, debatiéndose patas arriba contra la sequía. Cada vez más lejano. Los rígidos espasmos del campanero, colgado en el aire como una rana muerta, siguen haciendo ladrar a la perra cascada. Entre el espasmo del brazo y el sonido, hay un tiempo que el Dios de la capilla debe sentir transcurrir con desesperación. En ese tiempo rengo y sordo, ningún milagro puede suceder.

En medio de la luz rosada y manchada, la persecución sigue. Poilú baja ya hacia el arroyo. El viejo ha quedado muy atrás. La larva se arrastra entre los altos yuyos y desaparece.

—¡Poilú..., Poilú...!

Felipe Tavy llega a tiempo al borde de la barranca profunda para contemplar el maravilloso nacimiento. Entre las piedras afiladas, el grotesco muñeco de cera montés va rodando, rodando, en busca del fondo. A veces, una punta lo detiene un instante. Después sigue cayendo y rebotando entre las otras puntas. Hasta que al fin se detiene.

—¡Poilú...! ¡Poilú...! ¡Poilú...!

Así empezó a llamar Anuncia, hace tres horas. Fue ella sola, primero, con breve, con sofocado remordimiento. En el bananal, ante las huellas recientes del almuerzo. Allí estaban todavía los vestigios de las pequeñas zarpas hambrientas en la tierra, comiéndola, devorándola a ella primero, en una inversión monstruosa del orden natural. Luego, junto al pozo y las tablas intactas. Por último, ante la posibilidad que ella misma echara a rodar con un espumarajo de rabia y explosiones de llanto:

—Comadre Evarita... Debe ser Celipe Tavy..., ese viejo loco del arroyo... Él tiene la culpa... Andaba siempre detrás de Poilú, ese viejo cebado. Quién sabe qué le habrá pasado a mi hija... Quién sabe qué pa le habrá hecho...

Y la comadre oficiosa al resto del pueblo, untando con perverso lengüeteo la sádica mecha colectiva:

—¡Celipe Tavy ha violado a la hija de Anuncia...! Hay que ir allá... Castigarlo... Salvar a esa pobre inocente...

La multitud que está frente al rancho de Anuncia es la misma de la rogativa. Sólo falta el cura. Debe estar comiendo su pollo. También faltan el comisario y los agentes. Andan detrás del padre de Poilú, queriéndolo cazar a tiros.

Todos, hombres, mujeres, viejos, cuatreros, criminales de hasta tres marcas en el cuchillo, son en este momento una sola comadre rumorosa enardecida.

El gran lembú se ha puesto sobre las patas y necesita devorar su hediondo alimento.

—¡Poilú...! ¡Poilú...!

—¡Tuya añá!

—¡Tekové tavy!

—¡Yajhá katú ña jhundí...!

El gran lembú se ha puesto en movimiento. Bajo el caparazón late un corazón duro como el badajo de la campana rota. Los hombres



aperciben sus machetes. Las mujeres acezantes empujan a los hombres con sus gritos, con sus puños. Algunas mean sobre el polvo, sin siquiera recoger el ruedo de sus andrajosas polleras. Es la única agua que moja la tierra sedienta. Todos recogen piedras y palos y se ponen en camino hacia el arroyo. El polvo borra los ranchos y escolta a la multitud. Sobre el campo quemado giran bandadas de tanguatos en un vuelo lento y como atontado. Pero uno sabe que sus ojos, sus picos y sus garras tienen la emponzoñada lucidez, la afilada precisión del hambre. Son las flores negras y salvajes del cielo que nutren las osamentas.

A mitad del trayecto la procesión se detiene de golpe. Los gritos cesan. El silencio latiente se repliega sobre sí mismo. Por el camino avanza Felipe Tavy. Lleva algo en los brazos. Un bulto pequeño y oscuro. Avanza lentamente pero seguro. Su bastón de tacuara como siempre tantea el terreno, un poco en el futuro o dejando a su dueño un poco en el pasado. Cuando el silencio se hace completo, se oye su risa. Una risa pura, casi olvidada.

El grito de Anuncia corriendo hacia el anciano ceniciento devuelve al escarabajo su mortal inquietud. Ondula, se encrespa y el rumor vuelve a crecer. Los puños se cierran sobre los palos, sobre los machetes, sobre los pedregullos mataperros.

Felipe Tavy entrega el bulto inerte de Poilú a la madre. Se le pueden ver sobre la cabeza de la criatura vetas rojizas. Algo explica el anciano loco a la madre, pero ésta no le escucha. Después le escupe en la cara y le golpea con el puño que tiene libre. Felipe Tavy sigue riendo con su risa limpia de arroyo. No tiene otra manera de expresar su extraña felicidad.

La primera piedra no cae sobre él hasta que Anuncia vuelve adonde están los otros. Entonces los pedregullos caen en diluvio sobre el anciano, y el ruido que hacen al caer sobre él es el mismo que el que hacen al caer sobre el polvo, un estampido opaco y sofocado. La suave carcajada parece aún resonar entre el estruendo blanco de las piedras. Pero es solamente un recuerdo.

Tan ardua es la piadosa operación que todos se secan el sudor de sus frentes. Gruesas gotas. Gruesas gotas chorreantes. Y tan absortos están que no se han fijado en el cielo del Poniente. No se dan cuenta de que sobre el sudor que mana de adentro, del odio, de la fatiga homicida, están cayendo las primeras gotas de un caliente aguacero. Negros nubarrones avanzan velozmente y oscurecen todo el cielo. El aguacero arrastra a la lluvia. Su olor cercano, su frescura, están llegando en la primera ráfaga. Lloverá toda la noche. Tal vez durante días.

Después habrá acción de gracias en la capilla de Santa Clara.

LA GRAN SOLUCIÓN

Al principio de la guerra con Bolivia, Liberato Farías se consideró relativamente seguro. Con sus cuarenta años blandos y retacones se sentía en cierto modo inmunizado contra la posibilidad de marchar él también al frente.

Vivía con Cesarina, su esposa, en una casita muy linda del puerto, detrás del enorme edificio circular de la Dirección General de la Armada. Desde allí, todos los días hacia el anochecer oían la charanga de los acantonamientos despidiendo en los muelles a las tropas que partían en los transportes rumbo al frente.

Hasta un momento determinado, esas diarias despedidas habían sido para Liberato un acontecimiento digno, emocionante.

—¿Oís, Cesa? Más soldados para el Chaco.

—¡Pobrecitos!

Desde la blanca y cómoda casita resultaba realmente conmovedora la partida de esos bravos muchachos que iban a morir por la patria con su nuevo equipo, sus uniformes verdeolivo ya rotosos antes de empezar, sus sanos y alegres gritos que agoraban una fiesta, no una guerra.

Un vago repeluzno heroico estremecía a Liberato oyéndolos partir. Apoltronado muellemente en su sillón preferido de la salita, con el copetín del aperitivo al lado, su ejemplar de «El Orden» sobre las rodillas y Cesarina trajinando desde la cocina al comedor con un leve *fru fru* de sus polleras almidonadas, Liberato pensaba en los soldados. El sonido de la banda le arrancaba a él también sueños de coraje guerrero. Pero nada más que sueños. ¡Qué se iba a hacer! Era preciso morir y morir a miles para castigar la infame agresión, recuperar las tierras robadas, desagraviar el honor nacional.

—¡Qué espléndidos muchachos los nuestros, Cesa!

—Verdad, mi hijito. Los pobres hacen caer el alma a los pies —respondía ella sin dejar de preparar la cena. A Liberato le gustaba comer bien, sobre todo por las noches. Los atracones al mediodía no le sentaban. Le daban sueño. Y desde temprano tenía que estar en la ferretería.

—Parecen chicos que van a jugar. ¡Y pensar que van nada menos que a morir! ¡A morir...! —la voz de Liberato temblaba un poco de coraje y de miedo, mitad y mitad, como el vermouth y el amargo de su aperitivo.

—¡A morir! ¡Qué triste! Pobres también los que se quedan...

—¿Los que se quedan? —inquiría él tragando con ruido.

—Digo..., los padres, las hermanas, las novias —el sonido de los cubiertos o de los platos comunicaban cierta marcial estridencia a la voz suave, tierna de Cesarina. Demasiado suave, demasiado tierna.

—¡Ah, pero esos puercos la van a pagar! ¡Je...!

—¿Quiénes, mi hijito? —mientras rebanaba distraídamente el pan abultado y fragante que traía Salvatore.

—¡Ellos! Los bolivianos...

—Ah, pero a lo mejor tampoco ellos tienen la culpa —acotaba con blandura mientras depositaba la fuente humeante sobre la mesa cubierta por el inmaculado mantel. El corazón de Cesarina era humano y generoso. Podía disculpar cualquier cosa.

—Cómo no van a tener la culpa. ¡Si ya están casi sobre el río! Indios de porquería.

—Bueno. La sopa se enfría, Libé.

La exaltación de Liberato se desvanecía de golpe. El vapor aromático y sabroso de la sopera lo envolvía y lo arrastraba hacia la mesa como un abrazo mágico. Cesarina tenía varios filtros irresistibles. No solamente eran el orégano y el perejil en la sopa, los condimentos, el insuperable puchero. ¡Y tan buena, tan comprensiva, tan complaciente ella siempre!

Al rato, en las pausas de su sonora deglución, Liberato hablaba un poco. Transmitía a Cesarina cosas, problemas de la ferretería; las peripecias de una cuenta incobrable; la muerte de un cliente; la rotura de una partida de lozas; las crecientes dificultades con la guerra para reponer la mercancía. Él, como gerente de la casa, estaba bastante preocupado. Cesarina contemplaba a su marido atentamente. Seguía sus palabras con movimientos de cabeza. Le alcanzaba la salsa, el vino, le repetía las porciones. Lo sahumaba con su devoción fiel. Lo alentaba.

—Ya vas a encontrar la manera, mi hijito. No te preocupes ahora. Comé tranquilo.

La que siempre encontraba las soluciones era ella. Tenía una finísima intuición para todo. Se podía decir que el verdadero gerente de la ferretería era ella. Y procedía con tanto decoro y tacto que Liberato nunca se daba cuenta de que esto era así. Le mostraba el camino y, además, le hacía creer que él lo había encontrado.

Ella apenas tenía tiempo para contarle sus cosas. Pero más que tiempo, le faltaban en absoluto cosas que contarle. No iba a aumentar las preocupaciones comerciales del marido con las pavadas del lechero, del carnicero, del almacenero, de la lavandera. Para ella, los únicos acontecimientos importantes eran las salidas y regresos de Liberato; los cuatro viajes de ida y vuelta que él hacía desde su casa hasta la ferretería distante unas diez cuadras en un buen sitio de la calle Palma.

Después de la cena salían un rato a tomar el aire en la vereda. Después se acostaban. Juntamente con el sueño caía sobre Liberato en el sereno la necesidad de la blandura de su Cesa, como otro sueño más íntimo en que, también como en el aperitivo, se mezclaban mitad y mitad la costumbre del deseo y las siempre nuevas satisfacciones.

En los brazos tibios, satinados, de Cesarina, Liberato olvidaba la guerra, la ferretería. Se olvidaba de sí mismo. Se refugiaba en ellos como un niño ansioso de protección y ternura. Y en esos momentos, en la oscuridad, cuando por los visillos se filtraba en pálidos haces la luz del alumbrado, era cuando Cesarina se mostraba más plenamente comprensiva de sus deberes de esposa y... de madre.

Porque en realidad, tanto como su mujer, Cesarina era la madre de este párvulo adulto y regalón. No le costaba en lo más mínimo desempeñar ese papel. Al contrario, ella misma se lo había fabricado. En su marido aniñado y sin carácter, Cesarina había concentrado la solicitud de una maternidad largamente postergada. La situación era evidente hasta para los extraños. Cuando Cesarina y Liberato se iban los domingos a oír misa en la capilla de los Salesianos y los jueves al cine, los Rolón, sus vecinos, dándose con el codo o guiñándose un ojo decían al verlos pasar:

—Ahí van madre e hijo...

Pero ellos vivían felices y despreocupados en su limbo doméstico. La guerra apenas había venido a alternar el inveterado ritmo conyugal que duraba ya más de diez años.

La cosa empezó a ponerse fea a partir del segundo año de guerra. O bien los bolivianos retrocedían muy lentamente o era que los de acá los empujaban con demasiada parsimonia. El caso era que la guerra se iba alargando. Las clases iban siendo llamadas bajo banderas, una tras otra. Las charangas del muelle se habían vuelto lúgubres para Liberato. Sentía un vago rencor contra esos «espléndidos muchachos» de los primeros tiempos que no habían sido capaces de acabar ellos solos el negocio contra «esos indios de porquería». Pero ¿es que entonces estos tontos muchachotes campesinos que se iban en los barcos no sabían pelear? Un día no aguantó más y se le escapó delante de Cesarina:

—¡Flojos de...!

—¿Quiénes, mi hijito?

—Esos..., esos... —y la mano regordeta del gerente, que no sabía empeñarse en otro ejercicio más violento que el de firmar recibos y cheques, se agitó dos o tres veces en dirección opuesta a la sopera humeante.

Cesarina captó nítidamente el pensamiento del marido, pero se hizo la desentendida. Cómo no iba a captarlo, si estaba asistiendo deprimida e impotente a la evolución de su confuso e incontrolado terror. Sus guisos, sus caricias, sus crecientes ternuras ya no podían nada contra ese miedo creciente.

—La ciudad se está llenando de prisioneros bolivianos. Pero ahora tendremos que acabar la guerra los viejos y los niños...

—No te va a tocar a vos, mi hijito. La guerra se va a acabar antes.

—¿Cómo no me va a tocar, si han llamado a los de treinta y ocho años?

—Van a ser los últimos, Libé. No te pongas así, mi hijo.

No fueron los últimos. La clase inmediatamente anterior a la de Liberato también fue llamada. El miedo entró en tirabuzón. Se vio ya en alguna parte del frente. Se sintió lleno de piojos, untado de polvo o de barro en las trincheras, chupando el agua salobre y podrida de los pirizales o bebiendo su propia orina (como contaban los que venían de allá), alcanzado, destrozado por las granadas de morteros que caían desde el cielo en los cañadones con su carga infernal. Empezó a sufrir pesadillas, cada vez con más frecuencia. Se despertaba gritando como un loco, pidiendo, gimoteando que no lo mataran, que lo dejaran vivir. Por la noche no leía ya sino los comunicados del ejército en campaña. Cuando los textos eran breves, suponía derrotas, desastres inconfesados que alargarían aún más la duración de la estúpida guerra.

—Este general Estigarribia está resultando un zoquete... —decía por lo bajo y se quedaba pálido, lívido.

Hasta que lo más temido sucedió. La clase de Liberato fue movilizada. Él se enteró afuera. Llegó como muerto. Al día siguiente, muy temprano golpearon en la puerta. Cesarina se levantó de un salto y fue a atender. Era uno de la Policía Militar. Le entregó el sobre verde de la citación. Lo hizo girar entre sus dedos. Quiso ocultarlo. Pero ya todo era inútil. Volvió al dormitorio. Liberato había metido la cabeza bajo la almohada y sollozaba. Se quedó mirándolo en silencio, con el alma rota, desolada, impotente por la primera vez.

—¿Quién fue? —preguntó Liberato como desde bajo tierra.

—Nadie, mi hijo... Ah..., sí. Era Salvatore, que traía el pan...

No; no era Salvatore. El repartidor del pan tenía una manera muy especial de entrar. Hablaba y hablaba. No se iba nunca. La salita se llenaba con su vozarrón y sus pausas. La cabeza de Liberato asomó:

—¿Era la citación, Cesa...?

—No...
—prefirió decirle de una vez la verdad—. Sí, Liberato... ¿Para qué voy a seguir engañándote? Era la citación.

Liberato Farías concurrió al acantonamiento militar del distrito. Le hicieron el examen médico. Las oficinas del destino funcionaban en un gran cuartel, resonante de aprestos, atestado de la futura carne de cañón. Un sargento de sanidad lo insultó; otro lo empujó; un tercero le sacudió una patada. Liberato se movía como un sonámbulo. Lo dejaron ir. A los ocho días debía presentarse allí mismo para quedar acuartelado y comenzar la instrucción. En su libreta de enrolamiento, las cuatro letras fatídicas de la palabra APTO le quemaban las manos. Y quemaron también las de la afligida y desolada Cesarina.

—Habría que tratar de conseguir que tus amigos políticos...

—No harán nada por mí —decía desfallecidamente Liberato—. Desde que ascendí a gerente los tengo un poco abandonados. Ellos no quieren comprometerse sino por los que son muy adictos. Y yo, Cesa, vos lo sabés bien, hace rato que no me meto en política.

—¡Tan bien que te hubiera venido ahora! Ahí lo tenés a Crisanto, por ejemplo. No sólo no va a la guerra. Hasta le han dado un auto. ¿Y para qué lo necesita?

—Y bueno, él tiene mucho trabajo ahora.

—¿Y qué hace?

—Lo han nombrado director de movilización. Se ocupa de mandar a los otros al frente.

Entonces había que buscar algo, una escapatoria de urgencia a la alarmante situación de su marido. Era necesario encontrarla a toda costa. Él, tan blando, tan debilucho, tan incapaz de violencias o de esfuerzos desordenados, no iba a poder resistir la dura vida de campaña a propósito solamente para esos hombres rudos y brutales que venían de la campaña. Su pobre Libé ya estaba imbecilizado por el miedo. Ella tenía que salvarlo.

Una mañana lo despertó suavemente:

—Liberato... Liberato...

—¿Qué...? ¿Qué...? ¿Qué hay, Cesarina? —respondió, reflotando de un mal sueño al exorcismo de la voz benéfica.

—Creo que podríamos arreglar el asunto de una manera.

—¿Cómo, Cesa? —y se sacaba de los ojos la telaraña sobrante del sueño.

—Sí; simulando un accidente.

—¿Un accidente? ¿Te parece?

—Pero, claro, mi hijo. No sé cómo no se me ocurrió antes.

—No..., no entiendo muy bien.

—Muy sencillo. ¿No te declararon apto para el servicio?

—Sí...

—Tenemos que encontrar entonces una manera para que te declaren inapto y no vayas. Sé de uno que estaría dispuesto a complicarse con nosotros.

—¿Quién?

—Salvatore, el repartidor del pan.

—Bueno, pero cómo le vamos a decir...

—En realidad, ya le hablé del asunto. Claro que apenas lo necesario. No todo, desde luego. No hice sino sondarlo un poco. Él aceptó de plano y hasta me ayudó con algunas indicaciones. Me dijo que por nosotros él haría cualquier cosa y que, por otra parte, eso era muy común. Me contó que un tío suyo se había salvado de ese modo en Italia de ir al frente en la guerra del catorce. Y que aquí mismo conocía a muchos que andaban fresquitos por las calles o en servicios auxiliares después de haberse disparado tiros en las piernas, en las manos y hasta en el estómago. Habían quedado un poco rengos no más. Pero lo principal era que estaban vivos y se habían escapado de ir al frente.

—Bueno, pero tiros, Cesa... Morir aquí y allá... ¿No..., no sería un poco arriesgado?

—No; pero Salvatore no te va a disparar tiros, hijo. Va a ser un accidente, no más. Me dijo que lo dejara todo en sus manos. No hay más que elegir el día, convenir algunas otras cositas... En fin, ya está casi todo listo. Es un recurso desesperado.

Liberato no tenía aún una idea de cómo se produciría ese accidente. Pero sintió que una gran placidez le empezaba a inundar por dentro. Si Cesa había preparado el asunto, no había que temer. Ella siempre sabía lo que hacía. Era, sin duda, una gran solución.

Mientras Liberato ponía en orden los asuntos de la ferretería, Salvatore mantuvo tres nuevas entrevistas privadas con Cesarina. Ya no parecía un repartidor de pan sino un acreedor exigente que se volvía más exigente. La miraba a Cesarina, la devoraba con los ojos encendidos y los labios húmedos y temblorosos. Se paseaba a grandes pasos por la habitación y se sentaba, a veces, en la butaca de Liberato con la voluptuosa fruición de un hartazgo anticipado.

Cesarina se daba exacta cuenta de la encrucijada en que se había metido. Pero ya era tarde. El dilema era de hierro: o ceder a las crecientes exigencias de ese bruto, o perder a Liberato en la cárcel o en el frente. Apenas se defendía ya.

—Pero eso no puede ser, Salvatore. Usted no puede exigirme eso. Soy una señora... Una esposa decente...

—Claro. La bella signora quiere salvar a suo rispetable marito, cómodamente, gratuitamente... Ma el povero Salvatore, l'estupito, puede hacer el fato e andare poi tranquilamente a la cárcel... ¿Eco?

–Usted aceptó hacer este favor.

–Bene, bene. Ma io meto un precio. Tutte le cose tienen un precio: el pan que io vendo, l'acidente para que suo marito que non vuole partire a la guerra reste junto a la sua moglie, la moglie del marito que e mia desesperazione de hombre... Tutte le cose.

–¡Salvatore, usted es un mal hombre, un miserable!

–Puede. Ma usted e una moglie molto apetitosa..., divina. ¡Mamma mía! –y el atlético y sonrosado repartidor resoplaba su cálido aliento con los labios casi pegados al cabello endrino y ondulado de Cesarina.

–¡Retírese! ¡Salga de aquí!

Salvatore retrocedía un paso, aflojaba un poco el cerco. Pero no se iba.

–Ya ritornará a llamarme. Non sea tonta. Los dos están en las mías manos... lo posso soplare al distrito...

–No tiene ninguna prueba.

–Ma perderá totalmente a suo marito, a su... bambino, como dicen los vecinos.

–¡Salga de aquí...! –volvió a repetir Cesarina, con mucho menos fuerza. Ya prácticamente no era una intimación; era apenas un desahogo, quizás el último, de su dignidad herida. Salvatore renovó su acometida. Ahora no tenía sino que insistir un poco más.

–¡Povera ragazaa! Piénselo.

–No..., no...

–Io non tengo apuro ninguno. O esperato tre anni. Posso esperare tre giorni piu. Piénselo, signora... ¡Ragazza mía!

Salvatore se inclinaba, caía sobre ella como una atmósfera sofocante, irresistible. Veía sus dientes grandes y firmes, brillando como pedruscos de mármol en medio de una sonrisa lasciva. Sentía sus turbias miradas rozándole la piel; sus grandes y pesadas manos revoloteándole, sin atreverse todavía demasiado, alrededor de los hombros, de la cintura, de sus senos palpitantes. La esposa honrada y fiel, la mujer consagrada al amor apacible, al inalterable rito monógamo, adormilada por más de diez años de tímidas caricias maritales, casi neutras ya por el hábito, estaba despertando en un viento de fuego. Se sentía mareada, aturdida mortalmente atemorizada. Pero estaba de por medio la suerte de Liberato.

–¿Y..., ragazza? ¿Qué faciamo?

Cesarina amaba demasiado a su marido para no sacrificarse por él. ¡Cualquier cosa, antes de permitir que él se fuera a la guerra! Allí le esperaban peligros atroces. Podía sucederle lo peor. No respondió pronto a la pregunta del repartidor. Después con un hilo de voz le dijo:

–Bueno..., pero procure no lastimarlo demasiado al pobrecito. Solamente para engañar a los de la junta...

–¡Oh, deque eso por la mía cuenta! Seremo tutti contenti... Ma pero, ¿il nostro acordo?

–Mientras él esté en el hospital...

–¡Eco! Nessuna parola piu.

El italiando besuqueó a Cesarina y se fue silbando una desafinada tarantela.

Salvatore vino a medianoche con el carro a buscar a Liberato, que salió encogido, pequeño, miserable. Parecía un carnero conducido al matadero. Cesarina lo despidió en la puerta de la calle. Lloró un poco y se acostó a esperar. Después del accidente, el mismo Salvatore debía llevar a Liberato al Hospital de Clínicas, como si lo hubiese encontrado por casualidad tendido en la calle. Eso era lo convenido. Sólo después iba a venir a golpear levemente la puerta, para cobrarse el precio.

No lo aporreó demasiado. Sólo como para que los médicos de la junta no tuvieran ninguna clase de dudas. Liberato ni se dio cuenta de cómo había comenzado aquello. El hecho fue que al llegar al desvío del ferrocarril que estaba detrás del edificio de la Armada, junto a unos vagones cargados de rollizos, Salvatore se agachó en el carro y recogió algo vagamente parecido a un garrote corto y macizo. Después dijo con voz lejana, como con sueño, levantando la mano en dirección a los vagones:

–¡Guárdate cuánta leña, don Liberato! ¡Cuánta leña...!

El interpelado se dio vuelta para mirar. Apenas se veía en la oscuridad. En alguna parte había un foco de mala muerte. Pero era como una vela en un campo. Sólo por no ser descortés dijo:

–Sí; ¡cuánta le...! –pero no pudo concluir. Con un primer garrotazo, Salvatore le sacó el habla y el sentido. Después bajó del carro, tiró de las patas a Liberato, que parecía un paquete en el pescante, y ya en el suelo, luego de escupirse en las manos, lo empezó a moler sin ninguna fatiga, con minuciosa aplicación. Trabajando en la oscuridad ese hombre daba la impresión de que se hubiese doctorado en la ciencia del garrote. Se prodigó un rato en la cabeza del paquete:

–Cuesto para que no se te vea crecer los cornos. Vechio cornuto... –murmuró, mientras el garrote subía y bajaba. Los golpes que molían a Liberato producían también un sonido opaco y sofocado en el pecho de Salvatore, como el eco sordo del esfuerzo o la satisfacción plena y mórbida de la faena. Así que no se necesitaba más. El garroteado podía ya estar muerto desde hacía rato. Pero Salvatore quería sacar un trabajo fino. Por las dudas, subió al carro, dio un rodeo y avanzó hacia Liberato haciéndole pasar una llanta sobre lo que sería aproximadamente la coyuntura de un pie. El paquete ni se movió. Volvió a bajar, lo arrastró junto a los vagones y lo dejó allí, no entre las ruedas, pero casi. Lo miró un rato. Se vio que ése hubiera sido su deseo, pero se limitó a dispararle por entre los dientes un escupitajo fino y certero que debió de haberle pegado en un ojo. Sólo entonces se alejó a concluir la otra parte, la más agradable del trabajo.

Cesarina no se demoró mucho. Al segundo golpecito ya le abrió y se la oyó bisbisear en la oscuridad de la salita. La puerta volvió a cerrarse sin ruido.

Del Hospital de Clínicas, adonde sólo al día siguiente Cesarina lo condujo, Liberato fue transferido al Hospital Militar. En un mes le dieron de alta. En su libreta de enrolamiento la palabra APTO había sido tachada con tinta roja y, en su lugar, se leía ahora una clave mágica: INAPTO DEFINITIVAMENTE PARA EL SERVICIO.

Venía todavía muy vendado, con un brazo en cabestrillo y la pierna derecha enyesada. En cuanto a la cabeza, parecía una momia egipcia. Podía pasar fácilmente por un evacuado del frente, por un héroe de la guerra. De hecho, muchos lo creyeron y lo compadecieron al verlo pasar. Uno murmuró con lástima sincera:

–¡Cada vez están viniendo peor de allá...!

Los garrotazos de Salvatore apenas habían logrado transfigurar el aire de incipiente imbecilidad que el miedo imprimiera al rostro de Liberato. Por entre el vendaje, su expresión era ahora de iluminada estolidez. Pero, naturalmente, sólo por la felicidad de volver a la querida casita, a su incomparable Cesarina. De haber derrotado al miedo, a la muerte.

Cesarina también parecía transfigurada. La notó más hermosa y fresca. Era la lozanía de la salud y de la dicha. Otra cosa que notó, por lo demás también muy natural, eran las frecuentes visitas de Salvatore. Ahora Cesa y él reían y hablaban en voz baja en la salita. Notó, además, que Salvatore usaba sus camisas. Cesarina se las había regalado en pago del gran servicio que les había prestado. Bien hecho. Se le debía mucho y él, por otra parte, no necesitaría camisas quién sabe por cuánto tiempo. Con las vendas tenía bastante.

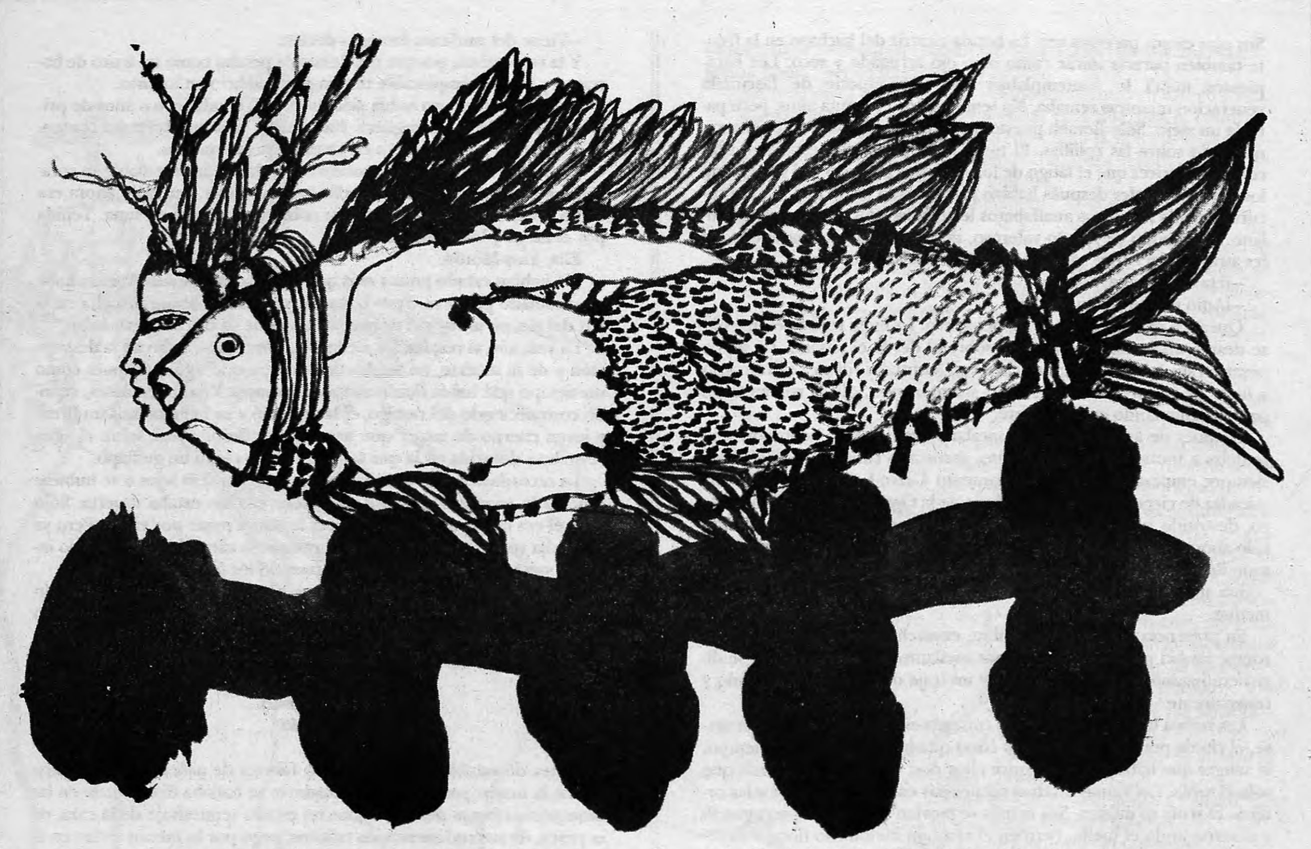
Cesarina salía de tarde. Regresaba al anochecer, más hermosa y radiante aún, y se ponía a preparar la cena, mientras la charanga sonaba en los muelles despidiendo a las tropas. Pero ahora la banda había recuperado para Liberato todo su brillo marcial, su emoción bélica y heroica de los primeros tiempos.

–¿Oís, Cesa? Más soldados para el Chaco.

–¡Pobrecitos!

–Pero..., nosotros encontramos la gran solución, ¿no es verdad, Cesa?

–Sí, Liberato... ¡La gran solución...! –y la inteligente y activa Cesarina proseguía el trajín doméstico tarareando por lo bajo una tarantela.



EL TRUENO ENTRE LAS HOJAS

El ingenio se hallaba cerrado por limpieza y reparaciones después de la zafra. Un tufo de horno henchía la pesada y eléctrica noche de diciembre. Todo estaba quieto y parado junto al río. No se oían las aguas ni el follaje. La amenaza de mal tiempo había puesto tensa atmósfera como el hueco negro de una campana en la que el silencio parecía freírse con susurros ahogados y secretas resquebrajaduras.

En eso surgió de las barrancas la música del acordeón. Era una melodía ubicua, deshilachada. Se interrumpía y volvía a empezar en un sitio distinto, a lo largo de la caja acústica del río. Sonaba nostálgica y fantasmal.

—¿Y eso qué es? —preguntó un forastero.

—El cordión de Solano —informó un viejo.

—¿Quién?

—Solano Rojas, el pasero ciego.

—Pero, ¿no dicen que murió?

—Él sí. Pero el que toca agora é su la'sánima.

—¡Aicheyarangá, Solano! —murmuró una vieja persignándose.

La mole de la fábrica flotaba inmóvil en la oscuridad. Un perro ladró a lo lejos, como si ladrara bajo tierra. Dos o tres críos desnudos se revolvieron en los regazos de sus madres, junto al fuego. Uno de ellos empezó a gimotear asustado, quedamente.

—Cállate, m'hijo. Escuchá a Solano. E'tá solito en el Paso.

El contrapunto de un guaymingüe, que rompió con su tañido la quietud del monte, volvió aún más fantasmal la melodía. El acordeón sonaba ahora con un lamento distante y enlutado.

—Así suena cuando no hay luna —dijo el viejo encendiendo su cigarro en un tizón en el que se quemaba un poco de noche.

—La debe andar buscando todavía.

—¡Pobre Solano!

Cuando se apagó el murmullo de las voces, se pudo notar que el acordeón fantasma no sonaba ya en la garganta del río. Sólo la campana forestal siguió tañendo por un rato, a distancia imprecisable. Después también el pájaro calló. Los últimos ecos resbalaron sobre el río. Y el silencio volvió a ser tenso, pesado, oscuro.

Los primeros relámpagos se encendían hacia el poniente, por detrás de la selva. Eran como fugaces párpados de piel amarilla que subían y bajaban súbitamente sobre el ojo inmenso de la tiniebla.

El acordeón no volvió a sonar esa noche en el Paso.

En ese recodo del Tebikuary vivió sus últimos años Solano Rojas, el cabecilla de la huelga, después de volver ciego de la cárcel.

Probablemente él mismo a su regreso le dio al sitio el nombre con el que se le conoce ahora: Paso Yasy-Mõrõtĩ. La barranca caliza y el banco de arena sobre el agua verde forman allí, en efecto, una media luna color de hueso que resplandece espectralmente en las noches de sequía.

Pero tal vez el nombre de Paso haya surgido menos de su forma que de cierta obstinada imagen pegada a la memoria del pasero.

Vivía en la barranca boscosa que remata en el arenal. Aún se pueden ver los restos de su rancho devorado por el monte sobre aquella pequeña ensenada. Es un remanso quieto y profundo. Allí guardaba su balsa.

No era difícil adivinar por qué había elegido ese sitio. Enfrente, sobre la barranca opuesta, estaban las ruinas carbonizadas de la Ogaguasú en la que había terminado el funesto dominio de Harry Way, el fabricante yanqui que continuó y perfeccionó el régimen de opresiva expoliación fundado por Simón Bonaví, el comerciante judío español de Asunción.

Es cierto que Solano Rojas ya no podía ver las ruinas ni el nuevo ingenio levantado en el mismo emplazamiento del anterior. Pero él debió contentarse seguramente con tenerlos delante, con sentirlos en el muerto pellejo de sus ojos y recordarles todos los días su presencia acusadora y apacible.

Se apostó allí y dio a su vigilancia una forma servicial: su trabajo de pasero, que era poco menos que gratuito y filantrópico, pues nunca aceptó que le pagaran en dinero. Sólo recibía el poco de tabaco o de bastimento que sus ocasionales pasajeros querían darle. Y a las mujeres y a los niños que venían desde remotos parajes del Guairá los pasaba de balde ida y vuelta. Durante el trayecto les hablaba, especialmente a los chicos.

—No olviden ená, che ra'y-kuera, que siempre debemo' ayudarno lo uno a lo' jotrö, que siempre debemo' etar unido. El único hermano de verdá que tiene un pobre ko' e otro pobre. Y junto todo nojotro formando la mano, el puño humilde pero juerte de lo'trabajadore...

No era un burdo elemento subversivo. Era un auténtico y fragante revolucionario, como verdadero hombre del pueblo que era. Por eso lo habían atado para siempre a la noche de la ceguera. Hablaba desde ella sin amargura, sin encono, pero con una profunda convicción. Tenía indudablemente conciencia de una oscura y vital labor docente. Su cátedra era la balsa, sobre el río; unos toscos tablones boyando en un agua incesante como la vida. Había algo de religioso pero al mismo tiempo de pura y simple humanidad en Solano Rojas cuando hablaba. Su cara morena y angulosa se tornaba viviente por debajo de la máscara que le habían dejado; se llenaba de una secreta exaltación.

Sus ojos ciegos parecían ver. La honda cicatriz del hachazo en la frente también parecía mirar como otro ojo arrugado y seco. Los harapientos mita'í lo contemplaban con una especie de fascinada veneración mientras remaba. No tenía más de cuarenta años, pero parecía un viejo. Sólo llevaba puesto un rotoso pantalón de a'ópoí arremangado sobre las rodillas. El torso flaco y desnudo estaba vestido con las cicatrices que el látigo de los capangas primero y el yatagán de los guardiacárceles después habían garabateado en su piel. En esa oscura cuartilla los chicos analfabetos leían la lección que les callaba Solano. Y un nudo de miedo valeroso, de emocionada camaradería, se les atragantaba con la saliva al saltar de la balsa gritando:

—¡Ha'ta la güelta, Solano!

—¡Adió manté che ra'y-kuera!

Quedaba un rato en la orilla, pensativo. La mole rojiza del ingenio se desmoronaba silenciosamente sobre él desde el pasado. La sentía pesar en sus hombros. Desatracaba con lentitud y volvía a su remanso a favor de la corriente, sin remar, sin moverse. Sólo la roldanita de palo iba chirriando en el alambre.

Después de la puesta de sol sacaba su remendado acordeón y se sentaba a tocar en su apyká bajito, recostado contra un árbol. Casi siempre empezaba con el Campamento Cerro-León, tendiendo sus miradas de ciego hacia los escombros de la Ogaguasú, en el talud calizo, destruido por el fuego vindicador hacía quince años y habitado sólo ahora por los lagartos y las víboras. No restaba más que eso de Simón Bonaví, de Eulogio Penayo, de Harry Way.

Era su manera de recordarles que él aún estaba allí vencido sólo a medias.

Su presencia surgía en la sombra, entorchada de abultados costurones, rayada por las verberaciones oscilantes, como si el agua se divirtiera jugando a ponerle y sacarle un traje de presidiario trémulo y transparente.

Las ruinas también lo miraban con ojos ciegos. Se miraban sin verse, el río de por medio, todas las cosas que habían pasado, el tiempo, la sangre que había corrido, entre ellos dos: todo eso y algo más que sólo él sabía. Las ruinas estaban silenciosas entre los helechos y las ortigas. Él tenía su música. Sus manos se movían con ímpetu, arrugando y desarrugando el fuelle. Pero en el rezongo melodioso flotaba su secreto como los camalotes y los raigones negros en el río.

Un último reflejo verde le bañaba el rostro volcado hacia arriba en el recuerdo instintivo de la luz. Después se oscurecía porque lo agachaba sobre el instrumento como quien esconde la cara entre las manos.

Poco a poco la música se ponía triste y como enlutada. Una canción de campamento junto al fuego apagado de un vivac en la noche del destino. A eso sonaba el acordeón de Solano Rojas junto al río natal. ¿No estarían dialogando acaso el agua oscura y el hijo ciego acerca de las cosas, de recuerdos compartidos?

Él tenía metido adentro, en su corazón indomable, un luchador, un rebelde que odiaba la injusticia. Eso era verdad. Pero también un hombre enamorado y triste. Solano Rojas sabía ahora que amor es tristeza y engendra sin remedio la soledad. Estaba acompañado y solo.

En ese sitio había peleado y amado. Allí estaban su raíz su alegría y su infortunio. El remendado acordeón lo decía en su lengua de resina y ala, en su pequeño pulso de tambor guerrero que esculpía en las barrancas y en la gente las antiguas palabras marciales:

Campamento Cerro-León
catorce, quince, yesiséis,
yesisiete, yesi'ocho,
yesinueve batallón...
Ipuma-ko la diana,
pe pacpá-ke lo'mitá...

La lucha no se había perdido. Solano Rojas no podía ver los resultados, pero los sentía. Allí estaba el ingenio para testificarlo; el régimen de vida y trabajo más humano que se había implantado en él; la gradual extinción del temor y de la degradación en la gente, la conciencia cada vez más clara de su condición y de su fraternidad; esos andrajosos mita'í en los que él sembraba la oscura semilla del futuro, mientras movía su arado en el agua.

Venían a consultarlo en la barranca. El rancho del pasero de Yasy-Mōrōtī era el verdadero sindicato de los trabajadores del azúcar en esa región.

—Solano, ya cortaron otra ve lo'turno para nojotro entrar el cañadurce —informaban los pequeños agricultores.

—Solano, el trabajo por tareas ko se paga michĩiterei —se quejaban los cortadores.

—Solano, esto y lo'otro...

Él los aconsejaba y orientaba. Ninguna solución propuesta por Solano había fracasado. En el ingenio y en las plantaciones se daban cuenta en seguida cuando una demanda subía del Paso.

—Viene del sindicato karapé —decían.

Y la respetaban, porque esa demanda pesaba como un trozo de barranca y tenía su implacable centro de equilibrio en lo justo.

No; su sacrificio no había sido estéril. El combate, los años de prisión, sus cicatrices, su ceguera. Nada había sido inútil. Estaba contento de haberse jugado entero en favor de sus hermanos.

Pero en el fondo de su oscuridad desvelada e irremediable su corazón también le reclamaba por ella, por su mujer, que sólo ahora era como un sueño con su cuerpo de cobre y su cabeza de luna. Teñida por el fuego y los recuerdos.

Ella, Yasy-Mōrōtī.

No habían estado juntos más que contados instantes. Apenas habían cambiado palabras. Pero la voz de ella estaba ahora disuelta en la voz del río, en la voz del viento, en la voz de su cascado acordeón.

La veía aún al resplandor de los fogarones, en medio de la destrucción y de la muerte, en medio de la calma que siguió después como un tiempo que había fluido fuera del tiempo. Y un poco antes, cuando convaleciendo del castigo, él la entrevió a su lado, menos un firme y joven cuerpo de mujer que una sombra desdibujada sobre el agua revuelta y dolorida en la que todo él flotaba como un guiñapo.

La recordaba como entonces y aunque estuviera lejos o se hubiese muerto la esperaría siempre. No, pero ella no estaba muerta. Sólo para él era como un sueño. A veces la sentía pasar por el río. Pero ya no podía verla sino en su interior, porque la cárcel le había dejado intactos sus recuerdos pero le había comido los ojos.

Estaba acompañado y solo. Por eso el acordeón sonaba vivo y marcial entre las barrancas de paso Yasy-Mōrōtī, pero al mismo tiempo triste y nostálgico, mientras caía la noche sobre su noche.

Luna blanca que de mí te alejas
con ojos distantes...
Yasy-Mōrōtī...

Antes de establecerse la primera fábrica de azúcar en Tebikuary-Costa, la mayor parte de sus pobladores se hallaba diseminada en las montuosas riberas del río. Vivían en estado semisalvaje de la caza, de la pesca, de sus rudimentarios cultivos, pero por lo menos vivían en libertad, de su propio esfuerzo, sin muchas dificultades y necesidades. Vivían y morían insensiblemente, como los venados, como las plantas, como las estaciones.

Un día llegó Simón Bonaví con sus hombres. Vinieron a caballo desde San Juan de Borja explorando el río para elegir el lugar. Por fin, al comienzo del valle que se extendía ante ellos desde el recodo del río, Simón Bonaví se detuvo.

—Aquí —dijo paseando las rajas azules de sus ojos por toda la amplitud del valle—. Me gusta esto.

Sacó del bolsillo un mapa bastante ajado y se puso a estudiarlo con concentrada atención. Su larga y ganchuda nariz de pájaro de rapiña daba la impresión de que iba a gotear sobre el papel. De tanto en tanto, distraídamente, se olía el pulgar y el índice frotándolos un poco como si aspirara polvo de tabaco. Los otros lo miraban en silencio, expectantes.

—Sí —dijo Simón Bonaví levantando la cabeza—. Esto es del fisco. Agua, tierras, gente. En estado inculto pero en abundancia. Es lo que necesitamos. Y nos saldrá gratis, por añadidura —giró el brazo con un gesto de aprobación; un gesto ávido, pero lento y seguro.

Los hombres también husmearon en todas direcciones y aprobaron respetuosos lo que dijo el patrón. En los ojos mansos y azules del sefardí la codicia tenía algo de apaciblemente siniestro como en su sonrisa, una hilacha blanca entre los dientes, entre los labios finos, como la rebaba festiva de su metálica y envainada sordidez.

Un hombre rubio, que parecía alemán, estudiaba el lugar con un ojo cerrado.

—Forkel —lo llamó Bonaví.

—Sí, don Simón.

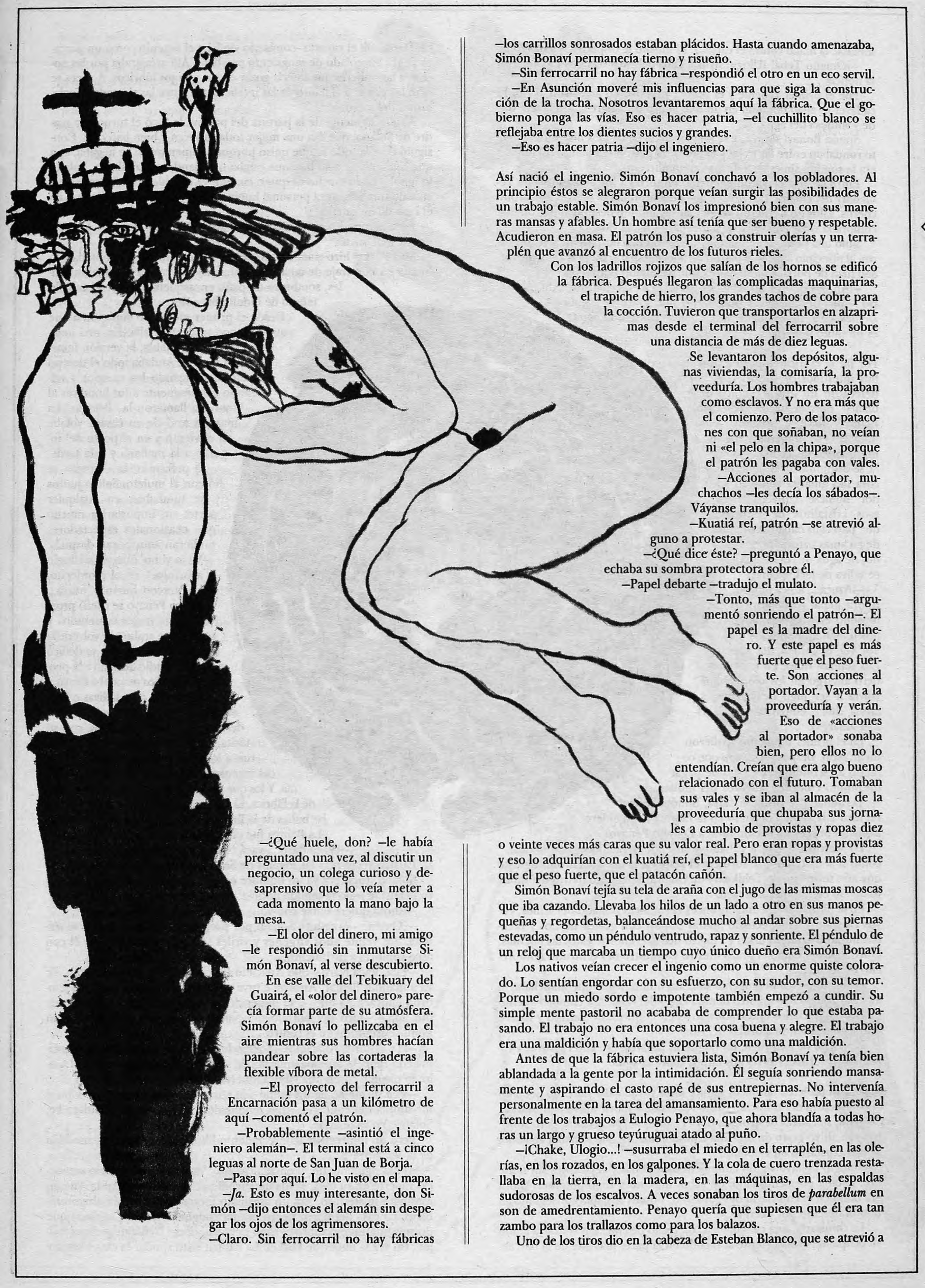
—Puede medir no más. Aquí nos plantamos.

Descabalgaron. Un mulato bizco y gigantesco que siempre andaba detrás de Bonaví con un *parabellum* al cinto, lo ayudó a desmontar. Lo bajó aupado como a un niño.

—Gracias, Penayo —le sonrió el patrón.

Los ayudantes de Forkel empezaron a medir el terreno con una cinta de acero que se enrollaba y desenrollaba desde un estuche, semejante a una víbora chata y brillante.

Simón Bonaví era bajito y ventrudo. A la sombra del mulato, parecía casi un enano. Tenía las piernas muy combadas. Era el único que no llevaba polainas de cuero. Su ropa era oscura y su ridículo sombrerito, que más parecía un birrete, tiraba al color de un ratón muerto sobre los mofletes rubicundos. Frecuentemente y como al descuido, introducía los dedos en la abertura del pantalón. El olor de sus partes era su rapé. De allí lo extraía, casi sin recato, entre el índice y el pulgar. Y al aspirarlo, sus ojos mortecinos, su pacífica expresión se reanimaban.



—¿Qué huele, don? —le había preguntado una vez, al discutir un negocio, un colega curioso y desaprensivo que lo veía meter a cada momento la mano bajo la mesa.

—El olor del dinero, mi amigo —le respondió sin inmutarse Simón Bonaví, al verse descubierto.

En ese valle del Tebikuary del Guairá, el «olor del dinero» parecía formar parte de su atmósfera. Simón Bonaví lo pellizcaba en el aire mientras sus hombres hacían pandear sobre las cortaderas la flexible víbora de metal.

—El proyecto del ferrocarril a Encarnación pasa a un kilómetro de aquí —comentó el patrón.

—Probablemente —asintió el ingeniero alemán—. El terminal está a cinco leguas al norte de San Juan de Borja.

—Pasa por aquí. Lo he visto en el mapa.

—*Ja.* Esto es muy interesante, don Simón —dijo entonces el alemán sin despegar los ojos de los agrimensores.

—Claro. Sin ferrocarril no hay fábricas —los carrillos sonrosados estaban plácidos. Hasta cuando amenazaba, Simón Bonaví permanecía tierno y risueño.

—Sin ferrocarril no hay fábrica —respondió el otro en un eco servil.

—En Asunción moveré mis influencias para que siga la construcción de la trocha. Nosotros levantaremos aquí la fábrica. Que el gobierno ponga las vías. Eso es hacer patria, —el cuchillito blanco se reflejaba entre los dientes sucios y grandes.

—Eso es hacer patria —dijo el ingeniero.

Así nació el ingenio. Simón Bonaví conchavó a los pobladores. Al principio éstos se alegraron porque veían surgir las posibilidades de un trabajo estable. Simón Bonaví los impresionó bien con sus maneras mansas y afables. Un hombre así tenía que ser bueno y respetable. Acudieron en masa. El patrón los puso a construir olerías y un terraplén que avanzó al encuentro de los futuros rieles.

Con los ladrillos rojizos que salían de los hornos se edificó la fábrica. Después llegaron las complicadas maquinarias, el trapiche de hierro, los grandes tachos de cobre para la cocción. Tuvieron que transportarlos en alzaprimas desde el terminal del ferrocarril sobre una distancia de más de diez leguas.

Se levantaron los depósitos, algunas viviendas, la comisaría, la proveeduría. Los hombres trabajaban como esclavos. Y no era más que el comienzo. Pero de los patacones con que soñaban, no veían ni «el pelo en la chipa», porque el patrón les pagaba con vales.

—Acciones al portador, muchachos —les decía los sábados—. Váyanse tranquilos.

—Kuatiá reí, patrón —se atrevió alguno a protestar.

—¿Qué dice éste? —preguntó a Penayo, que echaba su sombra protectora sobre él.

—Papel debarte —tradujo el mulato.

—Tonto, más que tonto —argumentó sonriendo el patrón—. El papel es la madre del dinero. Y este papel es más fuerte que el peso fuerte. Son acciones al portador. Vayan a la proveeduría y verán.

Eso de «acciones al portador» sonaba bien, pero ellos no lo entendían. Creían que era algo bueno relacionado con el futuro. Tomaban sus vales y se iban al almacén de la proveeduría que chupaba sus jornales a cambio de provistas y ropas diez o veinte veces más caras que su valor real. Pero eran ropas y provistas y eso lo adquirían con el kuatiá reí, el papel blanco que era más fuerte que el peso fuerte, que el patacón cañón.

Simón Bonaví tejía su tela de araña con el jugo de las mismas moscas que iba cazando. Llevaba los hilos de un lado a otro en sus manos pequeñas y regordetas, balanceándose mucho al andar sobre sus piernas estevadas, como un péndulo ventrudo, rapaz y sonriente. El péndulo de un reloj que marcaba un tiempo cuyo único dueño era Simón Bonaví.

Los nativos veían crecer el ingenio como un enorme quiste colorado. Lo sentían engordar con su esfuerzo, con su sudor, con su temor. Porque un miedo sordo e impotente también empezó a cundir. Su simple mente pastoril no acababa de comprender lo que estaba pasando. El trabajo no era entonces una cosa buena y alegre. El trabajo era una maldición y había que soportarlo como una maldición.

Antes de que la fábrica estuviera lista, Simón Bonaví ya tenía bien ablandada a la gente por la intimidación. Él seguía sonriendo mansamente y aspirando el casto rapé de sus entrepiernas. No intervenía personalmente en la tarea del amansamiento. Para eso había puesto al frente de los trabajos a Eulogio Penayo, que ahora blandía a todas horas un largo y grueso teyúruguai atado al puño.

—¡Chake, Ulogio...! —susurraba el miedo en el terraplén, en las olerías, en los rozados, en los galpones. Y la cola de cuero trenzada restallaba en la tierra, en la madera, en las máquinas, en las espaldas sudorosas de los escalvos. A veces sonaban los tiros de ***parabellum*** en son de amedrentamiento. Penayo quería que supiesen que él era tan zambo para los trallazos como para los balazos.

Uno de los tiros dio en la cabeza de Esteban Blanco, que se atrevió a

levantar la mano contra el capataz. El mulato le disparó a quemarropa.

—¡Omanó Tebá! ¡Ulogio oyuká Tebã-pel —los testigos esparcieron la noticia.

Fue el primer rebelde y el primer muerto. Lo arrojaron al río. El cadáver se alejó flotando en un leve lienzo de sangre sobre la tela verde y sinuosa del agua.

Simón Bonaví sonreía y se olía los dedos. Los ojos bizcos del mulato rondaban entre las hojas y el polvo. El patrón era manso. El mulato era la sombra siniestra del risueño hombrecito.

Entre los dos cerraron el círculo en torno a los pobladores de Tebikuary del Guairá. Los únicos que quedaron libres fueron los carpincheros. Ellos no quisieron vender su vagabundo destino al patrón que compraba vidas con vales de papel para toda la vida.

Vino una peste. Enfermaron y murieron muchos. Algunos se animaron al principio a pedir al patrón un adelanto para comprar remedios en San Juan de Borja. Con su mansa sonrisa, Simón Bonaví los regresó:

—¡Ah, los pobres no tenemos derecho a enfermarnos! Ahí está el río —dijo tirando leves pulgaradas por sobre el hombro—. Denles agua, mucha agua, hasta que se cansen. El agua es un santo remedio.

Por fin la fábrica empezó a funcionar. Sus intestinos de hierro y de cobre defecaron un azúcar blanco, más blanco que la arena del Paso. Blanco, dulce y brillante. Los hombres, las mujeres y los niños oscuros de Tebikuary-Costa se asombraron de que una cosa tan amarga como su sudor hubiese convertido en esos cristalitos de escarcha que parecían bañados de luna, de escamas trituradas de pescado, de agua de rocío, de dulce saliva de lechiguanas.

—¡Azucá..., azucá mõrõtĩ! ¡Iporã itepa! —clamaron al unísono en voz baja. Algunos tenían húmedos los ojos. Tal vez el reflejo del azúcar. Los sentían dulce en los labios, pero amargo en los ojos, donde volvía a ser jugo de lagrimales, arena dulce empapada en lágrimas amargas.

En el primer momento se dieron un atracón. Después tuvieron que comerlo a escondidas, a riesgo de pagar un puñito con diez latigazos del mulato.

Terminada la primera zafra, Simón Bonaví regresó a la capital dejando en la fábrica al ingeniero alemán Forkel y en la comisaría a Eulogio Penayo.

Lo vieron alejarse a caballo sonriendo y oliéndose los dedos, como si al marcharse se sorbiera el resto de la luz y del aroma agreste que aún sobraban en Tebikuary de Guairá. Se eclipsó detrás del mulato que lo escoltó hasta el tren.

En la fábrica se enconó entonces el sombrío reinado del temor, cuyos cimientos había echado Simón Bonaví con gestos tiernos y blandas miradas azules. Forkel y Penayo debían rendirle estrictas cuentas. Quedaban allí como el brazo diestro y siniestro del ventrudo hombrecito de Asunción.

De la chimenea del ingenio salía un humo negro que manchaba el aire limpio, el cielo en otro tiempo claro del valle. Era como el aliento de los desgraciados enterrados vivos en el quiste de ladrillo y hierro que seguía latiendo a orillas del río.

La noche de San Juan, las hogueras pasaron ese año fugitivas y espectrales, verdaderos fuegos fatuos sobre el agua.

Solano Rojas tenía entonces quince años y trabajaba ya como peón en la conductora del trapiche. Él vio rebelarse y morir a Esteban Blanco. Su grito, su cabeza destrozada por el balazo del *parabellum*, pero sobre todo su altivo gesto de rebeldía contra el matón que lo había azotado, se le incrustaron en el alma.

Eulogio Penayo siguió cometiendo tropelías y vejaciones sin nombre. Estaba envalentonado. Se sabía impune y omnipotente. Ahora era también el comisario del gobierno. Bonaví le había conseguido su nombramiento por decreto.

La comisaría, una casa blanca con techo de cinc, tan siniestra como su ocupante, estaba frente al recodo en la parte más alta de la barranca. Desde allí el capataz-comisario vigilaba el ingenio como un perrazo negro aureolado de sangriento prestigio. Allí arrastraba por las noches a las mujeres que quería gozar en sus antojos lúbricos. A veces se oían los gritos o el llanto de las infelices por entre las risotadas y palabrotas del mestizo.

Al año siguiente de la partida del patrón, le tocó el turno a la madre de Solano, que era una mujer todavía joven y bien parecida. Consiguió de ella todo lo que quiso porque la amenazó, si se negaba, con que iría a matar a su hijo que estaba trabajando en la fábrica. Solano lo ignoró hasta mucho después, cuando ya el mulato estaba muerto y cuando una venganza personal hubiera carecido ya de sentido aun en el caso de no estarlo.

Pero entretanto, otro enemigo les apareció de improviso a los peones de la fábrica.

Max Forkel hizo traer a su mujer de Asunción. Llegó montada a lo hombre y con traje de amazona: botas negras, casaca y pantalón azules, sombrero de paño encasquetado sobre el cabello teñido de indefinible color.

Desde el primer momento supieron a qué atenerse con respecto a ella. Era una hembra cerrera e insaciable, la versión femenina del mulato. Andaba todo el tiempo a caballo, fatigando los campos y mirando extrañamente a los hombres al pasar. La llamaron la «Bringa». La mancha azul de su casaca volaba en el viento y en el polvo del ingenio a la mañana y a la tarde.

Al principio, la «Bringa» se lió con el mulato. Salían juntos y se tumbaban en cualquier parte, sin importarles mucho que ocasionales espectadores pudieran murmurar después:

—Ya lo vimo' otra ve' a Ulogio y a Bringa... en el montecito.

—Parecen burro y burra...

Pero Penayo se cansó pronto de esta mujer cuarentona y repelente y acabó por volverle la espalda. Entonces ella se dedicó a buscar candidatos entre la peonada joven. Los mandaba llamar y se hacía cubrir con dádivas o bajo amenazas, casi en las propias barbas del marido y probablemente con su tácita aceptación. Algunos se prestaron a los seniles galanteos de la mujer del ingeniero, atacada de furiosa ninfomanía. Y los que no querían transigir eran echados de la fábrica. El dilema, sin embargo, era terrible: o las bubas de la Bringa, o el hambre y la persecución.

La Bringa fue entonces la Vaca Brava.

—¡Vaca ñarõ..., vacá cosé..., vacá pochy!

Cuatro veces más las fogatas de San Juan habían bajado por el río.

Solano Rojas era ya un hombre espigado y esbelto. Un día Anacleto Pakurí le trajo la temida noticia.

—Ahora quiere liarse con vo.

—¿Quién? —preguntó Solano por preguntar. Sabía de quién se trataba. Sus veinte años vírgenes y viriles se irguieron dentro de él con asco sombrío y turbulento.

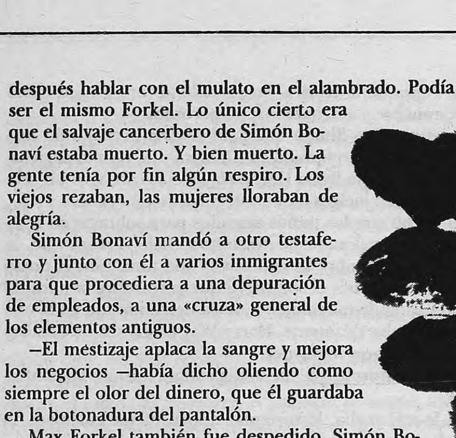
—Ella. Vacá Ñarõ —dijo Anacleto friccionándose la bragadura—. Te va a mandar llamar. Anoche e'tuve con ella. ¡Neike, tapy-pi, que jembrón chúcaro pa que, e' el mujer del injiñero! Dié peso minte-ko me dio. Mã'é —sacó del bolsillo del pantalón un billete nuevo con un hombre frentudo en el centro.

—¡Te vendite, Anacleto! —Solano le arrancó el billete, escupió encima con rabia la espuma amarilla de su naco. Después lo arrojó al suelo, lo pisoteó como una víbora muerta y lo cubrió de tierra.

—Vi'a dirme ko agora mimo a la curandera de Kande'á a ver pa si me limpia del contagio —dijo humillado Anacleto—. Y vo'cuidato ke, Solano. Yo ya te avisé.

Pero un imprevisto acontecimiento libró a Solano de la acometida de la Vaca Brava.

Al día siguiente de su encuentro con Anacleto el comisario amaneció muerto en su casa. Tenía un cuchillo clavado en la espalda. Fue un asesinato misterioso. Era un asesinato increíble. No había ningún indicio. La casa del perro negro era inexpugnable y de él se decía que dormía con un ojo sobre el caño del *parabellum*. Debía de ser una mujer. Tal vez la mujer de Forkel. La habían visto rondar la casa blanca y



después hablar con el mulato en el alambrado. Podía ser el mismo Forkel. Lo único cierto era que el salvaje cancerbero de Simón Bonaví estaba muerto. Y bien muerto. La gente tenía por fin algún respiro. Los viejos rezaban, las mujeres lloraban de alegría.

Simón Bonaví mandó a otro testaferro y junto con él a varios inmigrantes para que procediera a una depuración de empleados, a una «cruza» general de los elementos antiguos.

—El mestizaje aplaca la sangre y mejora los negocios —había dicho oliendo como siempre el olor del dinero, que él guardaba en la botonadura del pantalón.

Max Forkel también fue despedido. Simón Bonaví dio al testaferro instrucciones precisas con respecto al ingeniero alemán.

—Es blando, inepto con la gente, cobra un sueldo muy subido. Y tiene esa mujer que es un asco de inmoralidad. Además ya no necesitamos de él. Me lo pone de patitas en la calle, sin contemplaciones.

Se marchó a pie con su mujer por el terraplén, cargado de valijas como un changador.

La Vaca Brava parecía que por fin se hubiese amansado. Iba extrañamente tranquila al lado del marido, como una sumisa y verdadera esposa. Estaba irreconocible. Vestía un sencillo vestido de percal floreado y no el agresivo traje de amazona que había usado todo el tiempo. El peso de un maletín negro que llevaba en la mano la encorvaba un poco. Parecía al mismo tiempo más vieja y más joven. Y el ala de un ajado sombrero de toquilla suavizaba y hacía distante la expresión de su rostro repulsivo, en el que algo indescriptible como una sonrisa de satisfacción o de renuncia flotaba tristemente, ennobleciéndolo en cierta manera. Una sola vez se volvió con recatada lentitud como despidiéndose de un tiempo que allí moría para ella.

Un viejo cuadrillero cuchicheó a otro en el terraplén:

—La Vaca Brava le arregló a Ulogio Penayo. No puede ser otra.

—Jhee, compagre. No engaña el yablo por má manso que se ponga.

—En la valija lleva el lasánima del mulato.

—¡Jha kuña takú! Al fin sirvió para algo...

Pero era como si hablara de un ser que ya tampoco existía, porque en ese momento una nube de polvo acabó de borrar el maletín negro y el vestido floreado.

La ex comisaría quedó abandonada por un tiempo sobre el talud calizo. Se decía que el alma en pena de Eulogio Penayo se lamentaba allí por las noches. Después la ocupó otro matrimonio alemán que tenía una hijita de pocos años.

Una noche que trajeron a la casa a un carpinchero muerto por un lobo-pe, la niña desapareció misteriosamente. Era una noche de San Juan y los fuegos resbalaban en la garganta del río.

La madre enloqueció al ver que el cadáver del carpinchero se transformaba en un mulato, un mulato gigantesco que lloraba y se reía y andaba golpeándose contra las paredes. Afirmaba que él había robado a su hijita. Pero eso era solamente la invención de su locura. El carpinchero muerto seguía estando donde lo habían puesto bajo el alero de la casa, estremecido por los rojizos reflejos.

Otras cuatro veces las fogatas de San Juan de Borja pasaron aguas abajo.

Las cosas aflojaron un poco en el ingenio. El reemplazante de Eulogio Penayo más que un matón era un burócrata. Vivía en sus planillas. Y lo tenía todo organizado en base de números de fichas, de metódica rutina. Los hombres trabajaban más holgados con la mejor distribución de las tareas. El descontento se apaciguó bastante. Simón Bonaví había dado un sagaz golpe de timón. Iba a ser el último. Mientras tanto, la fábrica seguía produciéndole mucho dinero y el régimen de explotación en realidad apenas había cambiado. La punta del lápiz del nuevo testaferro resultó tan eficaz como el teyú-ruguai del anterior. Es cierto que también el lápiz continuaba respaldado por buenos fusiles y capangas ligeramente adecentados. Esto era lo que producía el optimista espejismo.

Entre los pocos que no se dejaban engañar estaba Solano Rojas. Era tal vez el más despierto y voluntarioso de todos.

Palpaba la realidad y entreveía intuitivamente sus peligros.

—E'to ko' e' pura saliva de loro marakaná. No se duerman, lo'mitá.

Pero le hacían poco caso. Los hombres estaban cansados y maltrechos. Preferían seguir así a dar pretexto para que volvieran a reducirlos por la violencia.

Entre los conchavados que vinieron ese año para la zafra, llegó un arribeño que era distinto de todos los otros. Buena labia, fogoso, simpático de entrada, con huellas de castigos que no destruían, que ennoblecían su traza joven, la firme expresión de su rostro rubio y curtido. Se hacía llamar Gabriel.

Trajo la noticia de que los trabajadores de todos los ingenios del Sur estaban preparando una huelga general para exigir mejores condiciones de vida y de trabajo. Tabikuary-Guasú y Villarrica ya estaban plegados al movimiento. Él venía a conseguir la participación de Tebikuary-Costa.

—Nuestras fuerzas dependen de nuestra unión —repitió constantemente Gabriel en los conciliábulos clandestinos—. De nuestra unión y de saber que luchamos por nuestros derechos. Somos seres humanos. No esclavos. No bestias de carga.

Solano Rojas escuchaba al arribeño con deslumbrado interés. Por fin alguien había venido a poner voz a sus ansias, a incitarlos a la lucha, a la rebelión. El agitador de los trabajadores del azúcar se dio cuenta en seguida de que en ese robusto y noble mocetón tendría su mejor discípulo y ayudante. Lo aleccionó someramente y trabajaron sin descanso. El entusiasmo de la gente por la causa fue extendiéndose poco a poco. Eran objetivos simples y claros y los métodos también eran claros y simples. No era difícil comprenderlos y aceptarlos porque se relacionaban con sus oscuros anhelos y los expresaban claramente.

El agitador dejó a Solano Rojas a cargo de los trabajos y se marchó.

Poco tiempo después el administrador percibió sobre sus planillas y ficheros la sombra de la amenaza que se estaba cerniendo sobre el ingenio. Le pareció prudente retransmitir el dato sin pérdida de tiempo al patrón.

El hombrecito ventrudo vino y captó de golpe la situación. Su ganchuda nariz, habituada al aroma zahorí de su miembro, olió las dificultades del futuro, el tufo de la insurrección.

—Esto se está poniendo feo —dijo al administrador—. Dejemos que sea otro quien se queme las manos.

Regresó a los pocos días y puso en venta la fábrica, junto con las tierras que obtuviera gratuitamente del fisco para «hacer patria». No le costó encontrar interesados. Simón Bonaví entró en tratos con un ex algodonero de Virginia que había venido al Paraguay como hubiera podido irse a las junglas del África. En lugar de cazar fieras o buscar diamantes, había caído a cazar hombres que tuviesen enterrados en sus carnes los diamantes infinitamente más valiosos del sudor. Había venido con armas y dólares. Bonaví, ladino, no le ocultó lo de la huelga. Sospechó que podía ser un matiz excitante para el ex algodonero. Y no se equivocó.

—No me importa. Al contrario, eso gustar a mí —le dijo el virginiano, y le pagó al contado el importe de la transacción que incluía la fauna, la flora y los hombres de Tebikuary-Costa.

Entonces llegó Harry Way, el nuevo dueño. Llegó con dos pistolas colgándole del cinto, los largos brazos descolgados a lo largo de los *breeches* color caqui y una agresiva y siniestra actitud empotrada sobre las cachas de cuerno de las pistolas. Era grande y macizo y andaba a zancadas, hamacándose como un ebrio. Sus botas rojas dejaban en la tierra los agujeros de sus zancajos. Los ojos no se le veían. Su rostro cuadrado, sobre el que echaba perpetuamente sombra el aludo sombrero, parecía acechar como una tronera de cemento la posible procedencia del ataque o elegir el sitio y calcular la trayectoria del balazo que él debía disparar.

Le acompañaban tres guardaespaldas que eran todos dignos de él: un moreno morrudo, que tenía una cuchillada cenicienta de oreja a oreja; un petiso de cara bestial que a través de su labio leporino escupía largos chorritos de saliva negruzca. De tanto en tanto sacaba de los fondillos un torzal de tabaco y le echaba una dentellada. El tercero era un individuo alto, flaco y pecoso que siempre estaba mirando aparentemente el suelo, pero en realidad atisbando por debajo del sombrero volcado a ese efecto sobre la frente. Los tres cargaban un imponente «Smith-Wesson» negro a cada lado y una corta guacha deslomadora al puño. Parecían mudos. Pero todo lo que les faltaba en voz les sobraba en ojos.

Aparecieron una mañana como brotados de la tierra. Los cuatro y sus caballos. Nadie les había visto llegar.

Lo primero que hizo Harry Way en el ingenio fue reunir a la peonada y a los pequeños agricultores. No quedó un solo esclavo sin venir a la extraña asamblea convocada por el nuevo patrón. Su voz tronó como a través de un tubo de lata amplio y bien alimentado de aire y orgulloso desprecio hacia el centenar de hombres arrinconados contra la pared rojiza de la fábrica. Su cerrado acento gringo tornó aún más incomprensible y amenazadora su perorata.

—Me ha prevenido don Simón que aquí se está preparando una juelga paga ustedes. Mí ha comprado este fábrica y he venido paga hacelo trabacá. Como que me llama Harry Way, no decaré vivo un solo misegable que piense en juelgas o en tonteguías de esta clase.

Se golpeó el pecho con los puños cerrados para subrayar su amenaza. La camisa a rayas coloradas se desabotonó bajo la blusa y un espeso mechón color herrumbre asomó por la abertura. Con el dorso de la mano se reviró después el sombrero que cayó sobre la nuca. El rostro cuadrado y sanguíneo también parecía herrumbrado en la orla de pelo que lo coronaba ralamente. Harry Way paseó sus desafiantes ojos grises por los hombres inmóviles.

—Quien no esté conforme que me lo diga ahora mismo. Mí conformar en seguida.

Su crueldad le sahumaba, le sostenía. Era su mejor cualidad. Su corpachón flotaba en ella como un peñasco en una cerrazón rojiza.

Se oyó un grito sofocado en las filas de los trabajadores. Lo había proferido Loreto Almirón, un pobre carrero enfermo de epilepsia. Sus ataques siempre comenzaban así. Estaba verde y su mandíbula le caía desgonzada sobre el pecho.

—¡Tráiganlo a ese misegable! —barbotó Harry Way a sus capataces. El moreno y el petiso corrieron hacia los peones. El pecoso se pegó al patrón con las manos sobre los revólveres. Loreto Almirón fue traído a la rastra y puesto adelante de Harry Way. Parecía un muerto sostenido en pie.

—¿Usted ha protestado?

Loreto Almirón sólo tenía los ojos muy abiertos. No dijo nada.

—Mí va a enseñar paga usted a ser un juelguista... —se combó a un lado y al volver descargó un puñetazo tremendo sobre el rostro del carrero. Se oyeron crujir los dientes. La piel reventó sobre el canto del pómulo. Los que le tenían aferrado por los brazos lo soltaron y entonces Loreto Almirón se desplomó como un fardo a los pies de Harry Way, que aún le sacudió una feroz patada en el pecho.

—¿Alguien más quiegue probar? —preguntó excitado.

La masa de hombres oscuros temblaba contra la pared como si la epilepsia de Loreto Almirón, ahora inerte en el suelo, se estuviera revolviendo en todos ellos.

Solano Rojas estaba crispado en actitud de saltar con el machete agarrado en las dos manos. Gruesas gotas de sudor empezaron a caer junto a sus pies. No eran de sudor. En su furia impotente y silenciosa, había cerrado una de sus manos sobre el filo del machete que le entró hasta los huesos.

—¡Todavía no..., todavía no! —el espasmo furioso estaba por fin dominado en su pecho, que resonaba en secreto como un monte.

El pecoso espiaba por debajo del sombrero pirí en dirección a Solano. No le veía bien. José del Rosario y Pegro Tanimbú lo habían tapado con sus cuerpos. Sólo el instinto le decía al capanga que allí estaba humeando la sangre. Pero la sangre de los esclavos ya estaba humeando en todas las venas bajo la piel oscura y martirizada. Sombras de sollozos reprimidos estaban arañando el cielo seco y ardiente de las bocas.

La carcajada de Harry Way apedreó a los peones.

—¡Ja..., ja..., ja...! ¡Juelguistas! Mí enseñar paga ustedes a ser mansitos como ovejas... ¡Miguen eso!

—Por el terraplén venía un verdadero destacamento de hombres armados con máuseres del gobierno. Eran los nuevos «soldados» de la comisaría, cuyos nombramientos también habían salido del Ministerio del Interior.

Harry Way poseía un agudo sentido práctico y decorativo. La espectacular aparición de sus hombres se producía en un momento oportuno. Eran como veinte, tan mal encarados como los tres que rodeaban al patrón. En el polvo que levantaban sus caballos, se acercaban como flotando en una nube de plomo, hombres siniestros, cuyos esqueletos ensombrerados asomaban en la sonrisa de hueso que el polvo no podía apagar. Se acercaban por el terraplén. Los envolvía aún un silencio algodonoso y sucio, pero ya los ojos de los peones, escuchaban el rumor brillante de sus armas. Después se escuchó el rumor de los cascos. Y sólo después el rumor de las voces y las risas cuando los hombres avanzaron al tranco de sus caballos y se cerraron en semicírculo sobre la fábrica.

Harry Way reía. Los peones temblaban. Los «soldados» mostraban el esqueleto por la boca.

Tebikuary del Guairá estaba mucho peor que antes. Sus pobladores habían salido de la paila para caer al fuego.

Harry Way se fue a vivir con sus hombres en la casa blanca donde había muerto Eulogio Penayo. Era como si el alma en pena del mulato se hubiera reencarnado en otro ser aún más bárbaro y terrible. Harry Way hizo añorar la memoria del antiguo capataz-comisario de Bonaví, casi como una fenecida delicia.

La casa blanca fue reconstruida al poco tiempo. Y se llamó desde entonces la Ogaguasú. Volvía a ser comisaría y ahora era, además, la vivienda del todopoderoso patrón. Alrededor, como un cinturón defensivo, se levantaron los «bungalows» de los capangas.

A extremos increíbles llegó muy pronto la crueldad del Buey-Rojo, del Güey-Pytá, como empezaron a llamar al fabriquero gringo Harry Way. Así les sonaba su nombre. Y en realidad se asemejaba a un inmenso buey rojo. Sus botas, sus camisas a rayas coloradas, su pelo de herrumbre que parecía teñido de pensamiento sanguinario, su desbordante y sanguinaria animalidad.

Como antes Simón Bonaví desde Asunción, ahora pastaba Harry Way en Tebikuary-Costa. El quiste colorado se hinchaba más y más y estaba cada vez más colorado, latiendo, chupando savia verde, savia roja, savia blanca, savia negra, los cañaverales, el agua, la tierra, el viento, el sudor, los hombres, el guarapo, la sangre, todo mezclado en la melaza que fermentaba en los tachos y que las centrífugas defecaban blanquísima por sus traseros giratorios y zumbadores.

El azúcar del Buey-Rojo seguía siendo blanco. Más blanco todavía que antes, más brillante y más dulce, arena dulce empapada en lágrimas amargas, con sus cristalitos de escarcha rociados de luna, de sudor, de fuego blanco, de blanco de ojos triturados por la pena blanca del azúcar.

Frente a la fábrica se plantó un formido poste de lapacho. Allí azotaban a los remisos, a los descontentos, a los presuntos «juelguistas». Cuando había alguno, el Buey-Rojo ordenaba a sus capangas:

—Llévenlo al *good friend* y sacúdanle las miasmas.

El «buen amigo» era el poste. Las guachas deslomadoras administraban la purga. Y el paciente quedaba atado, abrazado al poste, con su lomo sanguinolento asándose al sol bajo una nube de moscas y de tábanos.

El negro de la cuchillada cenicienta y el petiso tembovó-karapé se especializaron en las guacheadas. Especialmente este último. Cruzaban apuestas.

—Cinco pesos voy a 'ete —decía el petiso al negro—. Lo delomo en veinte guachazo'.

—En treinta —apuntaba el negro.

El tembevó-karapé se lubricaba las manos arrojándose por el labio partido un chorrito de baba negruzca, empuñaba la guacha y comenzaba la faena con su acompasado y sordo estertor en el pecho. Casi siempre acertaba. Deslomar significaba desmayar al guacheado. Los planazos del cuero sonaban casi como tiros de revólver sobre el lomo del infeliz que gritaba hasta que se quedaba callado, deslomado.

José del Rosario fue al poste. Era viejo y no aguantó. Arrojaron su cadáver al río. Tanimbú fue al poste. Estaba tísico y no aguantó. Arrojaron su cadáver al río. Anacleto Pakurí fue al poste. Era joven y fuerte. Aguantó. Dejó por sus propios medios el «buen amigo». Pero al día siguiente volvió a insolentarse con uno de los capangas y lo liquidaron de un tiro. Arrojaron su cadáver al río. Un poco antes también habían arrojado al río a Loreto Almirón, que no murió de guacha sino del puñetazo que Harry Way le obsequió al llegar.

El río era una buena tumba, verde, circulante, sosegada. Recibía a sus hijos muertos y los llevaba sin protestas en sus brazos de agua que los había mecido al nacer. Poco después trajo pirañas para que no se pudrieran en largas e inútiles navegaciones.

Las mujeres no estaban mejor que los hombres. Antes sólo vivía en la casa blanca Eulogio Penayo, el mulato bragado de piernas. Ahora había en la Ogaguasú veinticinco machos cabríos. Necesitaban desfogarse y se desfogaban a las buenas o a las malas.

El Buey-Rojo desfloraba a las nuevas y se las pasaba a sus hombres cuando se cansaba de ellas.

Las noches de farra menudeaban en la Ogaguasú. Los capangas salían a recorrer los ranchos reclutando a las kuñá. Cuando escaseaba mujer, hubo alguna que tuvo que soportar todo el tendal de machos, mientras el fuego líquido de la guaripola y el fuego podrido de la lujuria alumbraban la farra, entre gritos, guitarreadas, cantos rotos y carcajadas soeces.

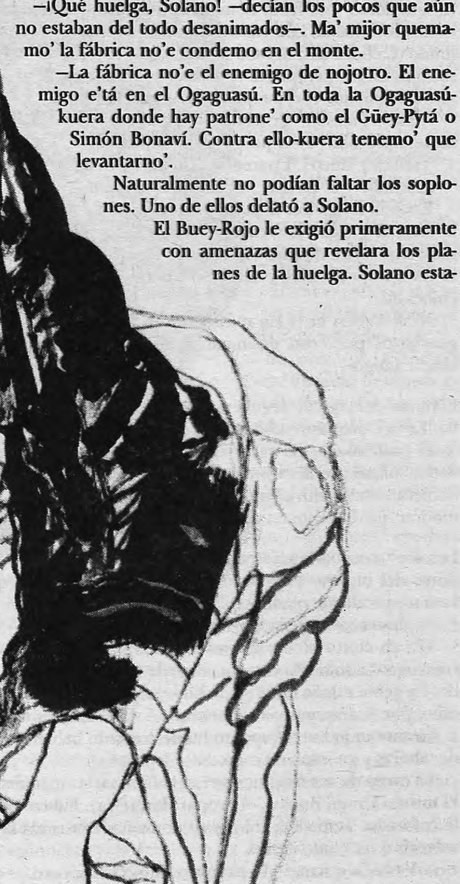
El entusiasmo para la huelga se apagó como quemado por un ácido. Las palabras de Solano Rojas morían sin eco, sordamente rechazadas. Ya ni lo querían escuchar. El terror tenía paralizada a la gente. El rostro de tronera de Harry Way prendía ojos de lechuza venteadora desde las ventanas de la Ogaguasú. Se sentían vigilados hasta en sus pensamientos.

—¡Qué huelga, Solano! —decían los pocos que aún no estaban del todo desanimados—. Ma' mijor quemamo' la fábrica no'e condemo en el monte.

—La fábrica no'e el enemigo de nojotro. El enemigo e'tá en el Ogaguasú. En toda la Ogaguasú-kuera donde hay patrone' como el Güey-Pytá o Simón Bonaví. Contra ello-kuera tenemo' que levantarno'.

Naturalmente no podían faltar los soplones. Uno de ellos delató a Solano.

El Buey-Rojo le exigió primeramente con amenazas que revelara los planes de la huelga. Solano esta-



ba mudo y tranquilo. Lo trataron de ablandar a puñetazos y a puntapiés. Solano escupió sangre, escupió dos o tres dientes, pero seguía mudo y tranquilo mientras los moretones empezaban a sombrearle el rostro.

—Llévenlo al poste. Y dugo con él —ordenó entonces el patrón.

Fue atado al «buen amigo» y torturado bestialmente. El mismo Harry Way presenció la guacheada. El zambo y el tembevó-karapé alternaron sus cueros sobre el lomo de Solano y rivalizaron en fuerza y en saña.

—Va di' peso a e'te. Lo vi'a delomar en cuarenta —dijo el petiso en voz baja al negro, antes de comenzar.

—A e'te, entre lo do' junto no lo delomamo en meno' de cien —reflexionó el negro—. Ya jheyá cien-pe.

Empezaron a sonar las guachas como tiros de calibre 38 largo.

...Cinco... Diez... Quince... Veinte... El zambo y el karapé... El karapé y el zambo... Veinticinco... Treinta... El zambo y el karapé... el karapé y el zambo...

A cada guachazo saltaba un pequeño surtidor rojo que resplandecía al sol. Toda la espalda de Solano ya estaba bañada en su jugo escarlata como una fruta demasiado madura que dos taguatós implacables reventaban con sus acompasados aletazos. Pero Solano seguía mudo. La boca le sangraba también con el esfuerzo del silencio. Sólo sus ojos estaban empañados de alaridos rabiosos. Pero sus silencio era más terrible que el estampido de las guachas.

—¡Más..., más...! —gritaba Harry Way—. ¡Dugo con él! ¡Mí va a enseñarte, misegable, a ser juelguista! ¡Más..., más...!

Treinta y cinco... Cuarenta... Cuarenta y cinco... Cincuenta...

El zambo y el karapé... El karapé y el zambo...

Estaban fatigados. El karapé estertoraba y estertoraba el zambo. Al levantar la guacha se secaban el sudor de la frente con el antebrazo y se borroneaban de rojo toda la cara con las salpicaduras de la sangre. El Buey-Rojo también estertoraba, pero él no de fatiga sino de sádica emoción.

Ni el zambo ni el karapé acertaron esta vez. Sólo con ciento diez guachazos pudieron deslomar a Solano, que quedó colgando del «buen amigo».

El humo del ingenio seguía manchando el cielo. El quiste colorado latía. En la Ogaguasú hubo esa noche rumor de farra.

El poste amaneció vacío. Manos anónimas desataron en la oscuridad a Solano y lo llevaron por el río. Si los capangas de Harry Way no hubieran estado durmiendo su borrachera, tal vez habrían sentido maniobrar quedamente en el recodo a los cachiveos de los carpincheros.

Los días pasaron lentamente. La desesperación creció en los trabajadores del ingenio y empezó a desbordar como agua que una mala luna arrancaba de madre.

La destrucción de la fábrica quedó decidida.

Era en cierto modo la consecuencia natural del estado de ánimo colectivo. La solución extrema dictada no por el valor sino por el miedo. La gente estaba embrujada por el miedo. Estaba embrujada por el odio, por la amargura sin esperanza. Estaba envenenada y seca como si durante todo ese tiempo no hubiera estado bebiendo más que jugo de víboras y guarapo de caña dulce leprosa.

La causa de sus desgracias eran la fábrica, las máquinas, el ingenio. El mismo Simón Bonaví, el propio Harry Way, habían nacido del quiste colorado. Tenían su color y su ponzoña. Destruida la fábrica, todo volvería a ser como antes.

—¡Vamo' a quemarla! —propuso Alipio Chamorro.

—¡Ya jhapy-katú! —apoyaron Secundino Ortigoza, Belén Cristaldo, Miguel Benítez, y unos quince o veinte más, mocetones arrojados a quienes no les importaba morir si podían destruir el poder del Buey-Rojo.

La ausencia de Solano Rojas lo complicaba todo. Él habría logrado sacar partido favorable de la situación. Era el cabecilla nato de los suyos. Pero lo creían muerto.

Un hachero trajo sin embargo la noticia de que estaba vivo con los carpincheros.

—Vamos a hacerlo llamar —propuso Belén Cristaldo.

—Él quiere la huelga, no el incendio —recordó Secú Ortigoza.

De todos modos, enviaron de inmediato al mismo hachero para comunicarle la decisión.

La noche fijada para el incendio, Solano Rojas remontó el río con unos cuantos carpincheros, los mismos que lo habían rescatado del poste del suplicio salvándole la vida. Todavía estaba algo débil, pero por dentro se sentía firme y ansioso.

Cuando se iban acercando al Paso, oyeron sonar disparos hacia el ingenio. Desembarcaron, subieron la barranca y continuaron aproximándose cautelosamente por el monte donde la noche era más noche con la oscuridad. Los disparos iban arreciando. Solano reconoció los máuseres y los revólveres de Harry Way y sus matones. El corazón se le encogió con un triste presentimiento.

Al desembocar en la explanada del ingenio, comprobó que lo que venía temiendo desgraciadamente era verdad: sus compañeros estaban acorralados dentro de la pila de rajas que rodeaba la parte trasera de la fábrica en un gran semicírculo. Probablemente alguien había soplado a Harry Way el plan de los incendiarios, él los había dejado entrar en la trampa hasta el último hombre y ahora los estaba cazando a tiros.

Solano Rojas escudriñó las tinieblas. Sólo restaba un último y desesperado recurso. Era casi absurdo, pero había que intentarlo.

—¡Vamos' lo'mitá! —susurró a los carpincheros y volvieron a sumirse en el yavorai.

En la herradura formada por los fondos de la fábrica y la pila de leña, la oscuridad semejaba el ala de un inmenso murciélago. En esa membrana viscosa y siniestra los hombres atrapados se arrebujaban, se guarecían. Pero sólo por unos instantes más.

Desde distintos puntos a la vez, los disparos de los capangas la iban pintando con fugaces y retumbantes lengüetazos amarillos. Se apagaban y surgían de nuevo en una costura fosfórica hilada de chiflidos.

El pespunte de fogonazos y detonaciones marcaba el reborde de la trampa. Los peones también respondían con alguno que otro tiro desde donde se hallaban parapetados. Disponían de un revólver. Lo empuñaba Alipio Chamorro. Era el «Smith-Wesson» que su hermana le había robado a un capanga una noche de farra en la Ogaguasú. Alipio disparaba apuntando cuidadosamente hacia las sombras que escupían saliva de fuego amarillo. Disparó hasta cinco veces.

—Me queda una bala nomá' —avisó Alipio.

—Dejá para lo' úrtimo —dijo Secú Ortigoza, sin esperanza—. Ese bala e' para vo'. Te va a sarvar de lo' capanga'. No sarvó a tu hermana. Pero te va a sarvar a vo'.

Alguien trató de anular la nota fúnebre que Secú había infiltrado.

—¿Se acuerdan pa de Simón Bonaví? Dentro de su pierna' nikó podían pelear cinco perro'pertiguero', de tan karẽ que eran.

Rieron.

—¿Y cuando olía su bragueta? —dijo Belén Cristaldo, contribuyendo a la evocación del primer patrón—. Se contentaba con esa pa no ga'tarse con mujer.

Rieron a carcajadas. Condenados a una muerte segura, la veintena de peones todavía divertía sus últimos minutos con pensamientos risueños de una tranquila y desesperada ironía. Los balazos de Harry Way y de sus hombres continuaban rebotando en los troncos con chistidos secos. De él no se acordaban sino para gritarle con fría cólera, con desprecio:

—¡Güey-Pytá!...

—¡Mba'e-pochy tepynó!...

—¡Tekaká!...

—¡Piii-piii-piii... puuuuu...!

Una lluvia de uñas de plomo raspó la pila de leña como una invasión de comadrejas invisibles. Los peones quedaron en silencio. Dos o tres se quejaban quedamente, como en orgasmo. Se dispusieron a entregarse. En eso vieron elevarse por encima del pespunte fosfórico un resplandor humeante hacia el recodo del río, en dirección a la Ogaguasú.

—¡Pe má' él! ¡Tata...! —dijo una voz en el parapeto.

—¿Qué pikó puede ser? —preguntó Miguel Benítez, con su voz aflautada de niño.

—El juego de San Juan —murmuró Alipio en un suspiro—. Pe mañá põrã-ke jhesé... Lo' etamo viendo por última vé'...

—¿En octubre pikó, Alipio, la noche de San Juan de Juño? —preguntó Secú.

El resplandor crecía. Ahora se veía bien. No; no eran las fogatas de San Juan. Era la Ogaguasú que se estaba quemando. Un gran grito tembloroso surgió en el parapeto. Los capangas abandonaron el asedio de la pila de leñas y corrieron hacia la Ogaguasú. Fueron recibidos con un tiroteo graneado que tumbó a varios. Cundió entre ellos el desconcierto. Se oían mugidos metálicos y gangosos de Harry Way tratando de contener el desbande de sus hombres repentinamente asustados.

Los sitiados comenzaron a abandonar el parapeto. Por las dudas se alejaban reptando entre la maleza.

Cuando algunos de ellos se animaron y llegaron a las inmediaciones de la Ogaguasú, se encontraron con un extraordinario espectáculo. Todo había sucedido vertiginosamente. Era algo tan inconcebible e irreal que parecía un sueño. Pero no era un sueño.

En el candelero circular de los «bungalows» de tablas, la Ogaguasú ardía como una inmensa tea que alumbraba la noche.

Delante de Solano Rojas, armado de un máuser, delante de unos treinta carpincheros armados también con máuseres y revólveres, estaba Harry Way hincado de rodillas pidiendo clemencia. Con gritos jadeantes pedía clemencia a los hombres libres del río, al esclavo que un mes antes había mandado azotar hasta el borde de la muerte. Pedía clemencia porque él a su vez ahora no quería morir. Su camisa a rayas coloradas, hecha jirones mostraba el pecho de herrumbre. Sus *breeches* color caqui, su piel de oro sanguíneo, sus botas rojas acordonadas, estaban embadurnadas de barro y de sangre. De trecho en trecho había capangas muertos. El pecoso alto y el petiso de labio leporino habían mordido el polvo junto al patrón.

Poco a poco vinieron los demás pobladores. Una gran multitud se estaba reuniendo alrededor del incendio.

—¡No me maten..., no me maten...! ¡Mí ser un ciudadano extranquero...! ¡Mí promete resolver las cosas a su gusto...! ¡No me maten...! —gemía el Buey-Rojo postrado en tierra, aplastado, vencido.

—¡Levántese! —le ordenó Solano Rojas. Su voz no admitía réplica. Era una voluntad tensa en que vivos y muertos hablaban. Resaltó poderosa entre el ruido del fuego.

Harry Way se levantó lentamente, dudando todavía. Su corpachón ya no era amenazante. Estaba como deshuesado.

Solano se desplazó hasta la puerta de uno de los «bungalows» en llamas y la abrió con la culata del máuser. La espalda llagada de Solano descargó de golpe sobre los ojos del señor feudal, uno por uno, silenciosamente, todos los guachazos recibidos.

—¡Venga aquí! —volvió a ordenar implacable.

Harry Way avanzó un paso y se detuvo. Acababa de comprender. Empezó a gritar nuevamente, esta vez con gañidos de perro castigado. Dos carpincheros lo empujaron a culatazos, lo fueron empujando como a un carpincho herido en el agua, lo fueron empujando a pesar de sus gritos, de su resistencia espasmódica, de su descompuesto terror, de su ansia tremenda de salvarse de la muerte. Lo fueron empujando hasta acabar de meterlo en la ratonera ardiente.

Solano volvió a cerrar la puerta y la atrancó con el máuser.

Todos se quedaron escuchando en silencio, presenciando en silencio la invisible ejecución de Harry Way que las llamas consumaban lentamente, hasta que los gritos y los golpes de puños en los tablones se nivelaron con el chisporroteo del fuego, decrecieron y se apagaron del todo, mientras crecía en el aire el olor de la carne quemada.

Entre los carpincheros, cerca de Solano Rojas, estaba una muchacha mirando la casa que ardía. En su rostro fino y pequeño sus pupilas azules brillaban empañadas. La firme gracia de su cuerpo de cobre emergía a través de los guiñapos. Sus cabellos parecían bañados de luna, como el azúcar. No tenía armas pero sus manos estaban cubiertas de tizne. Ella también había ayudado a quemar la Ogaguasú, a destruir la cruel y sanguinaria opresión que estaba acabando en calcinados escombros, en humo volandero, en recuerdo.



Por eso el acordeón de Solano suena vivo y marcial en el Paso. El fuego de la tierra y de los hombres, la pasión de la libertad y el coraje, vibran en las antiguas palabras guerreras.

Campamento Cerro-León,
catorce, quince, yesiséis...
yesisiete, yesiocho...
yesinueve batallón...

Ipuma ko la diana,
pe pacpá-ke lo'mitá...

Tras el sumario castigo del Buey-Rojo, sucedió un episodio breve, indescriptible, maravilloso. No podía durar. Después de la pesadilla del miedo, la borrachera de la esperanza iba a ser sólo como un soplo.

Los trabajadores del ingenio recomenzaron la zafra por su cuenta después de haber hecho justicia por sus manos. La habían pagado con su dolor, con su sacrificio, con su sangre. Y la habían pagado por adelantado. Las cuentas eran justas.

Formaron una comisión de administración en la que se incluyó a los técnicos. Y cada uno se alineó en lo suyo; los peones en la fábrica, los plantadores en los plantíos, los hacheros en el monte, los carreros en los carros, los cuadrilleros en los caminos. Todos arrimaron el hombro, hasta las mujeres, los viejos y la mitá-í.

Se pusieron a trabajar noche y día sin descanso. Lo hacían con gusto, porque al fin sabían, sentían que el trabajo es una cosa buena y alegre cuando no lo mancha el miedo ni el odio. El trabajo hecho en amistad y camaradería.

No pensaban, por otra parte, quedarse con el ingenio para siempre. Sabían que eso era imposible. Pero querían entregarlo por lo menos limpio y purificado de sus taras; lugar de trabajo digno de los hombres que viven de su trabajo, y no lugar de torturas y de injusticias bestiales.

Solano Rojas habló de que se podrían imponer condiciones. Destacó emisarios a los otros ingenios del Sur y a la Capital.

No volvieron los emisarios. No pudieron siquiera terminar la zafra. A la semana de haber comenzado esta fiesta laboriosa y fraternal, el ingenio amaneció un día cercado por dos escuadrones del gobierno que venían a vengar póstumamente al capitalista extranjero Harry Way. Traían automáticas y morteros.

Los trabajadores enviaron parlamentarios. Fueron baleados. Se acantonaron entonces en la fábrica para resistir. Las ametralladoras empezaron a entrar en acción y las primeras granadas de morteros a caer sobre la fábrica.

Los sitiados se rindieron esta vez para evitar una inútil matanza. Los escuadrones se llevaron a los presos atados con alambre. Ente ellos iba Solano Rojas con un balazo en el hombro.

Tebikuary del Guairá volvió al punto de partida. Pero en lugar del verde de antaño había sólo escombros carbonizados. Algunas carroñas humanas se hinchaban en el polvo del terraplén. Y en lugar de humo flotaban cuervos en el aire seco y ardiente del valle.

El círculo se había cerrado y volvía a empezar.

Poco a poco regresaron los presos. Primero fue Miguel Benítez,

después Secú Ortigoza, después Belén Cristaldo y por último Alipio Chamorro. Solano Rojas quedó en la cárcel. Quedó por quince años. Por fin lo soltaron. Se trajo sus recuerdos y la cicatriz de un sablazo sobre ellos. Pero había tenido que dejar los ojos en la cárcel en pago de su libertad.

Regresó como una sombra que volvía de la muerte. Sombra él por fuera y por dentro. Anduvo vagabundeando por las barrancas. Allí se quedó. Los carpincheros le ayudaron después a levantar su choza al otro lado del río y a construir su balsa. Un tropero le regaló el acordeón.

Se sentía a gusto en la barranca frente a las ruinas de la Ogaguasú. Era el sitio del combate y el sitio de su amor. Necesitaba estar allí, al borde del camino de agua que era el camino de ella. Su oído aprendió a distinguir el paso de los carpincheros y a ubicar el cachiveo negro en que la muchacha del río bogaba mirando hacia arriba el rancho del pasero.

Ella. Yasy-Mõrõtĩ.

El nombre de Paso surgió de esta tierna y secreta obsesión que se transformaba en música en el remendado acordeón del ciego.

Yasy-Mõrõtĩ...
Luna blanca amada que de mí te alejas
con ojos distantes...

Por tres veces, Solano sintió bajar las fogatas de San Juan. Los carpincheros seguían cumpliendo el rito inmemorial. Traían sus cachiveos a que los salpicara el fuego del Santo para que la caza fuera fructífera.

Solano se aproximaba al borde de la barranca para sentirlos pasar. Los saludaba con el acordeón y ellos le respondían con sus gritos. Y cuando entre los fuegos el ojo de su corazón la veía pasar a ella, una extraña exaltación lo poseía. Dejaba de tocar y los ojos sin vida echaban su rocío. En cada gota se apagaban paisajes y brillaba el recuerdo con el color del fuego.

La última vez que se acercó, resbaló en la arena de la barranca y cayó al remanso donde guardaba su balsa, donde lavaba su ropa harapienta, de donde sacaba el agua para beber.

De allí lo sacaron los carpincheros que estuvieron toda la noche sondando el agua con sus botaduras y sus arpones, al resplandor de las hogueras.

Lo sacaron enredado a un raigón negro, los brazos negros del agua verde que lo tenían abrazado estrechamente y no lo querían soltar.

Los carpincheros pusieron el cuerpo de Solano en la balsa, trozaron el ysypó que la ataba al embarcadero y la remolcaron río abajo entre los islotes llameantes.

Sobre la balsa, al lado del muerto, iba inmóvil Yasy-Mõrõtĩ.

Todavía de tanto en tanto suele escucharse en el Paso, a la caída de las noches, la música fantasmal del acordeón. No siempre. Sólo cuando amenaza mal tiempo, no hay zafra en el ingenio nuevo y todo está quieto y parado sobre el río.

—¡Chake! —dicen entonces los ribereños aguzando el oído—. Va a haber tormenta.

—Ipú yevyma jhina Solano cordión...

Piensan que el Paso Yasy-Mõrõtĩ está embrujado y que Solano ronda en esas noches convertido en Pora. No lo temen y lo veneran porque se sienten protegidos por el ánima del pasero muerto.

Allí está él en el cruce del río como un guardían ciego e invisible a quien no es posible engañar porque *lo ve todo.*

Monta guardia y espera. Y nada hay tan poderoso e invencible como cuando alguien, desde la muerte, monta guardia y espera.



VOCABULARIO

A

Aguaí: Árbol frutal. Por extensión, un crimen, la marca moral que distingue a quien lo ha cometido.
¡Aicheyáranga!: Int. *¡Pobre!*
Aloja : Refresco hecho con agua y miel de caña.
Apyká: Escaño.
Arribeño: Extraño, llegado, arribado de otros lugares.

C

Cachiveo: Canoa muy rudimentaria.
Cabayú: Hisp. Caballo.
Cochesa: Hisp. Corrupción de cosecha.
Común: Excusado, retrete.
Corocho: Áspero.

CH

Chata: Embarcación de poco calado y mucha capacidad.
Che ama mi: *Mi pequeña ama o señora.*
Chipá: Especie de pan de almidón.
Chochí: Un pájaro de lúgubre canto.

E

Eyú: *Ven.*

G

Guacha: Riopl. Rebenque de cuero ancho y fuerte.
Guaimingüé: Urutaú.
Gualambau: Instrumento musical indígena.
Guaripola: Caña.
Guavirá: Especie de árbol frutal.

I

Ipuma: *Ya toca* (por instrumentos de música).
Ipu yevy ma jhina: Fr. *Ya está tocando otra vez.*

JH

Jhina: Elemento elocutivo para la formación de frases adverbiales.

K

Kambuchí: Cántaro.
Karaí: Señor, dueño, amo.
Karaí-rogá: La casa del amo.
Karaí-tuyá: Señor viejo.
Karuguá: Pantano.
Kirikirí: Ave de rapiña.
Ko: Part. eloc. Adj. demostrativo.
Kuatiá-refí: Papel sin valor.
Kuera: Sufijo para la formación del plural.
Kuriyú: Boa.

L
Lembú: Escarabajo.
Luisón: Animal mítico.

M
Maciega: Espadaña, yuyal o pajonal grande.
Marakaná: Especie de loro.
Mascada: El amasijo de tabaco que se masca.
Mita'í rembiapó: Cosa de chicos.
Mita'í itereí: Muy poca cosa.

N
Naco: La mascada de tabaco.
¡Neike!: Int. *¡Vamos!*
Nikó: Elemento eloc. sufijo.

O
Ogaguasú: Casa grande.
Oga mōrotī: Casa blanca.
Omanó: *Se murió.*

P
Pakurí: Un árbol frutal.
Pe pacpa ke: *Despiértense todos.*
Perērí: Delgado, fino.
Pikó: Elemento elocutivo de interrogación.
Pichingá: Una clase de maíz.
Porongo: Calabaza.

R
¿Reikua'á pa koanga?: Fr. *¿Lo sabes ahora?*

S
Sevo'í: Lombriz.
Suindá: Especie de búho.
So: Soltarse o romperse. En el juego, quedarse uno sin dinero.

T
Takú: Caliente, calor, excitación sexual.
Taguató: Gavilán.
Tanimbú: Ceniza.
Tataupá: Una especie de perdiz.
Tapy-pi: Expresión obscena que alude al sexo de la mujer.
Tatá resaicha: Como el ojo de fuego.
Tavy: Bobo, tonto.
Tekové-vaí: Individuo malvado o de malos antecedentes.
Tesava: Bizco.
Tī: Nariz.

U
Ura: Una especie de mariposa nocturna y la afección cutánea producida por ella.

V
Vacá: Vaca
Vacá cosé: Vaca dañina.
Vacá pochy: Vaca brava.
Voí: Pronto, luego, rápido.

Y
¡Yajhá kathú ña jhundí!: Fr. *¡Vamos sí a destruirlo!*
Yasy: Luna.
Yasy-mōrōtī: Luna blanca.
Ysypó: Junco, liana, bejuco.
Ysypó po'í: Junco fino o delgado.
Yvyrá: Palo, madera, árbol.
Yvyrá-kaigüe: Palo quemado.

ÍNDICE

Carpincheros, 5
El Karuguá, 9
Pirulí, 14
La Rogativa, 16
La gran solución, 20
El trueno entre las hojas, 23
Vocabulario, 32

Diarios Asociados

Página/12 *Argentina*
Presencia *Bolivia*
O Globo *Brasil*
Sport & Show *Canadá*
La Nación *Chile*
El Espectador *Colombia*
La Nación *Costa Rica*
Juventud Rebelde *Cuba*
Hoy *Ecuador*
La Prensa Gráfica *El Salvador*
ABC *España*
La Prensa *Nueva York EU*
El Periódico USA *Texas EU*
Siglo Veintiuno *Guatemala*
La Prensa *Honduras*
Aurora *Israel*
Organización Editorial Mexicana *México*
La Prensa *Nicaragua*
La Estrella de Panamá *Panamá*
Hoy *Paraguay*
La República *Perú*
Diário de Notícias *Portugal*
Diálogo *Puerto Rico*
Listín Diario *República Dominicana*
La República *Uruguay*
El Nacional *Venezuela*

Si el trasplante es su esperanza El CUCAIBA tiene la solución que Usted espera.

Ley Provincial 10586

También en este delicado tema de salud el Gobierno bonaerense le da la respuesta que Ud. merece.

Para eso creó el CUCAIBA, Centro Unico Coordinador de Ablación e Implante de Organos de la Provincia de Buenos Aires, habilitado especialmente para atenderlo con un alto nivel científico.

Y para eso además, ha constituído un fondo especial garantizando la financiación de trasplantes para todo ciudadano bonaerense que lo necesite y no tenga cobertura social o medios propios.

Para todo trámite lo esperamos en cualquiera de estas tres direcciones:

C.R.A.I. Norte - Centro Regional de Ablación e Implante Norte
Hospital Interzonal General de Agudos "Eva Perón" Ruta 8 y Diego Pombo - Partido de San Martín Tel. (01) 754-2189/2190/2191 Fax (01) 754-2192

C.R.A.I. Sur - Centro de Ablación e Implante Sur
Hospital Interzonal General de Agudos "San Martín" Calle 1 entre 69 y 70 - La Plata Tel. (021) 20-1663 / 3-5411 Fax (021) 25-9224

C.U.C.A.I.B.A. Centro Unico Coordinador de Ablación e Implante de la Provincia de Buenos Aires
Calle 51 Nº 1120 entre 17 y 18 - La Plata Tel. (021) 52-8703 Fax (021) 53-3633
Horario: de 8.00 a 15.00 hs.

¡Comprométase con la vida!

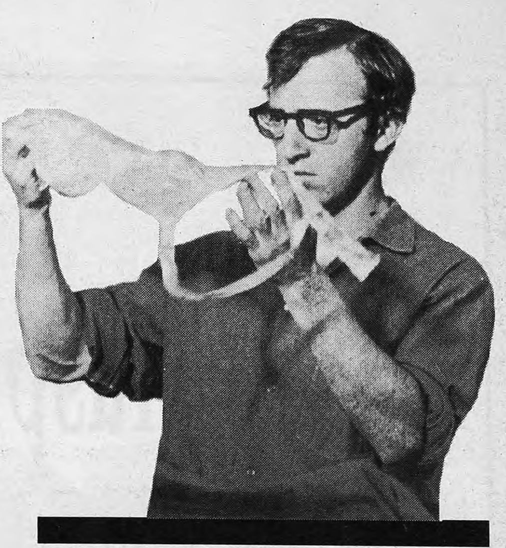


MINISTERIO
DE SALUD
Y ACCION SOCIAL



En abril, **Página/30**
REGALA:

ROBO, HUYO Y LO PESCARON



El primer y más fresco clásico de Woody Allen. Una mirada nada común sobre el delito y las cárceles.

(Take the money and run)
DIRIGIDA POR WOODY ALLEN

Página/30, la revista que se puede leer, ver, escuchar, rebobinar y volver a leer.